— Es propiedad de:
Luis Olmárez Carrera

15/9/1945

Oficio 18-6-28

LA FERIA DEL AMOR

OBRAS DEL AUTOR

La suegra de Tarquino
(7.ª edición)
¿Quién disparó?
(3.ª edición)
Memorias de un suicida
(3.ª edición)
¡Saldo de almas!
(4.ª edición)
La farándula
(6.ª edición)
La piara
(2.ª edición)
Alcibíades-Club
(3.ª edición)
El pícaro oficio
(2.ª edición)
La Coquito
(9.ª edición)
Una mancha de sangre
(3.ª edición)
Aquellos polvos...
(4.ª edición)
Más chulo que un ocho
(4.ª edición)
Las noches del Botánico
(3.ª edición)
La pregunta de Pilatos
(2.ª edición)
Memorias de un sommier
(4.ª edición)
Las chicas de Terpsícore
(3.ª edición

Un pollito "bien"
(3.ª edición)
Traviatismo agudo
(2.ª edición)
La Diosa Razón
(3.ª edición)
La bajada de la cuesta
(3.ª edición)
El Compradito
Tobilleras
Fundición de gala
Los nietos de San Ignacio
(2.ª edición)
Los Corrigendos
Bodas de oro de mi Colegio
La "season" de Bayas
¡Visca Catalunya!
El Tenorio en Lavapiés
Moralina
El faro de Biarritz
De Pinto viene el amor
En el país del bluff
La perla del Malecón
Memorias de una máscara
Me acuesto a las ocho
La cuñada de Tarquino
Una mujer de asalto
La feria del amor

EN COLABORACIÓN

Con Luis Antón del Olmet, *¡Usted es Ortiz!*

TRADUCCIONES:

El burdel de Filiberto (La maison Philibert), de Jean Lorrain
La casa del Infierno, de A. Ibels

JOAQUIN BELDA

LA FERIA DEL AMOR

NOVELA

PRIMERA EDICIÓN

BARCELONA
CARLOS AMELLER, Editor
Cortes, n.° 536

R 495910

Consejería de Cultura y Turismo
Región de Murcia
Biblioteca Regional

Es propiedad del autor
Reservados los derechos para
todos los países del mundo.
Copyright By
JOAQUIN BELDA

Talleres Gráficos ROVIRA. — Urgel, 127 — Barcelona

Madre, yo compré un cariño
en la feria del amor;
¡qué bonito era el juguete,
y qué caro me costó!

(Guajira popular)

VESTÍBULO...

Llevaba yo escrita la mitad de las páginas de "La Feria del Amor" cuando el sabio Gobierno que nos rige en este año de gracia de 1932 soltó el bulo de eso *que llaman abolición de la reglamentación de la prostitución.*

Así, con tres terminados en on, *para que la cosa suene más a redoble de tambor.*

De las muchas cosas graciosas—tristemente graciosas algunas de ellas—que hacen los Gobiernos, monárquicos o republicanos, este infundio de ahora es de los de mayor gracia. Su antecedente hay que buscarlo en aquellos mítines, también muy graciosos, celebrados en estos últimos cinco años, en los que, amparados en la sombra de un hombre de indudable talento y de no menos indudable buena fe y simpatía, el doctor Juarros, una serie de literatoides, mediquillos y viragos, se lanzaron a pedir a los Poderes Públicos la abolición de eso que ellos llaman la esclavitud de la mujer.

Debo advertir, antes de seguir adelante, que entre las personas que tomaron parte en esas es-

cenas de sainete había algunas que procedían de muy buena fe: solo que, no estaban enteradas.

Es éste del no enterarse un defecto muy español: las gentes de inteligencia viva no escasean entre nosotros, pero, en muchos casos, de nada les sirve la viveza de sus sentidos, puesto que se meten a opinar y, lo que es peor, a hacer, y a decidir, en cosas y materias de las que no tienen más que una idea vaga y como de oídas.

Y luego viene el requerimiento de la amistad, al cual muy pocas personas saben negarse: yo fuí invitado, más de una vez, a tomar parte en uno de esos mítines y, con toda cortesía y haciendo toda clase de salvedades, me negué terminantemente. Había en la base de esa campaña un equívoco formidable, y nada más villano que contribuir, a sabiendas, a mantener un equívoco.

Veamos en qué consiste este de ahora.

Las afirmaciones esenciales de los abolicionistas son las siguientes:

La esclavitud de la mujer no debe continuar.

El Estado no debe lucrarse con el producto de la prostitución.

El contagio de una enfermedad venérea es un delito.

Nadie debe lucrarse, sirviendo como intermediario, con el ejercicio de la prostitución.

Estas son, por decirlo así, las bases de la cam-

paña abolicionista: todo lo demás puede decirse que deriva de eso.

La primera afirmación puede decirse que es una afirmación basada en el vacío: hoy, en las grandes capitales, en las ciudades de más de trescientos mil habitantes, no existe la esclavitud de la mujer: la prostituta es libre de ejercer su oficio, ni hay clausura obligada, ni hay rejas ni hay ninguna de esas cosas melodramáticas que pudieron ser verdad hace treinta años.

Podrá quedar algo de eso en algún pueblo o ciudad menor—en los que yo conozco, tampoco —pero eso puede acabarse sin necesidad de mítines ni decisiones solemnes del Parlamento: basta con que quieran los alcaldes respectivos.

En lo que se refiere a esta primera afirmación la campaña abolicionista llega con treinta años de retraso.

Existe otra esclavitud ¡ya lo creo! la esclavitud moral, hija directa y legítima de la actual organización burguesa, es decir, del régimen actual de distribución de la riqueza: la madre que se prostituye para dar de comer a sus hijos, la esposa que lo hace para que medre y ascienda su esposo, etc., etc. Pero con esto no va a terminar, ¡ay, no!, el flamante proyecto de nuestro Gobierno.

Segunda afirmación: el Estado no debe lucrarse con el producto de la prostitución. Completa

y absolutamente de acuerdo. No debe lucrarse, y, en la inmensa mayoría de los casos, no se lucra; porque no puede llamarse lucro al hecho de sufragar los gastos de inspección sanitaria y de vigilancia policíaca con los ingresos que pueda proporcionarle la que podríamos llamar renta del amor. Este argumento abolicionista tiene, pues, la misma fuerza—o sea, ninguna—que aquel empleado por algunos republicanos ingenuos en los tiempos del antiguo régimen, diciendo que debíamos traer la República porque resultaba más barata que la Monarquía.

¡El delito sanitario! Esto es de las cosas más bufas que se han puesto en circulación, y parece mentira que en ello hayan andado médicos eminentes, que tienen la obligación de saber... Más bien parece cosa de literatos o de políticos, que de nada se enteran.

Pero ¿es que esas eminencias médicas que han andado en el ajo de la prohibición, ignoran que un individuo puede estar enfermo de mal venéreo o sifilítico—sobre todo de este último—sin saberlo?

Casos mil hay en la clínica, luego ¿cómo puede delinquir el que no sabe ni sospecha que delinque?

Hay en el proyecto de abolición algo inefable y que demuestra lo estúpidas que resultan las disposiciones legales cuando se confeccionan so-

bre una mesa de despacho y de espaldas en absoluto a la realidad: me refiero a aquel artículo que dispone que cuando un farmacéutico reciba para su despacho una receta en la que figure un producto de los que habitualmente se emplean *para combatir un mal venéreo o específico, está en la obligación, bajo pena de multa cuantiosa de comunicarlo a no se qué autoridad la cual a su vez —esto ya es de Perico Muñoz Seca—inscribirá al paciente en un registro.*

Y si en una receta figura, por ejemplo, el sublimado o el permanganato y al paciente *se lo han mandado para que se lave una herida que se ha hecho en un pie, entonces ¿qué pasa?*

El delito de contagio... Salvo un caso de maldad, y, ya cae de lleno en los dominios más que del Código, de la Psiquiatria, ¿qué mujer contagia a un hombre voluntariamente, o viceversa? Podrá haber descuido, dejadez, pero ¡propósito deliberado!...

Esto de legislar para los casos excepcionales siempre ha sido achaque muy de sociólogo, y de sociólogos, más o menos disfrazados, es esta ley de la abolición. Y sabido es que en Ciencia, es sociólogo todo el que no puede ser otra cosa.

Queda la cuestión del intermediario: nadie debe lucrarse con el producto de la prostitución de otra persona. Disposición contra los terceros, contra las alcahuetas, contra las celestinas; dis-

posición admirable, si se pudiera cumplir. En general, toda la ley adolece de ese defecto capital, que no es grano de anís: no se puede llevar a la práctica, y ya se verá cuando se intente... si es que se intenta.

El tercero en amor, no es más que el intermediario, y el intermediario es una necesidad. ¡Ojalá no lo fuese! Porque es él el que encarece el producto. Mientras el mundo exista existirá la prostitución, y ésta necesitará, en la mayor parte de los casos, de personas que intervengan para hacerla posible, las cuales, como es lógico, se llevan su parte de ganancia.

En cambio hay que aplaudir y no recordamos si la ley insiste en ello todo lo que debiera, lo del certificado prematrimonial.

Es ésta una cuestión que algunos discuten fundándose no sé en qué razones. ¿Qué inconveniente puede haber para exigirlo? Si para el servicio militar, para tomar parte en ciertas oposiciones, y hasta para concurrir a un campeonato de baile, se exige un certificado de buena salud que se da después de un reconocimiento médico ¿por qué no ha de exigirse para un servicio como el del matrimonio, que también tiene mucho de oposición y hasta de campeonato de baile?

Se dice:

—Es que con la exigencia de ese certificado


B
CH

prematrimonial disminuirían mucho los matrimonios.

Supongamos que fuera así. ¿Y qué?

Siempre será preferible esa disminución al verdadero crimen de un galicoso o de un sifilítico contagiando a una mujer y engendrando hijos idiotas... que luego, a lo mejor, se dedican a legisladores.

Nadie que no esté sano debe casarse. El ideal sería que tampoco pudiera tener la menor relación carnal con una mujer, pero esto ¿cómo evitarlo? No será ciertamente con esta pretendida legislación en la que toda vigilancia y toda inspección queda abolida.

Pero lo del matrimonio de un enfermo eso sí puede y debe evitarse: eso de que todo el mundo pueda ser padre y en cambio no todo el mundo pueda ser concejal, por ejemplo, es el absurdo de los absurdos.

¡Cuánto más valiera que el esfuerzo y la indudable inteligencia que personas de mérito han consagrado a lograr ese espantajo de la abolición hubieran sido puestos al servicio de lograr lo del certificado prematrimonial!

Lo otro no: lo de la prostitución, o es combatir un fantasma, o es luchar con un imposible.

Y al hablar de esto no hay más remedio que sacar a colación la teoría del mal menor. Teoría

que niegan y combaten algunos, dándole cierto matiz empírico y como jesuítico.

Pero ¿cómo puede negarse el imperio de esa teoría en la mayor parte de los momentos de la vida? En la cirugía se emplea mucho, tanto, que casi puede decirse que toda la ciencia quirúrgica no es más que una aplicación de ella: a un señor se le gangrena un dedo y se le corta la mano—¡que ya es un mal!—para que no pierda el brazo. Un tumor se extirpa abriéndole el vientre a un señor, cosa que tampoco es plato de gusto.

Y la Política ¿qué es más que una continua aplicación de la teoría del mal menor?

Y la vida toda.

La reglamentación del amor y de sus feriantes será un mal: admitámoslo si se quiere, pero ¿cómo no ha de ser mal mucho menor que el de la libertad absoluta, sin una vigilancia, sin una inspección, sin una, por decirlo así, tutela, que garantice por lo menos un mínimo de salvaguardia contra el contagio?

Toda prostituta es, en cierto modo, una menor de edad: necesita una protección, un amparo: si la autoridad no se lo presta se lo prestará el chulo, el macró, *como le llamaban antes los franceses, el* barbó, *como le llaman ahora.*

Y no vale darle vueltas; la feria del Amor existirá siempre, en una forma o en otra, con uno u

otro carácter, reglamentada o sin reglamentar, pero eterna e inmutable en sus esencias.

Y no es que yo sea un enamorado de la situación actual: en las novelescas páginas que siguen —novelescas en su forma nada más—verá el lector, si se atreve a meterse en ellas, que se critica y se censura mucho de lo que ahora pasa; pero criticar y censurar no supone que, en un ataque de vanidad, presuma uno de tener el remedio en la mano.

El remedio no existe, por lo menos en el régimen social de ahora. Cuando ese régimen cambie ya hablaremos... mejor dicho, ya hablarán nuestros biznietos.

Los ingenuos defensores de la abolición nos hablan, para convencernos, de lo que pasa por ahí fuera. Pero se van demasiado lejos: Dinamarca, Irlanda, Suecia... países en los que el problema llamado sexual no está planteado en la forma un poco salvaje que lo está entre nosotros. En esos sitios la prostitución, no es que haya roto las trabas de la reglamentación: es que no las ha tenido nunca.

¿Porqué no miran más cerca? ¿Sabe Francia algo de eso? *Francia, maestra de muchos en tantas cosas pero en tres especialmente: la cocina, el vestir femenino y eso que se llama el amor. Allí la prostitución está reglamentada, como lo está el juego; menos vanidosos que nuestros so-*

ciólogos, los franceses no se sienten con fuerzas para acabar con los vicios, y lo que hacen es encauzarlos, domesticarlos.

¿Y la fascista y musolinesca Italia? No hay en la actualidad país europeo en el que se hagan mayores alardes de poder: la prostitución sigue reglamentada, vigilada. Y es que el gran Benito, amasijo de enormes defectos y enormes virtudes, desdeña, con su desdén de hombre fuerte, a los llamados sociólogos.

¡A qué seguir! El lector lo sabe, y si ha viajado un poco no ha tenido necesidad de que nadie se lo cuente: en la mayoría de los países de civilización el reglamento de la feria del Amor subsiste.

Aquí, en cambio, vamos a intentar la bufa experiencia.

Verán ustedes cómo nos reímos.

EL AUTOR

PRIMERA PARTE

EL RECLUTAMIENTO

La casa estaba situada en aquella parte de Madrid que antaño llamábamos todos paseo de Ronda y que hoy, dividida en trozos, ostenta en cada uno de ellos un nombre distinto, todos de personajes ilustres, o que al menos figuran como tales, aunque casi siempre no fueron en vida más que unos decididos cultivadores de la pelmacería.

Este trozo caía por los finales y parte alta del barrio de Salamanca, y en uno de los raros sitios en que la edificación no estaba aún en línea aparecía un edificio de un solo piso además del bajo, con tres huecos en cada uno de ellos. Casa ruin, mezquina, como para que en su interior empezase a desarrollarse un novelón por entregas, o se reuniese el partido político que acaudilla el insigne asturiano don Melquiades Alvarez.

La tal casa, aunque habitada, no lo parecía desde fuera: sus ventanas, su único balcón y su puerta, no se abrían nunca: el señor Lorenzo, habitante casi único del inmueble, entraba y salía en él, y se comunicaba con el exterior, por medio de una puertecita trasera que daba a un solar ajardinado, el cual a su vez, por un rodeo, daba a la calle.

Las gentes del barrio aseguraban con mucha seriedad que en aquella casucha, hacía varios años, ha-

bíase cometido un crimen famoso. No era cierto. Allí el único crimen que se había cometido era la subida del alquiler, durante los últimos años de la guerra, de quince a ochenta duros: pero ese crimen, como otros muchos de su misma calaña, había quedado impune.

El señor Lorenzo era un hombre honrado; ya lo irá viendo el lector en las páginas siguientes. Además de honrado, era muy formal en sus tratos, y cuando él daba una palabra, aquella palabra iba a Misa, aun después de promulgada la ley de separación de la Iglesia y el Estado.

¿Cuál era su oficio? ¿A qué clase de negocios se dedicaba? En el renglón correspondiente de su cédula personal decía: *Profesión, corredor de fincas.* Ello no era verdad más que a medias.

En la noche de hoy, una de las últimas de septiembre, y al dar las once en la vecina iglesia de la plaza de Manuel Becerra, un bulto con figura humana deslizóse con cautela medioeval por el solar ajardinado que ceñía la casa. Era una mujer.

Llegó a la puerta trasera del domicilio de Lorenzo; éste, sentado a ella, por dentro, la estaba esperando.

—Buenas noches, Lorenzo.

—Buenas, Catalina.

—¿Qué?

—Nada.

—¿Nada?

—Nada todavía.

—¡Me has fastidiado!

—Hay que tener paciencia, mujer.

—Por mí, ya sabes... Pero es que el ama esperaba que yo volviese allá esta noche con la chica.

—Tu ama es una fantástica: de sobra sabe ella que estas cosas no se hacen así. Anda pasa y beberás una copita de anisado. No hay que disgustarse, mujer; todo se andará.

Se había levantado y había dado luz; una bombilla mucho más débil que una vicetiple recién parida, alumbró una estancia pequeña, casi desprovista de muebles; entre los pocos que había figuraba un armario, mezcla de alacena y de fresquera. De él extrajo un botella cuya etiqueta anunciaba un anís famoso en el mundo, pero cuyo contenido actual debía estar muy por debajo de esa fama.

—Anda, bebe.

Sobre una mesa, que tenía aspecto de cojear de los cuatro pies—¡las hay así, caro lector!—colocó el hombre dos vasitos enanos; los llenó, con cierta ceremonia.

—Anda, mujer, bebe; así no habrás perdido el viaje.

Obedeció ella. Hay obediencias muy agradables.

Cuando aquel fuego líquido hubo pasado por su garganta, preguntó:

—Bueno, pero ¿qué es lo que ha ocurrido? ¿Por qué no está aquí la chica?

—¡Por qué ha de ser! La madre...

—¿Se vuelve atrás?

—No; pero quiere ganar tiempo.

—Pero ¡si no es su madre! ¡Si es su tía! La verdadera madre murió en el hospital hace tres años.

—Eso, a ti y a mí, debe tenernos sin cuidado; con

quien hay que tratar es con ella, sea su tía o su bisabuela.

—Pero ¿no estaba *too tratao?*

—Claro que sí, pero como estos tratos no los puedes llevar a casa de un notario...

—Ya, ya... Lo cierto es que me has fastidiado. ¿Qué le digo yo ahora al ama?

—No hay más que decirle la verdad: que la madre de la chica no acaba de decidirse.

—¡La verdad! ¡La verdad! Creerá que es torpeza mía... o tuya.

—¡Bah! Por ese lado... Bien sabe ella que no. ¿Crees que yo no pierdo con el retraso? Son cuarenta duros que se me alejan.

—Ya sé...

Y Lorenzo, después de aspirar otra copita de aquel licor infernal, dijo, como si cambiase de conversación:

—Esta tarde ha estado aquí la Tula.

La mujer dió un salto.

—¡Ah! ¡Esa perra! ¡Esa es la que tiene la culpa de todo!

—No lo creas; en este caso no: ha venido a pedirme dos pesetas.

—¿Se las has dado!

Lorenzo sonrió, como pudiera sonreír una foca.

—¿Cuánto tiempo hace que me conoces?

—Ya...

—¿Reparto yo dinero así como quien reparte prospectos?

—¿Te ha hablado de la chica?

—No.

—Pero... ella la conoce.

—Como que fué la primera que me habló del asunto.

—¿Y sabe que tú la trabajas para mi ama?

—Debe saberlo; pero nunca me ha dicho nada.

—¿No habrá venido a enterarse?

—Pues si ha venido a eso ha ido servida.

—Pero hombre, ¿ni siquiera indirectamente te ha hablado de la cosa?

—No.

—Pues no lo entiendo.

—Bébete otra copita, a ver si se te aclaran los sentidos.

Lo hizo.

Las nieblas del disgusto se le iban disipando, y como si el variar de blanco le diese más seguridad a su tiro, la buena mujer preguntó:

—Oye ¿y ésta de aquí?

—¿Quién? ¿La Isabel?

—Sí.

—Ni te ocupes.

—Pero... ¿y el novio?

—Desde hace tres meses no saben nada de él. Dicen que si está en el Tercio, pero eso ¿quién es capaz de saberlo?

—¿De cuántos meses está ella?

—De seis, según la cuenta. Hoy me ha dicho el hermano que la van a mandar a Buitrago con una tía, para que dé a luz.

—Muy bien, pero ¿y después?

—Ya sabes; lo de todas: o ama de cría o a las Arrepentidas.

—¡Vaya porvenir! Tú les habrás dicho...

—Calcula: que desde ahora mismito no tenían que preocuparse de nada; ni Buitrago, ni tonterías de esas. Doce duros al mes para la familia, y una persona buena y cristiana que se encargaba de alojar y alimentar a la chica hasta que saliera de cuidado. Y después, pasada la cuarentena, trajes de seda, perfumes, alguna alhaja de vez en cuando, y... lo de estos casos.

—¿Y qué han dicho?

—El hermanito, que es más cerrao que un domingo, me ha dicho que eso no; que su hermana es una mujer honráa...

Sonó en la estancia una risotada que parecía un pedrisco.

—¡¡Honrá!! Es que oye una cada cosa que se desmorona. ¡Honrá! Echame otra copa, Lorenzo.

—Ahí va, mujer.

Bebió con más glotonería que antes.

—Ahora me parece más suave.

—Es que te vas haciendo poco a poco.

—Será eso... Bueno, y me voy.

—¿Qué prisa?

—No creas que tengo ninguna gana de ponerme delante de aquella fiera; ya sé cómo me va a recibir.

—Mujer, tú échame toda la culpa. Y, sobre todo, dile la verdad: que no se trata más que de un retraso.

—¡Un retraso! ¡Pero si ella la quería para mañana tarde! Parece que se la tiene ya ofrecida a un tío de mucho postín, haciéndola pasar por doncella.

—¡Qué fantástica!

—Bueno, me voy. ¿Cuándo te parece que vuelva por aquí?

—Déjame cuatro o cinco días: una semana.

—¡A mí me pelan esta noche!

—No será tanto, mujer. El mercado no está tan fácil como por lo visto se cree tu ama.

—Pues no será porque no hay hambre.

—Sí que lo hay, pero no conviene exagerar. Y tú que me conoces sabes que no hablo así por hacerme valer.

—Ya lo sé, Lorenzo, ya lo sé.

Y la alcahueta salió a la calle y se sumió en sus sombras, que la incuria municipal en el ramo de alumbrado hacía más densas y más espesas.

La alcahueta, que se llamaba Cecilia, no se había equivocado.

Doña Gloria, el ama del lujosísimo prostíbulo de la calle de Castelló, la obsequió con una bronca que si la pescan en las Constituyentes para un día de sesión de postín se vuelven locos de alegría.

—¡Inútil !¡Inútil! ¡¡Más que inútil!! Decididamente, conmigo vas tú a comer poco pan. ¿Qué le digo yo mañana a don Remigio, cuando venga en busca de la pequeña?

—Pues dígale usted que...

—¿Qué? ¿Ves como no sabes lo que decir? Y en cuanto a esa calamidad de Lorenzo, ya le ajustaré yo unas cuentas. ¡Un hombre al que he dado a ganar más de cuatro mil duros!

Cecilia tuvo que morderse muy seriamente la lengua para no decir:

—¡Pues anda que él no le ha dado a usted a ganar dinero que digamos!

De haberlo dicho habría estallado la tormenta.

El diálogo tenía lugar en un gabinetito discreto y reservado en el que doña Gloria no recibía más que a los muy íntimos; la pieza—¡en el buen sentido de la palabra!—tenía todo ese gusto recargado y chillón, última herencia del 1900, con que en ciertos

medios, llamados del amor lujoso, se adornan los nidos del revuelco o sus aledaños.

Tres lustros largos llevaba doña Gloria imperando en aquel piso de la calle de Castelló: desde que se construyó la casa y ella, pagándole al casero el doble de lo que le pedía, logró convencerle de que la industria que ella pensaba establecer allí no era inmoral. Para ello usó dos argumentos de una irrebatibilidad primorosa.

—¿No ve usted que las mujeres que vengan a mi casa serán todas mayores de edad?

Ese fué el primer argumento. El segundo tenía aún más fuerza.

—¿No ve usted que todas las que aquí vengan serán conocidas de la Policía?

El casero se conmovió ante aquello, y ante la perspectiva de cobrar al año veinticuatro meses de un solo piso de los tres de que se componía el inmueble.

Ahora, al cabo de quince años, doña Gloria andaba en tratos para comprar la casa; dinero para ello ¡y para mucho más! le sobraba en su cuenta corriente y en su depósito de valores del Banco de España.

Mientras la finca viniese a sus manos, en los otros dos pisos de ella—tres huecos a la calle cada uno—vivían un prestamista y un editor de obras sociológicas. Como se ve, todos los vecinos de la casa podían llamarse de tú.

Doña Gloria había llegado con sus niñas al barrio de Salamanca impulsada por los derribos de la Gran Vía: aquellos piquetazos que tantos rincones román-

ticos y tantas colonias de *pediculus pubis* se llevaron por delante.

Al principio de la calle de Silva tenía ella su falansterio amoroso.

—¡El mejor de Madrid nada más!—decía ella, cuando se ponía a hacer historia.

Y no exageraba mucho; si no el mejor, uno de los mejores en aquella época. Un hostal de amor en que el precio del... cubierto eran cincuenta pesetas, aunque también se podían hacer comidas a la carta.

Y diez duros en aquella época, en que aun no se conocía el Consejo Superior de Economía, eran muchos duros.

El lector me creerá si le digo que el público habitual de la casa de doña Gloria no se componía de estudiantes ni de escritores. Gente toda bien situada en la vida, megaterios de edades diversas que, sin perjuicio de pasar el tiempo diciendo que todo está muy malo, ellos lo pasan muy bien: ése era el público que bebía champagne en el comedor de casa de doña Gloria, y se revolcaba en sus siete dormitorios.

El tiempo pasó y doña Gloria vióse obligada a mudarse de casa. Ganó en la mudanza; la calle de Castelló era ahora uno de los centros del Madrid galante y en él vino a reinar desde el principio la noble dama, por obra de sus méritos y de su historia.

Pero en su casa, como en todos los sitios similares, hacía falta renovar de cuando en cuando el personal, bien porque una chica se pusiese mala, bien porque un cabrito de pasaje se enamorase de una de ellas y se creyese en el deber moral de retirarla con todos los honores, ya porque una de las deidades del

hostal se escapase con un chulo, a vivir su vida, aventura que solía terminar casi siempre en un lecho del hospital de San Juan de Dios, ya porque quedase embarazada, caso raro, pero que a veces ocurre en las mejores familias, la cuestión era que las pupilas de doña Gloria, ora las fijas, ora las de paso, necesitaban una renovación periódica, pareciéndose en esto a las papeletas de empeño, pena de la vida.

Y siempre que se trataba de una de estas faenas de reclutamiento, la insigne dama recurría a Lorenzo, viejo lobo de mar en estas navegaciones por un océano de permanganato.

Las pocas veces—digámoslo en su honor—que Lorenzo fracasaba en sus gestiones, doña Gloria pescaba un berrinche como para que la sangrasen. En este caso de ahora el berrinche era doble, porque...

—Señora, ahí está don Remigio.

Era una de las tres doncellas—en el sentido doméstico de la palabra—que había en la casa, que acababa de penetrar en el gabinetito.

La dama se quedó como si le hubieran dado con un palasan en el cerviguillo.

—¿Qué dices? ¿Don Remigio a estas horas?

—Sí, señora; en el salón verde está.

—Pero ¿estás segura de que es él?

—Le ha abierto la puerta la Celia, pero yo acabo de hablar con él.

Doña Gloria miró a Cecilia como diciéndole:

—¿Tú entiendes algo de esto?

A la chica le preguntó:

—¿Y no te ha dicho lo que quiere?

—Hablar con usted.

—No sé... Bueno, dile que voy en seguida.

La experiencia de muchos trances parecidos trazó casi instintivamente a doña Gloria la conducta a seguir. ¡Se sabía ella de memoria aquellas impaciencias del lobo que acecha a la cordera!

Apenas cambió dos palabras con la alcahueta:

—Espérame aquí hasta que yo vuelva; ya te diré lo que hay que hacer.

—Bueno, señora.

—Ahora le diré a Mariana que te traiga café con anís.

—Deje usted...

—No dejo, no. Yo sé lo que me hago.

Y fué en busca del cabrito leal, como llamaba siempre al bueno de don Remigio.

Estaba éste dando unos paseítos por el salón verde... que tenía sus paredes azules; se le notaba la impaciencia.

Era un hombre alto, como de unos sesenta años, no mal tipo, pelo y bigote teñidos, y ese color rojizo en el rostro y en las manos, que delata la invasión de la arterioesclerosis.

—¡Hola, Remigio! ¿Qué te pasa?

—A mí nada. Que venía a saber...

—No te esperaba hasta mañana tarde.

—Desde luego, desde luego; si no quiero más que enterarme de cómo llevas tus gestiones.

Comenzó ella el desarrollo de la táctica del aplazamiento, única admisible en estas cuestiones del llamado amor.

—Pero ¿tanto te interesa esa pequeña?

—Ya sabes que sí. Y cuando tú la conozcas comprenderás mi interés.

—Si casi puedo decir que la conozco: tanto me habéis hablado de ella tú y la Cecilia, que casi podría dibujarla.

—Yo no he visto una chica más guapa hace muchos años; y tú sabes que he visto unas cuantas.

—Ya...

—Y, no lo tomes a coba, Gloria, pero estoy convencido que si tú no me la consigues, nadie me la conseguiría en Madrid.

—Puedes estarlo, sin que esto sea presunción por mi parte. Tranquilízate: te la conseguiré.

—¿Vendrá mañana por la tarde, como me dijiste?

—Hoy está un poco enferma, está en la cama.

—¡Angel mío!

—Si mañana se levanta de la cama, vendrá.

—Ya sabes: quinientas pesetas para ti, y doscientas para ella.

—No me hables de eso. Tú sabes que esa es la primera chica de esa edad que va a entrar en mi casa. Tiene diez y ocho años.

—Yo le había echado diez y seis.

—Por su aspecto, según me dice Cecilia, puede muy bien decir que tiene quince. Afortunadamente, como sabes, está deshonrada.

—Afortunadamente. Ya conoces mi manera de pensar: las primicias para otro; disgustos no.

—Sólo por un amigo como tú hago yo lo que voy a hacer.

—¿A qué te refieres?

—Hombre, a eso de traer a mi casa una menor.

—¡Bah!

—Sí, ya sé; los hombres no le daís importancia a estas cosas. ¡Si vieras cómo está ahora la policía!

Esta frase la pronuncian siempre las dueñas de casa cuando de estos asuntos se trata.

—Bueno, no te preocupes; la cuestión es que la chica venga mañana. ¿Tú crees que vendrá¿

—Yo lo que te aseguro, de lo que te respondo, es de que si se levanta de la cama, viene. Eso no lo dudes: ya sabes que por mí no queda.

—Confío en ti.

—Bien sabes que puedes hacerlo.

Y se marchó.

Doña Gloria, una vez más, había cumplido con su deber de feriante del amor.

Deber que consiste, como el lector sabe, en hacer valer la mercancía—en este caso no hacía falta—y, si, por azar, no podía servirse de momento al comprador, dilatar la operación, no decir nunca que no, mantener la ilusión y la esperanza, con objeto de no perder al cliente.

Y todo eso, doña Gloria sabía hacerlo con primores de maestra.

La chica, en realidad, era un primor.

Alta, perfecta de cara, con unos ojos muy grandes y muy negros, y un pelo más negro aún, que llevaba ¡todavía! esparcido en tirabuzones por hombros y espalda, daba una impresión de niñez que no estaba de acuerdo con la fecha de su partida de bautismo.

Pero al mismo tiempo, y éste era su encanto, había en ella una picardía de mujercita precoz que lo sabe todo, salsa de su belleza, saborcillo picante de su agrado total.

Don Remigio la descubrió como se descubren casi siempre estas cosas: de tropezón. Bien es verdad que en él estos tropezones eran relativamente fáciles, porque andaba siempre por la vida con los ojos abiertos, a la caza de perlas femeninas, en un continuo ojeo de hombre práctico y experimentado.

Una noche, que él llamaba bendita, entró a cenar en una taberna, que era al mismo tiempo casa de comidas, emplazada entre la plaza Mayor y la Puerta del Sol, en un semicallejón de poco tránsito.

No eran en él raras estas excursiones, pues sabía que no era precisamente entre la cursilería de los llamados grandes hoteles y de los bares con pretensiones de elegantes, donde se encontraban los feme-

ninos capullos más prometedores, ni las rosas ya cuajadas, más lozanas.

Madrid había evolucionado ya lo bastante, en este sentido, para que la presencia en una taberna de un señorón bien trajeado, como iba siempre don Remigio, no llamase la atención más que de un modo muy relativo.

Instalado ante la redonda mesa de madera, en un rinconcito del comedor con paredes de azulejos, vió venir a él para servirle a la perla en cuestión. Quedó deslumbrado.

Pero era lo suficientemente cauto para no manifestar su asombro—ni mucho menos sus intenciones—la primera noche, como hubiera hecho cualquier tenorio de pueblo de los que convierten en intransitables para una mujer guapa las calles de Madrid.

Se limitó a dejarse servir por la muchacha fingiendo una gran frialdad... y a volver a la noche siguiente.

No era preciso ser un lince—y don Remigio lo era en estos trapicheos—para comprender que aquella muchacha no era allí una criada: era la hija de los dueños, una mujerona que debió ser guapa en sus tiempos, y un hombre ya provecto que daba la impresión de estar siempre bebido—impresión que muchas veces no podía estar más cercana de la realidad.

Volvió varias noches, concretándose a una muda admiración; la taberna solía estar llena a tales horas y no era lugar propicio para intentar nada.

Pero comprendía que acabaría por intentarlo, porque la muchacha le gustaba cada vez más.

Una noche, en una mesa que quedaba a su espalda, don Remigio empezó a oír frases sueltas de una conversación, que le intrigaron grandemente. Eran voces femeninas y, volviéndose con relativo disimulo pudo ver que las que hablaban eran dos mujeres del pueblo, de cierta edad, aunque sin llegar a viejas.

—Si a esta chica casi puedo decir que la he visto nacer...

—...Vivían entonces en Alcalá.

—El se fué a Africa... Dicen que si está en el Tercio...

—El padre quiso meterla en un convento.

—Sí, pero la madre no quiso...

Hablaban de la chica, no podía dudarlo: se notaba en el silencio repentino que guardaban cuando ella se acercaba por incidencias del servicio. Por si alguna duda quedaba se desvaneció pronto al decir una de las interlocutoras:

—Fíjate ahora; es una chica que está deseando saltar. Mira cómo camela al pollo aquel.

Y en tal momento la pequeña sonreía y hablaba por lo bajo con un mancebo de pelo ondulado, que comía solo en una mesa lejana.

Don Remigio vió el cielo abierto cuando oyó decir a sus vecinas de la espalda:

—No, eso no; lo del embarazo no fué verdad.

—Pues me lo han asegurado.

—Estoy muy bien enterada. El la deshonró, eso sí, pero embarazo no hubo.

—¡Hola!

Este hola casi se le escapó de los labios a don

Remigio. Con que ¿régimen de puerta abierta? Entonces lo mejor del camino estaba andado.

Y decidió ponerse en campaña desde el día siguiente.

En campaña, pero ¿qué hacer? Su dilatada experiencia no le sugería nada en este caso...

De pronto... pero ¿cómo no se le había ocurrido antes? ¿Para qué estaba en el mundo doña Gloria? Porque hablar él con la chica directamente podía no ser práctico.

Fué a ver a la insigne celestina a su casa de la calle de Castelló; y con toda franqueza y claridad le expuso el caso.

Doña Gloria dijo lo que decía siempre en tales momentos:

—Tendrás a la chica, confía en mí; como me llamo Gloria que la tendrás.

Ella creía que su crédito y su amor propio profesional la obligaban a decir siempre que sí, fuera fácil o difícil la empresa. Después, tiempo habría para dar largas, para pintar como difícil lo imposible, y como aplazado lo difícil.

Pidió una semana de plazo, y encargó a Lorenzo el asunto.

Lorenzo, en París por ejemplo, hubiera sido un hombre de aspecto burgués, bien vestido, con sus buenas sortijas, y que hubiera ido todos los atardeceres a tomar su *aperò* a uno de los bares equívocos —tan claros a fuerza de ser equívocos—del *faubourg* San Martín. En Barcelona habría sido un hombre, tipo viajante de fábrica de segundo orden, asiduo

concurrente al Lyon y a los cafetines de Santa Madrona.

En Madrid, con esa rebaja de tono que sufren aquí todas estas cosas, ya se sabe lo que era: un hombre del pueblo, con aspecto de albañil jubilado. Pero útil, muy útil en lo suyo.

Adaptándose a lo que es la prostitución en la capital de España—las criadas de servir dan un gran contingente—, Lorenzo era uno de los proveedores fuertes de nuestros prostíbulos más acreditados, lo mismo de los de primera fila que de los mediocres y barriobajeros.

Porque la recluta suele ser la misma para unos que para otros; cuando en Madrid había cocotas de postín—hoy sólo quedan tres o cuatro, y casi todas tienen várices—, cierta gente creía en la aristocracia del amor, en esa selección por arriba que justificaba las quinientas pesetas por noche y los pendentifs de Marabini. Pero lo verdad es que no hay tal.

Salvada la excepción, de la señorita venida a menos, la casi totalidad de nuestras furcias han fregado platos, y no en una encarnación anterior como pudiera creer algún benévolo, sino en su encarnación actual... y esto de encarnación conste que va dicho sin ánimo de querer cultivar el chiste.

Sí; el servicio doméstico da un gran contingente al ejército de nuestras mujeres llamadas de amor; por eso, acaso, se nota a veces, en medio del idilio en una chaise longue, ese olorcillo a sopas de ajo que con nada es fácil confundir.

Hay que decir, en honor a la verdad, que muchas de esas gentiles criaditas—las feas no sirven—saben

refinarse, como pulirse al contacto de diversas pieles masculinas; algunas llegan a ser tan señoras como muchas de las que lo son oficialmente.

Lorenzo, como buen feriante, conocía su mercancía.

Su trabajo se realizaba de dos formas distintas; unas veces, Paca la Gritos, Cristina Marenco, Mercedes la Ebefrènica, o cualquiera otra de las dueñas de los doscientos veintidós prostíbulos que hay en Madrid, le llamaba y le decía:

—Mira, Lorenzo: necesito una mujer para la semana que viene; la Coral se me va a Barcelona y me queda una vacante. A ser posible me la traes rubia y un poco gruesecita.

Otras veces la cosa se producía a la inversa. La dueña o la encargada de una de las casas llamadas de tapadillo decía al celestino:

—En la calle de Tetuán, en el 102, hay una muchacha, ya mayorcita, que es hija de los porteros de la finca. Ve a verla y a ver si la puedes traer.

En ambos casos, Lorenzo, apenas recibido el encargo, se ponía en campaña.

¿Cuál de las dos labores era más difícil? ¿La de buscar una mujer para cubrir una vacante, o la de convencer precisamente a Fulanita de Tal, que hasta aquel momento no había ingresado en la profesión?

La experiencia decía a Lorenzo que ambas misiones estaban erizadas de peligros; su vida profesional estaba llena de ejemplos, pero él recordaba siempre dos como los más típicos.

En ciertas ocasión, en el mercado de los Mostenses—en que paz descanse—vió una moza alta, more-

na, guapetona, de pechos macizos y moño prominente, pues entonces aun no había llegado la moda de cortarse el pelo: era una cocinera, como lo atestiguaba la enorme cesta de mimbre que llevaba pendiente del brazo izquierdo.

Como Lorenzo, por esa deformación profesional tan frecuente, lo veía todo a través del prisma de la mercancía amorosa, pensó, al ver a una moza tan cabal:

—¡Qué bien estaría esta fulana en el gabinete rosa de doña Leonor!

Precisamente por aquellos días la egregia dama doña Leonor Bermejillo—Hileras, 98, querido lector, y conste que no hemos cobrado el corretaje... todavía—habíale encargado una mujer.

—Y que sea un poco fuerte—habíale dicho—; ya me entiendes.

Aquella, como fuerte, lo era. Además tenía toda ella ese aire de mujer de catre que tan famosas ha hecho a algunas reinas de Castilla.

Lorenzo decidióse a iniciar la batalla. Para resolver sus últimas dudas vino de perlas algo que le oyó decir a la gran mujer, a tiempo que regateaba unos lenguados a un pescadero que debía conocerla mucho:

—No me gaste usted bromas, señor Cesáreo; ¡si supiera las ganas que tengo de dejar la cesta y dedicarme a señorita!

—Pues el día que usted quiera, prenda—le había dicho el pescadero.

Pero aquello no era más que un piropo: el señor Lorenzo se disponía a hablar más en serio.

Siguió a la cocinera a una distancia prudencial, y cuando ya estuvo fuera del mercado se acercó a ella y le dijo:

—Perdone usted, joven: ¿usted sirve aquí en la calle Ancha, en casa de los señores de Gundemárez?

Era una pregunta inventada, ya se habrá percatado el lector; no era fácil que ni en la calle Ancha, ni en ninguna calle de Madrid, viviesen unos sujetos con un apellido tan ridículo.

La cocinera, sin extrañar mucho la cosa, se plantó en la acera y replicó al desconocido:

—No, señor; yo sirvo en la calle de los Reyes, aquí cerquita. ¿Por qué es la pregunta?

—Tengo el encargo de buscar a una muchacha que es paisana mía y está de cocinera en casa de esos señores; yo no la conozco, pero me han dado sus señas, y como me han dicho que es muy guapa y un tipo así como el de usted...

—Muchas gracias, pero yo de guapa no tengo nada.

—Eso lo dirá usted, pero yo tengo ojos en la cara y...

Iba a seguir andando la moza, dejando a Lorenzo con la palabra en la boca, pero éste le dijo:

—Oiga usted, hija mía, yo quiero hablarle muy seriamente.

—¿De qué?

—De algo que creo que la conviene a usted mucho.

¿Iría a hacerle el amor aquel tío feo y casi viejo? La cosa no le hacía ninguna gracia.

—Yo no acostumbro a pararme a hablar en la calle con quien no conozco.

—Yo iré donde usted me cite: ahora o cuando usted quiera.

—Pero, pero ¿de qué se trata? Adelánteme usted algo.

—He oído lo que le decía usted hace poco en la plaza al pescadero.

—¿Qué le he dicho?

Bajó la voz, como si fuera a decir algo gravísimo.

—Que tenía usted ganas de dejar el oficio; que quería vivir como una señorita. Y tiene usted razón, méritos le sobran para ello.

—Pero ¿usted quién es? ¿Por qué me habla así?

No era la primera vez que ello le ocurría; la cosa no le chocaba más que a medias.

—Lo de menos es quién sea yo; lo de más es que si usted quiere, antes de una semana vivirá usted como una reina.

—¿En su casa?

—No. Mi casa es muy pobre para usted.

La cocinera soltó la carcajada.

—Ah, vamos, ya. Usted es uno de esos que trabajan por cuenta de otras personas.

—No se fije en eso. Yo puedo llevarla donde...

Le interrumpió, guasona:

—¿Y si yo le contara todo eso que me está usted diciendo a aquel señor que viene por allí?

Señalaba al fondo de la calle. Lorenzo se volvió y vió un guardia de orden público, de los más altos y fornidos, que venía hacia acá.

—Vamos, mujer...

Ella, sin indignarse, sin dejar de reír, alzó la cesta a la altura del rostro de él y le dió con ella un golpe

en el carrillo derecho; el enrejado de mimbre se le quedó señalado con bastante exactitud en la mejilla.

Lorenzo no quiso saber más y salió andando muy deprisa, en dirección de la calle Ancha.

La voz gruesa de la cocinera le perseguía en su huída.

—Y, para hacer ese oficio, póngase un delantal y unas medias azules. ¡Nos ha jorobao el tio cuervo este!

La cosa quedó ahí: en un pequeño susto.

El otro episodio fué más grave y tuvo consecuencias más trágicas.

Lola la Alicantina, la egregia celestina de la calle del Barco, le dijo un día a Lorenzo:

—En la Puerta del Sol, esquina a la calle de la Victoria, se pone todas las noches a vender periódicos una chica rubia, que tendrá ahora diez y seis o diez y siete años, que es muy guapa y que creo que se llama Paloma. Su madre suele estar con ella, pero muchos ratos la deja sola, porque se va a una tasca de la calle del Pozo a tomar unas copas de aguardiente, que le gusta con ansia. Tienes que traérmela, porque hay un señor que me la ha pedido. Si me la traes hay trescientas pesetas para ti.

—La traeré.

—Ah, te diré, por si puede servirte, que las vísperas y antevísperas de sorteo la chica deja los periódicos y vende lotería.

—No me diga usted más: la traeré; cuenta usted con ella.

Y se puso en campaña.

Fuese a la Puerta del Sol a las nueve de la noche, y la descubrió en seguida.

La chica, en realidad, era un cromo. El día que el mundo esté organizado con sentido común, niñas así tan guapas no venderán periódicos por la calle, mientras hay una colección de adefesios de su misma edad que viven en hotel propio, tienen coche y comen siempre a sus horas cuando tienen ganas.

Se me dirá que ninguna mujer tiene la culpa de haber nacido fea, ni mérito en haber nacido guapa; es cierto. Pero tampoco hay culpa ni mérito en ser hija de padres pobres o ricos, y, sin embargo, se sufren las consecuencias.

La chica que, en efecto, se llamaba Paloma—¡Paloma Narváez nada más!—se pasaba cuatro horas todas las noches gritando:

—¡La Voz! ¡Luz! ¡La Tierra! ¡Con el último discurso del señor Ventura Gassols!

Y menos mal que cuando Lorenzo la conoció, era una época en que el Gobierno había adoptado el sabio acuerdo de suprimir temporalmente los periódicos que le estorbaban; de lo contrario la pequeña habría tenido que añadir a sus gritos estos otros:

—¡Informaciones! ¡La Nación! ¡El Mundo!...

Y a la una menos cuarto habría estado completamente afónica.

Lorenzo era a la vez un estratega y un táctico: cosa rara en un militar, que el que es estratega suele ser diabético, y el que es táctico, suele ser artrítico. El mismo Napoleón... Pero dejemos esto.

El alcahuete empezó por dirigirse a la madre de Paloma y con un pretexto capcioso, convidarla a

unas copas de peñascaro en la taberna de la calle del Pozo. Cuando la vió suficientemente cargada dió una vuelta con elegancia, la dejó en el establecimiento vinícola y salió a la calle en busca de la hija.

La peque estaba en su puesto.

—Dame el "Heraldo".

Se lo dió.

—Ahora "La Voz".

Idem.

—Ahora "La Nación".

Diósela.

—Ahora "Luz".

Total, cuarenta céntimos.

La chica, con mucha sorna, le dijo:

—Se va usted a arruinar.

—Por ti me arruinaría yo con muchísimo gusto.

—¡Vamos! Ya será menos, abuelito.

—Todo lo abuelito que tú quieras, pero yo necesito hablar contigo a solas.

—Más solos que estamos...

—Pasa mucha gente.

—Ah, y usted necesita un sitio donde, lo que hablemos, no lo oiga nadie más que Dios.

—Eso.

—No se va usted a atraver a ir al sitio donde yo le diga.

—Prueba.

—Mañana, a las cinco de la tarde, en la calle de Solana, número 22. Pregunte usted por la señá Nicasia, la del Vito.

—Iré.

—Y ahora márchese usted, que se nos queda mirando la gente.

Aquella chica, en el mirar, y en la manera de mover la boca, tenía una picardía muy superior a sus años. Estas precocidades se dan mucho en Madrid.

Lorenzo se marchó contento: veía ya en el bolsillo los sesenta duros que Lola la Alicantina le había ofrecido.

Al alejarse en dirección a Sol iba oyendo la vocecita de Paloma, que ofrecía al público, como si se quejase:

—¡"Informaciones", con la ascensión a la Luna del doctor Albiñana!

Cuando llegó a la tarde siguiente a la calle de Solana, frontera a la Virgen de la Paloma, anochecía ya.

Al venir, Lorenzo habíase detenido en cierto famoso café de la calle de Peligros, bolsín o lonja de contratación amorosa, que podría ser en Madrid una sucursal de los cafés parisinos del bulevar Montparnasse si no fuera porque los dueños de este local de la capital de la Mancha... digo de España, tenían el espíritu más estrecho que las botas de un muerto.

Lorenzo tenía que dar allí un recado a una muchacha francesa que vivía en la calle de Jardines y que, en sus ratos de ocio, vendía cocaína dentro de unos mecheros de hojadelata.

Francesas quedaban ya pocas en Madrid. No era como en los años felices de la guerra y de la postguerra; desde que el... deporte bucal que estas damas practicaban se había extendido y lo realizaban ya hasta algunos ateneístas, la presencia entre nosotros de esas hijas de las Galias no tenía razón de ser.

Esta Manón, a quien Lorenzo venía a ver—simplemente para decirle que fuese aquella noche a las once a casa de un sacerdote que vivía en Pardiñas, y que celebraba unas misas negras todos los viernes que no llovía—habíase defendido un poco mejor por-

que, como ya se ha indicado discretamente, a su oficio de virtuosa del clarinete había unido el de proveedora de drogas tóxicas.

Dió el hombre su recado y encaminóse a la calle de Solana.

La casa que Paloma le había indicado era una de un solo piso, modelo que aun abunda bastante por aquel barrio. Como la puerta de la calle estaba cerrada tuvo que requerir el auxilio de la portera.

—¿Nicasia la del Vito?—le dijo la guardiana del inmueble, contestando a su pregunta—. Sí. Eso tiene usted que atravesar todo el primer patio y, de los dos corredores que hay al fondo, tomar el de la izquierda; a la mitad de él hay una escalera: baje usted por ella, y llegará a otro patio más pequeño. Allí, en la puerta número 12, vive la señá Nicasia.

—¿Y no hay que hacer más que eso?

—¿Qué quería usted? ¿Que viviera en el Palace?

—No, pero vamos...

La portera le volvió la espalda, desdeñosa.

En la práctica de su noble profesión el bueno de Lorenzo había tenido que descender a muchos antros de un decidido carácter dantesco; éste de ahora no era de los menos afolletinados.

—¡Caray con la del Vito! ¡Ya podía haberse mudado, por lo menos a un palacio de la calle de Zurbano!

Esto iba diciendo casi en voz alta el bueno de Lorenzo, mientras desgranaba su excursión a través de patios, escaleras y pasadizos. Como ya había anochecido, aunque no eran más que las cinco y pico de la

tarde, para los efectos de la falta de luz era como si fueran las cuatro de la madrugada.

Llegó por fin ante la puerta señalada con el número 12; debían estar esperándole, porque la propia Paloma le abrió apenas rozó con los nudillos la madera, un si es no es carcomida, de la entrada.

—Pase usted buen mozo—le dijo.

Aquella chica parecía haber crecido desde la noche anterior; era aquí más mujer que en la calle, sin duda lo reducido del local, que hacía aumentar las proporciones de quien lo ocupaba.

—Ya ves, hija, que soy puntual.

—Así me gusta. Pues me coge usted sola.

—Mejor.

—Mi madre ha salido a asistir, a una casa de la calle del General Pardiñas.

—¡Caray! Aquí a la vuelta.

—Figúrese... No volverá lo menos hasta las diez de la noche.

—No necesito yo tanto tiempo; yo acabo antes; sobre todo si tú me ayudas un poco, guapa.

Le acariciaba la barbilla con cierta delectación si no senil, al menos presenil.

—Venga por aquí. Aunque estoy sola, aquí hablaremos mejor.

Lorenzo vió el cielo abierto. Y al mismo tiempo que el cielo vió que se abría una puertecilla diminuta situada en un rincón de aquello que podríamos llamar recibimiento de la casa.

Se hizo la luz, la pálida luz de una bombilla de diez bujías, y a su reflejo apareció una estancia mo-

desta pero limpia, cuyo único mueble confortable era un sillón bajo, vestido de verde.

—Siéntese ahí—dijo a Lorenzo a pequeña—. Ahí estará más cómodo.

Obedeció.

Era guapa aqella chica; más guapa aquí que en la calle. Con los ojos muy grandes y el pelo, semi rubio, ondulado. ¡Si él lograra convencerla!

—Pues... usted dirá.

—¿De veras no te imaginas a lo que vengo?

La chica empezó a hacer unos mohines muy salados.

—Hombre... algo me figuro, pero...

—Sin rodeos: hay un hombre en Madrid que está enamorado de ti.

—¿Usted?

El alcahuete no se esperaba aquello, que la chica dijo con toda seriedad.

—No... No soy yo. A mí me gustas mucho, pequeña, pero yo soy muy poca cosa para ti.

—Entonces...

—La persona de quien yo te hablo ¡esa sí que te merece! Es todo un señorón, y, si tú quisieras, te tendría como a una reina.

—¿Quién es?

—No le conoces.

—Bueno, pero ¿cómo se llama?

—Aunque te diga su nombre no le conocerás. Nunca ha hablado contigo: sólo te conoce de vista.

—No importa, dígame cómo se llama.

La verdad era que Lorenzo no lo sabía. Al darle el encargo no le habían dicho—ni tenían por qué de-

cirle—el nombre de la persona a quien había que servirle la pequeña.

Pero él no iba a apurarse por tan poco. Inventó un nombre; tiempo habría de deshacer el embrollo.

—Se llama don Isaac Cuartero.

—No sé quién es.

—Ya te lo he dicho.

—Y ¿qué quiere ese señor?

—Hablar contigo a solas, un ratito nada más; como yo estoy hablando ahora, pero claro que no en una habitación como ésta. En un sitio más digno de ti y del cariño que esa persona te tiene.

—Y ese hombre ¿estaría dispuesto a casarse conmigo?

Tampoco se esperaba esto Lorenzo, aunque a muchas cosas estaba acostumbrado en esta clase de entrevistas. Pero no ignoraba que, en ellas, conviene al principio decir a todo que sí; tiempo hay después para la rebaja.

—¿Casarse? ¿Por qué no? Pero, para casarse, tiene antes que ser tu novio. Por ahora lo que quiere es que dejes de vender periódicos por las calles.

Y entonces ocurrió en la habitación algo extraordinario.

—¡¡Ay!!

Fué Lorenzo el que lanzó esto en forma de aullido.

Era que había sentido cómo a ambos lados de su cuello se apoyaban unas manazas y apretaban, apretaban, como si quisieran estrangularle.

En un momento se acordó de Jalón, asesinado de modo parecido por el capitán Sánchez, y de varios casos análogos que en el mundo se han producido.

En tales momentos—yo, no es que lo sepa por experiencia—, aparte el impulso de salvar la vida en peligro, lo primero que por instinto también, hace uno es mirar a la persona que tiene delante y con quien estaba tranquilamente conversando. Jalón debió mirar así a María Luisa.

Es una mirada en la que hay estupor, odio y curiosidad: en algunos casos de masoquismo muy avanzado puede haber también complacencia voluptuosa: se sufre y se va a morir *por ella*. Añádase a eso la compresión que en la médula ejerce todo intento de estrangulación, y se llegará acaso a comprender que una faena de éstas produce en el sujeto víctima la misma impresión que la lectura de una novela extrapornográfica en la que abunden las faltas de ortografía.

—Hola, ladrón, ¿conque querías llevarte a la pequeña?

Estas palabras, proferidas con un vozarrón de caverna, llegaron a los oídos de Lorenzo como una sentencia de muerte.

—¿Y quién era el lobo asesino que quería comerse esta cordera?—seguía gritando el verdugo.

Lorenzo se asfixiaba; los ojos empezaban a salírsele de las órzitas.

—Déjele usted, padre—dijo la pequeña—. Bastante tiene con la plancha que se ha tirado.

—¿Bastante? ¡Ca, hija mía! Este no lo suelto yo hasta que no hagamos con él lo que hicimos con el otro.

Soltó, sin embargo, la presa.

Lorenzo estaba en brasas. ¿Qué sería lo que hicieron con el otro? Aquello seguramente era la muerte en breve plazo.

¡En buena se había metido! ¡Y qué verdad era que todos los oficios tienen sus quiebras!

¿Intentar defenderse? Lorenzo era un ser débil y cuando por instinto, al verse libre, se levantó de la silla, vió que en la reducida habitación había tres personas contra él: el padre, la hija y la madre. La ilustre dama a quien él, la noche antes, había convidado a unos copazos en la tasca de la calle del Pozo.

A ésta no la había visto entrar; se dió cuenta de que estaba allí cuando la vió ante él, con los brazos en jarras y diciéndole con mucha zumba:

—Ah, pero ¿eras tú? ¿Para eso era el convite de anoche? Luego te lo devolveré; yo también te voy a convidar.

Fijóse Lorenzo en que la mujerona, en una de sus manos tenía un rollo de cuerdas.

—Anda, prepárate tú, Paloma—dijo el padre.

La pequeña salió de la estancia.

—Vamos nosotros—dijo a la madre.

Con viveza de movimientos empezaron a atar a Lorenzo de pies y manos.

—Pero.. ¿qué van ustedes a hacer conmigo?

—Poca cosa; darte una lección.

—¿Y qué querías tú hacer con mi hija, so ladrón?

—Yo no; yo, después de todo, no soy más que un enviado.

—¿De quién?

—No lo sé.

Un tortazo formidable, que si lo ven en Alcázar se mueren de envidia, *acarició* la mejilla derecha de la víctima. Procedía del padre.

—Conque ¿no lo sabes?

—No quieres decirlo.

—¿Nos vas a hacer creer que trabajas para otro, y no sabes quién es ese otro?

—Y bien que no lo sé.

—A ver si te crees que somos memos.

—Ahora lo dirá, cuando venga la chica. Verás como ella te hace hablar.

¿Qué podía hacer la chica? Lorenzo tenía tanto miedo como curiosidad. Bien sujeto de pies y manos, lo habían llevado a un rincón y lo habían puesto cara a la puerta de entrada.

No tardó en aparecer por ella Paloma. Venía transformada: parecía una artista de circo; desnuda la pierna hasta la altura casi de la cadera, llevaba

también desnudos los brazos y muy abierto el pecho. Como vestido no llevaba sobre su cuerpo más que medio metro de una especie de gasa roja que quería ser un atisbo de blusa.

¡Guapa de verdad estaba la pequeña! En la mano derecha empuñaba una fusta bastante grande, y en la izquierda traía una botella llena de un líquido blancuzco:

—Debe ser vitriolo—pensó Lorenzo.

—Anda, hija, ahí le tienes; despáchalo a tu gusto.

De un empellón el padre le hizo dar la vuelta y le puso cara a la pared. Al momentó empezó a caer sobre el cuerpo del infeliz una verdadera lluvia de palos; al principio, aguantando mucho, no se quejaba, no profería un grito, pero se dió cuenta de que los golpes aumentaban su violencia, precisamente acaso porque no se quejaba y parecía así que no le hacían daño.

Decidió gritar.

—¡Ay! ¡Ay! ¡Que me van ustedes a matar!

Mientras la chica seguía pegando el vozarrón del padre preguntó:

—¿Quién es el que te ha enviado?

—Si no lo sé; de verdad.

—Tú, Paloma, pega más fuerte.

La chica hizo un gesto que parecía querer decir:

—No veo el modo de apretar más.

Sin embargo, un fustazo enorme, como si la fusta se hubiera convertido de pronto en una barra de hierro, cayó sobre los riñones de Lorenzo. Sintió éste que se le desgarraba el alma y lanzó un aullido es-

pantoso. Cuando pudo hablar dijo, entre angustias:

—Paren un poco y yo les prometo que hablo.

El padre hizo un gesto y la chica suspendió la tarea, muy complacida, pues ya se le iba cansando el brazo.

—Yo...—dijo Lorenzo, jadeando aún—, aunque ustedes no lo crean, no sé quién es ni cómo se llama la persona que quería ver a la muchacha; a mí me dijeron que la buscase, la convenciese y, una vez convencida...

—Bueno pero ¿quién te lo ha dicho?

Lorenzo se daba cuenta de que iba a traicionar, de que iba a faltar a una de las reglas fundamentales de su profesión, pero ¿es que podía hacer otra cosa? ¿No estaba atado de pies y manos y en poder de unas fieras que, ante una negativa, podían quitarle la vida? ¿No era aquél un caso de fuerza mayor? ¡De mucha fuerza!

—Pues la persona que me lo ha dicho es...

Y dió el nombre de la Alicantina, y, ante una nueva presión del padre de Paloma, las señas de su casa.

—¡Bueno!

Hubo una pausa y un silencio.

Al cabo de ellos el padre dijo:

—¿Y no te da vergüenza dedicarte a un oficio así? ¡La de criaturas de éstas que se habrán echado a perder por tu culpa!

—¡Bah! No tantas; no crea usted que es tan fácil encontrarlas.

La madre de Paloma, que, en silencio y muy com-

placida, había presenciado la escena anterior, intervino ahora.

—Ayúdame, que le voy a devolver el convite de anoche.

Tomó la botella del líquido blancuzco, que Paloma había dejado sobre una mesita, y fué hacia Lorenzo; entre el padre y la hija le sujetaron la cabeza y le abrieron la boca; la mujer vertió a chorro en ella una buena cantidad de aquel brebaje.

—¡Anda, que vas servido! Ya no te debo nada.

Lorenzo se retorcía en sus ataduras, gruñía, rabiaba, y echaba el aliento hacia afuera, como si quisiera librarse a grandes bocanadas, de un fuego que le devoraba.

¿Qué le habían hecho tragar?

No tuvo que conjeturar mucho, porque la madre de Paloma le dijo:

—¿Sabes lo que has bebido? Yo te lo diré: son orines de ésta—por la chica—, mezclados con un poco de lejía. Si te ha gustado, se puede repetir.

—Déjalo, que va servido—dijo el padre.

Procedieron a librarle de las ataduras.

—Y ahora te vas a la calle. No necesitamos recomendarte silencio acerca de lo que aquí ha pasado, porque si dices a alguien una sola palabra, os denuncio a la policía a ti y a la pájara esa de que nos has hablado.

Lo sacaron a la puerta del cuarto y cerraron ésta.

Lorenzo, mientras iba en busca de la calle, pensaba:

—¡Son gajes del oficio!

Como era un hombre poco refinado no sabía que


B
CH

había seres que porque una chica como Paloma les hiciera lo que a él le acababan de hacer, daban dinero.

Conocí yo uno, en la parisina calle de los Mártires—hay nombres simbólicos—que, por una cosa así daba dos mil francos.

—¡Anda, soso!
—¡Cállate, malange !
—¡Ties más guasa que un ciprés!
—Niño, ¿de que te las das?
—¡Memo!
—¡Cretino!
—¡Vete al guano!

No crea el lector que está asistiendo a una sesión de un ayuntamiento español.

No. Estas frases castizas, que en Versalles acaso no se oyeron nunca, ni siquiera traducidas, son el diálogo diario de un cabaret madrileño, de uno de esos centros de contratación del amor, tan exóticos aquí como lo sería una guitarra en una reunión de cardenales.

A pesar de los años, el cabaret no se ha acreditado entre nosotros: únicamente en Barcelona, algunos de ellos tienen un aire semi europeo, que resulta muy agradable. Porque además las mujeres son más guapas que en París o Berlín.

Pero en Madrid... En primer lugar, la mujer de cabaret en Madrid se cree deshonrada si no habla con acento andaluz; la que es andaluza de verdad—un cuarenta por ciento—, no tiene que esforzarse, pero la que es de Valladolid o de Salamanca—yo he

conocido una que era de Betanzos—, tiene, sobre las otras cargas de la profesión, que no son pocas, esa de tener que fingir una pronunciación nada fácil para quien no la ha mamado—aunque estemos hablando de mujeres de cabaret conste que entre ellas las hay... abstemias.

Andalucía sería la tierra más simpática del mundo si sus naturales no se creyeran los seres más graciosos del orbe y además, y ello es lo peor, no se sintieran ofendidos cuando un individuo nacido en Laredo o en Alcoy, por ejemplo, dice una frase con pretensiones de chistosa.

—Ese es un *pelmazo*—dice, indefectiblemente el andaluz.

Y al decir eso ya cree que ha enterrado al que osó hacerle la competencia.

Esto, digámoslo con franqueza y sin que se ofenda nadie, da a nuestros cabarets un ambiente de grosería asaz repelente. La obligación de la mujer que ha hecho del amor un oficio, no es precisamente la de ser chistosa: eso debe quedarse para los escritores cómicos y para los diputados agrarios.

En esta noche, el cabaret de "La Cigüeña", situado en el corazón de la calle de Alcalá, estaba lleno de gente. Como local era el mejor de Madrid, y aun en el mismo París no había muchos que le ganasen en amplitud y alegría decorativa.

Tenía el inconveniente de que, para llegar hasta él, por no estar al nivel de la calle, había que descender unas escaleras bastante largas, como si fuera uno a visitar en una cripta a un pariente enterrado hacía varios años; esto daba a aquel lugar de placer

un aspecto algo catacúmbico. Pero como local, y abundancia en él de mujeres guapas, nada se le podía pedir.

Lástima que la mayoría de esas mujeres, no tuvieran de su oficio, a pesar de vivir de él, una idea más clara. Aunque, después de todo, no iban a ser las pobrecitas una excepción en un país como el nuestro, donde es raro el ciudadano o ciudadana que conoce su profesión.

En una mesa de las del centro del local, en la primera fila, estaba don Remigio.

Le acompañaban dos mujeres, una rubia y una morena, pareja clásica que, desde los tiempos de Ricardo de la Vega, adorna muy bien cualquier combinación.

La morena ¡cómo no! era andaluza: no era guapa, pero tenía un precioso pelo ondulado y una boca de fresón bastante golosa.

La rubia era una beileza de aquellas que antes se llamaban de concurso, pero que ahora ya sería un poco arriesgado llamar así, porque a los concursos de belleza se presenta cada birria que conmueve.

El pelo, en ondas chiquitas, lo llevaba suelto y muy largo, casi hasta los hombros, y encuadraba muy bien su cara de óvalo perfecto, en la que lo más atractivo eran los ojos, muy serenos y muy penetrantes a un tiempo.

Era Julia, la Sifón.

Le llamaban así porque debía su fama y la brillantez de su carrera a un sifón de agua de Seltz muy oportunamente estrellado en la cabezota de Paco Senegal, una noche de Reyes en que el distinguido vago

la llamó *biberonera*. El estuvo un mes con la cabeza vendada, y ella unas horas en la Comisaría.

La morena aun no tenía mote: se llamaba Coral, había venido de Sevilla unas semanas antes y vivía en la calle de Barbieri.

Don Remigio estaba entre ellas, complacido, pero, en algunos momentos, como ausente; se veía que su pensamiento estaba un poco lejos de allí, lejos de las tres botellas de manzanilla que imperaban sobre la mesa, lejos de la música bárbara y de las evoluciones de los bailarines, pero, sobre todo, lejos de Coral y de la Sifón, de sus atenciones y sus esfuerzos para complacer al feriante posible.

Su mujer de aquellos días era otra. Por lo mismo que aun no la había logrado, le preocupaba, le obsesionaba, con ese poder de concentración del pensamiento que tiene un deseo no satisfecho.

Sería poco piadoso, a más de pueril, describir al lector un cabaret, en estas horas de la llamada orgía nocturna. La mayoría de nuestros lectores se habrán aburrido tantas veces en uno de esos locales, que procurarle aquí un nuevo aburrimiento con una descripción pormenorista sería de una crueldad de usurero.

Es mejor limitarse a reproducir aquí algunos de las diálogos escuchados en diferentes mesas; tampoco suenan a nada nuevo, pero avivan el recuerdo y ejemplarizan un poco.

En una mesa de mujeres solas: son cuatro, dos de ellas tanguistas contratadas en la casa:

—Pues chica, tú dirás lo que quieras, pero yo cuando estaba en casa de la Paca vivía mejor que ahora.

—No digas.

—Si digo; ganaba más dinero y vivía más tranquila.

—¿Tranquila?

—A ver...

—Tú te olvidas de la noche que estabas con fiebre y te hizo Paca levantar de la cama para ir con aquel tío de Manzanares a un baile de la Zarzuela.

—Es que le dió cincuenta duros por llevarme.

—¿Y cuánto te dió a ti la Paca, de eso?

—Quince.

—¿Lo ves?

En una mesa de dos parejas: dos muchachas y dos pollos.

—¿Qué? ¿Te decides?—pregunta uno de éstos a una de ellas.

—Yo, la verdad, por ese dinero no.

—A ver si te crees que cincuenta pesetas se encuentran hoy así, debajo de un ladrillo.

—Sí, yo no te digo; pero nunca me he ido a pasar la noche entera con un hombre por menos de veinte duros.

—Eso era antes, en los años de la guerra.

—En los años de la guerra yo no había nacido, ¡rico!

Debía creer ¡ingenuamente! que se trataba de la guerra carlista.

La otra muchacha:

—Anda, hombre, no seas guasa; dale los veinte duros.

—¡Pero si no los tengo!

—Pues déjala que busque ella por ahí.

—Que busque, pero a las tres y media que son ya no creo que encuentre mucho.

—¿Y quince duros? ¿Tampoco tienes?

—Todo lo que tengo son doce y unas perras.

—¡Las perras para ti!

—Bueno. Yo te llevo a mi casa, te doy los doce duros y mañana antes de que te marches, te convido a desayunar.

—¡Qué mala sombra tienes!

—Pero... ¿hace?

La aludida paseó su mirada por todo el cabaret, como buscando algo que la librase de aceptar aquella mezquindad; pero no lo encontró. La amiga, adivinándole el pensamiento, le dijo:

—Aquel rubito que baila con la Remedios parece que te mira mucho.

—¡Ese! Pregúntale a la Tarifeña por ése.

—¿Qué le pasa?

—Se fué la otra noche con ella y, por la mañana, mientras la dejaba dormida, se marchó a la calle y le empeñó hasta unas zapatillas que tenía debajo de la cama.

—¡Vaya un hueso de taba !

—¿Lo ves, tonta?—dijo el de los doce duros, arrimando el ascua a su arenque—. Seguramente le había ofrecido treinta duros.

—Le había dicho que le iba a dar doscientas pesetas.

—¡No entiendes!

—Bueno, pues... cuando quieras nos vamos.

Y fueron.

Dos mujeres solas, guapa de verdad una de ellas;

regular, de tipo hombruno, la otra, hablaban así, casi al pie de la orquesta.

—Déjame que vaya con él. Mira, te doy mi palabra de que antes de una hora estoy aquí.

—¡Que no!

—¡Hay que verte, mujer! Si es que me va a dar para que me compre los zapatos esos que hemos visto en la Gran Vía.

—Esos zapatos ya te he dicho que te los compro yo, cuando reciba el dinero de mi casa a primeros de mes.

—¡Qué tonta eres! Pero si sabes que yo...

—¡Que no te canses, mujer, que no te dejo! ¡Digo! ¡Y como no es guapo el hombre...!

—A mí qué me importa que sea guapo o feo: bien sabes tú que no es por eso.

—¡Por si las moscas! Con hombres guapos no quiero que vayas .

—¿Quieres que le diga que si quiere ir con las dos? Aunque sea por el mismo dinero.

—No quiero que vuelvas a hablar más con él. Si te veo hablando con él no me vuelves a ver más en la vida... Por más que eso quisieras tú.

—¡Qué cosas dices!

—Lo que hago es que si os veo juntos, os saco los ojos a ti y a él.

Pero no todos los diálogos del cabaret giraban en torno de eso que se ha dado en llamar el amor. Habíalos también de otra índole.

En una mesita de las pequeñas había dos hombres solos; pertenecían a esa categoría de ciudadanos de provincias con el riñón bien cubierto, que ahora fre-

cuentan más Madrid, desde que el servicio de autobuses es una cosa seria y organizada.

—No, hombre, no; esa yegua no vale más de las tres mil pesetas.

—Pues yo no te digo lo contrario; lo que te aseguro es que no la da menos de las tres mil quinientas.

—Ofrécele tres mil.

—No me hará caso.

—¿Tan cerrado está?

—Lo está.

—¡A ver si se cree ese que tres mil pesetas se encuentran ahora así, debajo de un ladrillo!

—No, pero...

—Bueno, mira, dile que le doy tres mil doscientas veinticinco.

—Se lo diré.

Como ve el lector, en el cabaret todo venía a ser uno y lo mismo.

La entrevista celebrada por doña Gloria con don Remigio fué algo sabroso de verdad.

Nunca la ilustre dama había desplegado más en guerrilla sus claras dotes diplomáticas; la papeleta no era nada fácil, pero ella supo hacer frente a la situación con un desparpajo que habría causado el asombro de un antiguo gobernador civil de Romanones.

De algo había de servirle su larga experiencia.

—Para hoy no hay nada—empezó diciéndole—, pero vendrá la chica; vendrá; ¡ya lo creo que vendrá!

—Pero ¿cuándo?, ¡por Dios!

—Pronto, pronto; no hay que impacientarse.

—Pero ¿cómo no voy a impacientarme, si no pienso en otra cosa?

—La chica no está buena todavía.

—Pero ¿qué es lo que tiene?

—Nada grave; a punto fijo no sé si son anginas o un riñón flotante.

—¡Re-cestona!

—Sí.

—Pero eso puede ser muy largo.

—No lo creas; si son anginas, cuatro días.

—Sí, pero ¿y si es el riñón?

—Eso se le cura con un salvavidas.

—No gastes bromas, Gloria; no gastes bromas. Tú no sabes lo que yo estoy sufriendo.

—¡Caramba! ¿Sufriendo nada menos?

—Nada menos.

—La chica lo vale, desde luego, pero, la verdad, Remigio, nunca te he visto así.

—Porque nunca había motivo, como lo hay ahora.

—¡Con las mujeres que tú has tenido!

—Ahora me dan asco todas ellas.

—¿Te acuerdas de la Blanca?

—¡No he de acordarme! Mira.

El anciano enseñó a la menopáusica unos gemelos de puño de camisa, bastante cursis.

—Estos gemelos me los regaló ella la primera vez que el marido nos pescó juntos en la cama.

—¡Y Teresa! ¿Te acuerdas de Teresa?

—¡Hombre!... Mira.

Sacó del bolsillo del pantalón un trapajo, que antaño debió ser un pañuelo blanco.

—¿Qué es eso?—preguntó Gloria, relativamente alarmada.

—Este es el pañuelo que Teresa tenía en la boca cuando volcó, en la Cuesta de las Perdices, el auto en que iba conmigo. Ya sabes que, de resultas de aquello, se quedó coja.

—¡Y coja sigue!

—Como que la llaman "el tubo de la risa", por la manera que tiene de andar.

—Pues ¿y "La Vinagre"? ¡Qué mujer!

Don Remigio se puso soñador.

—¡La Vinagre!... Mira.

Se bajó un poco con los dedos el cuello de la camisa por el lado izquierdo y enseñó un costurón que le afeaba la piel en aquel paraje, y que parecía el rastro de un cienpiés.

—¿Qué es eso?

—Un forúnculo, que me tuvieron que operar dos veces, cuando la pobre Vinagritos me llenó el cuerpo de granos.

—¡Era mucha mujer!

—Pues ¿y Clotilde?

—Mira, Gloria, no me sigas recordando nombres, porque voy a tener que desnudarme para enseñarte los recuerdos que me han dejado otros amores.

—Ya, ya... Un hombre como tú, con esa historia...

—Y con esas cicatrices.

—Todo viene a ser lo mismo... Un hombre como tú, digo, ¿cómo puede interesarse hasta ese extremo por una mocosa? Porque no es más que eso, Remigio, no le des vueltas; yo no quiero quitarte ilusiones, pero esa chica tan guapa, tú lo sabes, no puede tener la menor experiencia amorosa. Y tú no ignoras que la experiencia...

—No sigas, Gloria; la experiencia que le falta a ella la tengo yo. De sobra sabes que la quiero para sujeto pasivo.

—Eso sí. Me has convencido.

Era sincera al hablar de tal modo; su experiencia de vieja lagarta le hacía saber todo lo que un hombre de sesenta años puede pedir a una muchacha de diez y ocho. En esos casos es siempre él quien decide.

A pesar de ello, quiso apurar el tema.

—Habrá que esperar, Remigio; y si quieres que

esa espera se te haga menos desagradable, yo puedo ayudarte. Mira: vino ayer por primera vez a mi casa una mujer..., no creas que quiero hacerte el artículo, ya sabes que yo contigo no empleo esos procedimientos..., una mujer que puedes verla sin compromiso ninguno, y tú juzgarás.

—¿Qué le pasa?

—Tiene veintiocho años, es casada y...

—Sí, y va a divorciarse. Lo de todas ahora.

—No, Remigio, no; te aseguro que se trata de un caso excepcional; si no, yo no te hablaría de ello. Está enamorada de su marido, por lo menos eso dice ella, salen siempre juntos a la calle...

—Siempre, menos cuando viene a tu casa, naturalmente.

—Ha venido ayer por primera vez, y es también la vez primera que engaña a su marido.

—Y si tanto le quiere ¿por qué le engaña?

—Parece mentira que un hombre como tú pregunte eso. ¿Es que no nos conoces a las mujeres?

—¡Cualquiera os conoce!

—Pues le engaña, o, mejor dicho, quiere engañarle, porque hasta ahora no lo ha hecho...

—¡Ya!

—Porque el marido, aunque sólo tiene ocho años más que ella, es impotente.

—¡Hola!

—Sí. Quedóse en ese estado de resultas de la lectura de un artículo de don Ramiro de Maeztu.

—No le conozco.

Eso de la impotencia no era verdad más que a medias; era esa parte picante que toda alcahueta tiene

la obligación de poner en la mercancía que ofrece.

—Y ¿cuánto pide por desquitarse de... esa impotencia?

—Doscientas pesetas.

—No está mal.

—La que está muy bien es ella. Puedes verla y, si no te gusta, la dejas.

¿Le estaba tomando el pelo ¡al cabo de los años! la buena de Gloria? Porque eso de que para desquitarse de la impotencia de un marido le soltasen a él... era un poco eutrapélico. A menos que apelasen a aquello de *similia similibus curantur*.

—No, Gloria, no; ni esa casada, ni ninguna. Para mí no hay más que una mujer, y ya sabes tú quién es.

—Bueno, hombre, bueno; la tendrás. Ya que tan emperrado estás, la tendrás.

—Sí, pero ¿cuándo, Gloria, cuándo?

Y a la vieja celestina, a quien se le acababa de ocurrir una idea diabólica, le brotó de los labios esta frase:

—Vente por aquí pasado mañana, a las cinco en punto.

Lo gracioso era que doña Gloria no había mentido.

La tal casadita era una mujer guapísima, y su marido, que no era un fogoso ni mucho menos, no era tampoco un... terreno baldío.

La impotencia de él, más que en el sexo, estaba en el bolsillo, y a Clotilde—tal era su nombre—le gustaba vestir bien, y el marido sólo ganaba quinientas pesetas, con descuento, en el Ministerio de Obras Públicas.

Eso solo basta para derrumbar toda una Moral.

Clotilde llegó a casa de doña Gloria un poco de arribada forzosa: era un caso vulgar. Su modista, una genial lagarta de la calle de Hortaleza, al ver que los pagos se retrasaban, le planteó el problema:

—Siendo tan guapa ¿qué necesidad tiene de andar así?

—No sé qué quiere que haga.

—Yo sí lo sé.

Y le dió la dirección de doña Gloria.

—Vaya a verla de mi parte, haga lo que ella le diga; en cuanto se entienda con ella no tengo inconveniente en vestirla gratis.

Fué.

La primera tarde no pasó nada. Hablaron, planearon:

—Yo la avisaré.

—¡Ay, pero por Dios, no a mi casa! Mi marido...

—No se preocupe, sé hacer las cosas. No seré yo, será la modista la que le avisará: "Venga a probarse la falda, ya está." Y usted, en vez de ir a la calle de Hortaleza, viene aquí.

—Pero...

—No se preocupe de nada; yo se lo daré todo resuelto.

—Lo que no sospechaba doña Gloria al hablar así era que tan pronto iba a tener que avisarla.

No era Clotilde, casada auténtica, mujer para servida a todo el mundo; además, no convenía escandalizarla en los primeros días; que se fuera habituando poco a poco, y con el tiempo, llegaría a ser uno de los pilares y sostenes de la calle de Castelló.

Se le había ocurrido a la dueña una idea magnífica: citarla a ella, citar a don Remigio, procurar que coincidiesen los dos en una habitación, dejarles solos en ella, y matar así de un tiro dos pájaros: dar una tregua a las impaciencias de don Remigio, disponiendo así de más tiempo para convencer a la tabernerita, y hacer que Clotilde debutase en su casa, y fuera así perdiendo el miedo.

Contaba para ello con dos cosas: la indiscutible belleza de la casada, una belleza un poco inocentona que, por lo mismo, resultaba más atractiva, y la desmedida afición de don Remigio a las mujeres guapas que, una vez en presencia de una de ellas, le haría olvidarse de todo e ir derecho al bulto.

La Providencia, que en todo está, ayudó a la alcahueta en sus designios.

Don Remigio llegó puntual a la llamada; la casadita ya hacía tiempo que estaba esperando.

Y estaba esperando precisamente en un gabinete que había en el... centro de cultura de la calle de Castelló, al que los habituales de la casa llamaban el gabinete del cocodrilo. ¿Por qué? Pues, simplemente, porque sus paredes aparecían revestidas de un papel que imitaba, tan a la perfección como pudiera hacerlo Pepe Medina, la piel del distinguido animal escamón que habita en las aguas del Nilo y del Ganges. Además, pendiente de la lámpara central, había un pequeño cocodrilo disecado que, según afirmaban lenguas procaces, era hijo de uno de los últimos ministros de la Gobernación que tuvo la Monarquía, cliente habitual de la mancebía de doña Gloria.

Cuando don Remigio, accediendo al requerimiento de la dueña de la casa, que le dijo "Espera ahí; en seguida soy contigo", entró en el gabinete del cocodrilo, ya estaba en él Clotilde.

El cabrito maduro saludó con una leve inclinación de cabeza. No dejó de sorprenderle la presencia allí de aquella joven, que por su actitud modesta, y como aislada, parecía estar en la sala de espera de un dentista, o de una estación ferroviaria.

No era costumbre en la casa, ni en la mayoría de las similares, poner en presencia en la misma habitación a dos personas que habían ido a negocios distintos; más bien, como es lógico, se procuraba evitar esos encuentros.

—¿Por qué me habrá metido aquí Gloria?—se preguntaba don Remigio.

Como si quisiera contestar a la pregunta de un modo indidecto, Clotilde dió un suspiro capaz de conmover a un tablón. A tiempo de darlo, y como por acaso, se quedó mirando frente a frente al caballero. Este no era un tímido, y además sabía que con las personas encontradas en ciertos sitios no había por qué gastar mucha ceremonia.

—¿Qué le pasa a usted, joven?

—Nada.

—¿Espera a alguien?

—Sí... es decir, no sé.

—¿Cómo que no sabe?

—Me ha dicho doña Gloria que espere aquí... No sé... A lo mejor es a usted a quien tenía que esperar.

Esta mujer—pensaba don Remigio—, o es una ingenua, o finge la ingenuidad admirablemente. Le daba igual; por su edad y por su experiencia el hombre había pasado ya de ese momento de la vida en que se exige una absoluta sinceridad de sentimientos: con que éstos sean agradables y... aprovechables, basta.

Y aquella joven, real o postiza, tenía una expresión de candidez muy agradable.

—Pero... ¿usted ha venido muchas veces a esta casa?

—Es la segunda vez.

—Y... ¿de veras no aguarda usted a nadie?

—Sí, aguardar sí aguardo a alguien; por lo menos eso me ha dicho doña Gloria; pero no sé quién es.

Don Remigio, cambiando de asiento, habíase sentado al lado de la casadita.

—¿Y si ese alguien fuera yo!

—Pues muy bien.

—¿No le soy a usted antipático?

—¿Antipático?... ¿Por qué habría de sérmelo?

—Muchas gracias.

—Y usted ¿a quién espera?

—Si le dijera que a usted no me creería.

—¿Le ha hablado doña Gloria de mí?

—¡Mucho!

¡Mentira! Pero una mentira liviana, de esas que, en el mercado del amor, como en todos los demás mercados, están perfectamente admitidas.

—¿Le ha dicho que soy casada?

—Vaciló en la respuesta.

...Sí... Sí me lo ha dicho.

—¡Ah!

—Pero no se preocupe; eso, para mí, no es ningún mal; soy hombre excesivamente discreto.

Pensó que tenía que aclarar aquello con la dueña de la casa; no era cosa de que aquella joven tan guapa le estuviera tomando el pelo.

—¿Es usted capaz de esperarme unos minutos? Voy a dar un recado por teléfono y vuelvo en seguida.

—Vaya donde quiera; yo no me muevo de aquí.

¡Era adorable! ¡Sencillamente adorable!

Don Remigio fué en busca de doña Gloria. La encontró en su gabinetito particular, en trance de merendar unas ensaimadas, que, por el tamaño, parecían cojines.

—Oye, Gloria, ¿quién es esa muchacha que hay allí conmigo?

—¿Te gusta?

—Claro que me gusta, pero ¿quién es?

—Pues una nueva cliente.

—¿Es verdad que es casada?

—Verdad. Casada auténtica. Ya sabes que yo a ti no te engaño, y menos con trucos de esos tan pasados de moda.

—Pero... estará separada del marido.

—¡Qué va! Vive con él... Pero ¡qué digo vive con él! ¿Quieres verle?

—¿A quién? ¿Al marido?

—Sí.

—No tengo el menor interés.

—Sí, hombre, ven por acá.

Le tomó por una mano y como quien se dispone a realizar una travesura, le llevó a una alcoba inmediata, estancia que don Remigio ya conocía; en ella había un balcón que daba a la calle de Castelló y desde el cual veíase la casa de enfrente, en cuyo piso bajo había un bar diminuto con solo dos mesas en la acera y a ambos lados de la puerta.

Sentado a una de ellas había un hombre, joven aún, pero con un tipo así como de torcido y atravesado, de pobre de espíritu, terreno abonado para que en él crezca la flor puntiaguda de la cabronería.

Por detrás de las persianas de madera se lo enseñó Gloria:

—Mírale, ese es; ese que bebe ahora cerveza.

—¿Y qué hace ahí?

—Espera a que su mujer... *acabe*.

—Pero ¿ese hombre sabe...?

—¡No! Su mujer le ha hecho creer que aquí vive una amiga que está muy enferma.

—Pero si ese hombre descubre la verdad te puede buscar un conflicto, Gloria.

—No te preocupes, ya sabes que no soy novata en el oficio y que he salido de trances más difíciles que ese.

—Eso sí... Además... que puede que ese hombre esté al corriente de todo y no sea más que uno de tantos consentidos.

—Mira, no sé por qué, pero me parece que no, Ya sabes que tengo bastante olfato para estas cosas.

—Digo...

—Con que ¿qué te parece? ¿No quieres ponerle los cuernos al de la cerveza?

—Con alma y vida.

—Pues tuya es su mujer: vuélvete a buscarla y verás cómo me lo agradeces. Tiene un cuerpo precioso. ¡Es una perla!

De pronto, a don Remigio se le ocurrió una idea diabólica: uno de esos pensamientos inspirados directamente por el propio Satán, pero que, por lo mismo, resultan a veces bastante divertidos.

—Oye, mira; no habrá inconveniente en que ella y yo nos metamos en esta habitación.

—¿Inconveniente? Ninguno...

—Pues voy por ella.

La alcahueta, que le había adivinado la intención, soltó la carcajada.

—¡Pero, cómo eres, Remigio!

—Ya ves: una combinación así no se le presenta a uno todos los días.

—¡Y que lo digas!

Y mientras el zorro viejo se iba en busca de Clotilde, doña Gloria, volviendo a sus ensaimadas, iba pensando:

—Este, durante una temporada, se olvida de la tabernerita.

—¿Quiere usted venir conmigo por aquí? Estaremos más cómodos.

—Vamos.

Iba resignada: única actitud lógica cuando se han pasado ciertos rubicones.

Don Remigio la trataba con mucho mimo, con ese tono paternal que adoptan en ciertos momentos los hombres de alguna edad, por muy cachondos que estén.

Llegaron a la alcoba de donde el hombre había salido medio minuto antes. Cerró él la puerta por dentro con mucho cuidado, y ella, sin decir nada, hizo ese gesto de familiaridad y confianza que consiste en quitarse el sombrero: una sencilla y diminuta toca que le iba muy bien a la cara.

Tenía una bonita cabeza, de pelo castaño ondulado—25 pesetas, garantizado por seis meses—que resultaba realmente atractiva. Una cabeza para llenarla de besos.

—¿Cómo se llama usted, hija mía?

—Clotilde.

—Nombre bonito.

—Pues a mí no me gusta.

—Pues no es feo... no es feo... Conque ¿casadita?

—Sí, señor.

—Se habrá usted casado muy joven.
—Hace año y medio.
—Sin hijos, por supuesto.
—¡Por supuesto! Ni esperanza de tenerlos.
—¿Por qué?
—Mi marido no...

Hizo un gesto indefinible, incopiable; un gesto en el que había tanta ingenuidad como picardía, uno de aquellos gestos de que parecía tener la exclusiva la divina Chelito, cuando andaba por esos escenarios, y cuando aún no le había dado por el misticismo.

Don Remigio, muy amigo de saborear lo que pudiéramos llamar los ordúbres, habíase dejado caer en un butacón, no sin antes cerciorarse, a través de las rendijas del balcón, de que el marido estaba *allí*.

—Ven acá, hija mía, ven acá; no estés de pie, que no te hace falta crecer.

Obedeció risueña y fué a sentarse en las rodillas de él.

Don Remigio notaba que iba transfigurándose poco a poco; no era ya un prodigio de virilidad, pero tampoco era un terreno completamente baldío. Necesitaba, eso sí, estímulos un poco fuertes para colocarse, sin hacer el ridículo, en postura de ataque.

Este estímulo de ahora era de los fuertecitos: una mujer joven, casada, guapa, entregada allí en sus brazos, a unos cuantos metros del marido, al cual, por añadidura, se le podía ver mientras se le coronaba, sin más que mirar por una rendija.

—Oye, aunque no me gusta hablar de estas cosas, ¿tú quieres mucho a tu marido?

Clotilde soltó la risa.

—¡Quererle! Si le quisiera no estaría aquí.

—Es verdad. Pero... ¿él sabe...?

—¿Qué?

—Que tú...

—Ah, no, ¡eso no! ¡Qué horror! Si lo supiera me mataría.

—Así me gusta—pensó el galán maduro sin decirlo.

—Tú si sabes que él está ahí enfrente esperándote.

—Claro que lo sé, le acabo de dejar yo misma.

—Ah, bueno, bueno.

Había llevado una de sus manos, ya manchadas con la pigmentación de la arterio-esclerosis, a los pechos de la adúltera.

—Oye, ¿sabes que tienes unos pechos que son dos azucenas?

—No exageres. ¡Pocos que habrás visto tú en tu vida mejores que los míos!

—No lo creas.

—Sí. Lo que pasa es que te has olvidado de ellos... como te olvidarás de estos míos.

—¿De estos? No digas eso.

Y, sin duda para que no lo dijera más, ni pudiera decir tampoco otras cosas, le tapó la boca con un beso que, por lo amplio y lo caliente, parecía una cataplasma.

Ella se dejaba hacer. ¿Era aquello el amor clandestino? ¿Era aquello el adulterio? Entonces ¿por qué la gente le concedía tanta importancia?

Desde luego ella no se la concedía. Si a costa nada más que de aquello podía ir bien vestida, y com-

prarse aquel sombrero caro que había visto en la calle del Príncipe, y aquellos zapatitos de la calle de Fuencarral, y aquel bolso de mano de la calle de Peligros, ¡bendito fuera el adulterio!

Y es que no cabe duda, aunque parezca una paradoja de circo, si las mujeres fuesen desnudas por la calle, y no tuvieran necesidad de vestirse, la Moral saldría ganando.

Como Remigio notara en Clotilde un intento de desnudarse, la contuvo, enérgico y suplicante a un tiempo.

—¡No! Eso después. Tiempo tendrás... Ahora, ven acá y, si no te molesta, ponte de cara ahí.

La llevó frente al balcón, le levantó, con ademanes versallescos, la falda, no muy larga, por detrás, y, acoplándose en postura indicada, se dipuso a dejar que obrase la Naturaleza, su mezquina naturaleza de sexagenario, que aun no era del todo un páramo.

—Mira allí—dijo imperativo a Clotilde, señalándole al bar frontero, que se veía por los intersticios del balcón—. ¿Le ves?

—Sí. Mi marido.

—Pues, a su salud, zúmbale que es tarde, al pandero.

Muy ingenua, pero no necesitaba maestro aquella chica: allí, de pie frente al balcón y adobada la faena con una risitas de ella, quedó realizada la faena.

En cuanto a él, pocas veces había disfrutado tanto en su vida: le parecía retroceder, volver a la fogosidad de los años mozos, desquitarse en un momento de muchas semanas de pasividad.

¡Qué mujer! Aun no la había visto desnuda, pero ¿es que ahora hace falta ver desnudas a las mujeres para darse cuenta de cómo son? A don Remigio, lo que más le entusiasmaba en Clotilde eran los pechos: dos bolitas macizas y dúctiles a un tiempo, a las cuales, por la necesidad de la postura, él se agarraba con todo ahinco.

Luego, aquella nuca ¡olía tan bien!

Pero lo mejor de todo, la salsa, el picante de la operación, era la vista del marido, de aquel pobre hombre, manso bebedor de cerveza, allí, a dos pasos, mientras su mujer, joven y guapa, entregaba su cuerpo a las caricias de otro, por el afán de comprarse unos trajes.

A don Remigio, finado ya aquel primer retozo, se le habían despertado unas ideas muy raras: no era la primera vez que en él surgían, pero desde luego no eran tampoco en él habituales. Eran unas ideas de crueldad, de humillar a aquella mujer, de envilecerla. ¿No quería prostituirse? Pues que la prostitución fuera lo más cabal y completa posible.

Empezó por abandonar el tono mimoso que hasta entonces había usado con ella.

—Anda, desnúdate; así, con esos trapos, no se puede hacer nada.

Ella empezó a hacerlo.

—No, pero desnúdate del todo; tienes que quedarte como tu madre te parió... Y los zapatos también; quiero verte completamente desnuda.

Se había instalado muy cómodamente en el sillón y había encendido un pitillo. Ella estaba un poco

turbada; ya no sonreía, y miraba a aquel hombre con un poco de miedo.

—Así—dijo, cuando la vió completamente en carnes.

Clotilde no sabía que hacer: alzó del suelo algunas prendas que habían caído, las colocó todas encima de una silla y quedó parada en el centro de la estancia.

Don Remigio se divertía con su azoramiento.

—¿Qué haces? Estás como atontada. ¡Cualquiera diría que tienes frío!

—No, frío no...

—¿Y por qué no vienes aquí?

Se acercó a él y, creyendo hacer lo que debía, fué a sentarse en sus rodillas.

La rechazó con cierta violencia.

—¡No, rica, no! Que me vas a dar mucho calor. Ponte ahí, en el suelo. Y si quieres estar más cómoda, te recomiendo que te pongas de rodillas.

Lo hizo. La tenía dominada; claro que no era empresa difícil dominar a una criatura así.

Don Remigio quiso apurar el consonante.

—A tí te gusta vestir bien, ¿verdad?

—Sí.

—Una mujer bien vestida tiene más importancia que una mujer guapa.

—Y las que no somos guapas debemos procurar que no se nos note mucho la fealdad.

—Bueno, dejemos eso ahora. ¿Qué es lo primero que quieres comprarte?

—Pues... como se acerca el invierno, un abrigo

estupendo que he visto en un comercio de la Gran Vía.

—¿Cuánto te cuesta?

—Seiscientas pesetas.

—¿Las tienes?

—¿Yo? ¡Pobre de mí!

—Entonces ¿cómo te lo vas a comprar, estúpida?

—Cuento con... la Providencia.

—Ya... Pues yo sí las tengo.

Echó mano al bolsillo y las extrajo.

—Mira... Seis billetes de cien; tuyos son.

—Gracias.

—No, perdona. Son tuyos, pero tienes que ganártelos.

Tuvo ella un conato de rebeldía.

—Eso estoy haciendo.

—Sí, pero... hay que seguir. Ciento veinte duros no se ganan así como así; vas a decir que soy un grosero, pero no me importa.

—Yo no digo nada.

—Bueno, pues... ven acá.

La tomó por ambos brazos y la llevó frente al balcón.

—Arrodíllate ahí.

Llevó el sillón y lo colocó en postura estratégica, es decir, de manera que sentado en él muy orondo, viese al marido de Clotilde tomando bocks de cerveza en el bar de enfrente. La chica, desnuda, estaba de rodillas frente a él.

—Anda.

Ella no se decidía. El insistió.

—Anda, o no hay abrigo.

Se resignó Clotilde; era la primera vez que lo hacía, pero... al poco tiempo ya no podía bostezar; de haberlo hecho algo habría fracasado... entre sus dos filas de dientes.

El marido, a quien don Remigio veía perfectamente desde allí, seguía tragando cerveza.

Una noche, don Remigio volvió a la taberna cercana a la Puerta del Sol.

Ocupó una mesa rinconera y, con disimulo, extendió la vista por el local: la tabernerita no estaba.

Debía andar por la cocina; no tardaría en salir.

El buen hombre seguía tan preocupado por *aquello* como el primer día; en eso doña Gloria no había estado muy... psicóloga que digamos: el entusiasmo por Clotilde la casadita se había apagado en tres sesiones, durante las cuales ambos habían realizado toda clase de barbaridades y ella había sufrido todo género de humillaciones. La última tarde la obligó a recorrer, a cuatro pies y completamente desnuda, toda la estancia, mientras él la seguía dándole unas pataditas...

Después de aquello volvió a su tabernera.

Doña Gloria afirmaba que continuaba enferma; y él, sin desconfiar mucho de la afirmación de la celestina, quiso confirmarla y volvió al local.

Al rato de estar en él, y mientras deglutía maquinalmente unos alimentos, empezó a pensar que Gloria debía tener razón: la chica estaba enferma. ¡También era mala pata la suya!

Hubiera preguntado a la otra muchacha que le servía, pero no se atrevió: le temía al chismorreo y

no quería en manera alguna que le notaran el interés.

De bastante malhumor salió a la calle. ¡Esperar! ¡Esperar! ¡Qué fácil es decir eso! Pero, mientras se espera, la sangre se consume, los nervios se gastan, y cuando esos nervios y esa sangre tienen sesenta años el esperar es un tormento, y se cansa uno pronto.

Además, que él estaba dispuesto a darlo todo, ¡todo!, con tal de satisfacer su capricho. Todo lo que él pudiera dar, naturalmente.

Desde que, por puro azar, se enteró de que la chica no era doncella, de que había habido un novio, etcétera, etc., él había creído que su deseo se convertiría al punto en realidad. ¿Qué inconveniente podía hacer? ¿Qué podía perder la chica con su amistad?

El era un hombre discreto, enemigo de alardes; en muchas ocasiones de su vida lo había demostrado; la muchacha, si quería, podía seguir pasando ante todos por eso que se llama decente, aunque el concepto que hay detrás de semejante palabra sea tan ambiguo.

¿Qué razón podía haber para que sus deseos no se realizasen?

Pensando en esto iba el hombre andando, no muy deprisa, por los soportales de la plaza Mayor, en dirección a la calle de Ciudad Rodrigo; de pronto, a pocos pasos de él vió... pero ¿no estaría soñando? ¿No sería su propia obsesión amorosa la que le haría incurrir en una alucinación visual?

Lo que veía era una pareja de enamorados: su actitud no engañaba. El era un hombre joven aún,

pero, desde luego, no era ningún pollo; bien vestido, y con ese aire práctico de quien no está en su primera aventura, ni mucho menos. Y ella... pero ¿no era la propia tabernerita? ¿Podía haber en Madrid dos muchachas que se pareciesen tanto?

La misma priximidad a la casa de ella justificaba aún más la certeza creciente de don Remigio.

Era su mismo cuerpecito, de mujer acabada de formar, su mismo pelo negrísimo, repartido en tirabuzones, su mismo andar de pájara incierta, que aun no camina muy segura por la vida.

Y, sin duda, para no caerse, se arrimaba mucho a su galán, oyendo complacida las frases que aquél le vertía casi en el pabellón de la oreja.

Don Remigio fué siguiéndoles, instintivamente, y no como cosa deliberada; quería saber quién era el gavilán que le robaba aquella paloma, y... también hasta dónde llegaba la facilidad de la tal paloma para entregarse a las garras de los gavilanes.

Salieron, por Ciudad Ródrigo, a la calle Mayor; el sesentón les seguía a honesta distancia, y sólo cuando el cruce de una calle o una pequeña aglomeración le era favorable, se acercaba un poco más a la pareja.

Percibía entonces frases sueltas:

—No creas que en mi casa les importaría mucho...

—Lo mejor es que lo dejemos para el mes que viene...

—¡Los hombres decís siempre lo mismo...!

—¡Vamos, negra, fíate de mí...!

¡Feliz mortal aquél! Don Remigio le envidiaba sinceramente: se llevaba, aunque fuera provisional-

mente, a la paloma, y de seguro que no le costaba ni un cuarto; él, en cambio, estaba dispuesto a dar todo lo que hiciera falta, y la pequeña no llegaba a caer en sus brazos.

Seguían calle Mayor abajo. ¿Por qué los espiaba? Nó lo sabía en concreto: curiosidad, desde luego, pero también un deseo insano de ver cómo se arrullaban aquellos dos tórtolos, una vesanía del recuerdo, porque él también se había arrullado así con muchas en su juventud, y aun en los primeros años de su madurez.

La pareja—y él detrás—pasaron ante la casa desde la cual Morral arrojó la bomba, ante la estatua de la izquierda, palmatoria trágica que recordaba, con bastante mal gusto por cierto, el hecho luctuoso; pasaron ante el palacio de los Uceda...

¿Dónde irían?

Sin duda a desgranar su idilio entre los follajes nocturnos de la plaza de Oriente, donde unos reyes de piedra son los únicos supervivientes de una dinastía que se fué, como grotescos pisapapeles que cada vez se hunden un poco más por la base.

Pero, con gran sorpresa del sesentón, la pareja cruzó el principio de la calle de Bailén y fué hacia la Cuesta de la Vega.

Desde luego, allí el alumbrado era más anémico y, por lo tanto, las tinieblas más densas: el paraje no estaba mal elegido; pero es que don Remigio, que, como madrileño zorro y viejo, las sabía todas, sabía también que, siguiendo por allí, y tras el zig-zag pronunciado de una bajada un poco violenta, se iba a parar a los famosísimos jardines de la Tela, nido de

ese ejército de valetudinarias de la prostitución, ninguna menor de cincuenta años, a quienes el vulgo, siempre eutrapélico en sus decires, conoce con un nombre que recuerda, no se sabe por qué, la paja de las eras.

Pasado ya el palacio donde habitó Fernando de Bailén, aquel divertido personaje de la fenecida Monarquía, que bebía el wisky en botijo, don Remigio, que con las sombras se iba acercando más a la pareja, oyó el diálogo siguiente:

—No, donde la otra noche, no: hay demasiada luz.

—Pero ¿cómo demasiada luz? ¡Si todo lo que hicimos lo tuvimos que hacer a tientas!

—Sí, pero no importa: acuérdate de aquel individuo que pasó y se nos quedó mirando.

—¡Mirando! Pretendiendo ver, que no es lo mismo.

—¿Tú crees?

—Yo te aseguro que no vió nada.

—De todos modos, yo pasé mucha vergüenza

—Hoy, para que no la pases, te taparé yo la cara.

—¡Tonto!

—¡¡Bonita!!

Don Remigio no sabía si estaba pasando un buen rato o un rato malo: lo que sí sabía, de lo que sí tenía conciencia, era de que en aquel momento hubiera él dado, si se lo hubieran pedido, mucho dinero, por encontrarse en el puesto del mocito aquel.

Estaba excitado. Su naturaleza, que ya no reaccionaba más que a las impresiones muy fuertes, vibraba ahora como cuando, pocos días antes, desde el gabinetito de casa de doña Gloria, veía al marido ultra-

jado, consumiendo cañas de cerveza, mientras él se refocilaba con la mujer, humillándola de paso todo lo que podía.

A medida que bajaban hacia la Tela su excitación iba en aumento; ayudaba al fenómeno la tibieza de la noche, uno de esos nocturnos de comienzos del otoño madrileño, mucho más sensuales y afrodisíacos que las noches cursis de la primavera, dignas de unos versos dadaístas.

La prueba de lo ensimismados que iban los dos amantes—don Remigio ya no dudaba de que lo eran—estaba en que ninguno de los dos habíase dado cuenta de que a tan corta distancia les seguía un hombre, y les seguía con interés, como si fuera olfateándoles, cual si quisiera que algo de su juventud se le pegase.

—Al final de la bajada—¡en el buen sentido del vocablo!—la pareja se internó en la parte de los jardines que quedaba abierta toda la noche.

El alumbrado era allí exiguo: en aquél, como en algún otro paraje de Madrid, se aliaban la mezquindad municipal para estas cuestiones de la luz y cierto instinto protector por la tácita de las parejas amorosas que no disponían de dinero para pagar un cuarto en una casa de citas, o a las que resultaba más poético el amor al aire libre y bajo el follaje nocturno.

Sombras vagas, como las del cementerio del "Tenorio" veíanse por allí: don Remigio, y cualquiera, ya sabían de lo que se trataba.

Había también allí unos bancos de piedra, y la tabernerita y su cortejo se dejaron caer, muy juntos, en uno de ellos.

No era muy difícil imaginarse a qué iban a dedicarse. Don Remigio estaba como loco: comprendía que lo que estaba haciendo era una insensatez, pero también comprendía que no podía dejar de hacerlo: ese misterio de la doble personalidad era en él una realidad viva en este momento.

Buscó ansioso un sitio desde el cual poder contemplar, en lo posible, los manejos de la pareja: le parecía que aquella complicidad nocturna le hacía copartícipe en el goce de los dos amantes. Se trataba de un aberración, pero es que aberraciones de esas hay muchas en la vida.

—Era el mismo caso de esos señores que, en las casas de lenocinio, se entretienen en mirar a través de un agujero sabiamente practicado en la pared, lo que hacen los vecinos de la habitación inmediata.

Sólo que aquí, en esta obscuridad de los jardines de la Tela, se veía menos que a través de aquellos orificios murales y prostibularios. Don Remigio, lo que no veía, se lo figuraba.

De pronto, cuando él ya, medio loco, aspiraba con fuerza el aire de la noche, creyendo que así le llegaría algo de lo que aquella juventud feliz estaba... fabricando, apareció a su lado una sombra, un espectro, un fantasma.

—¿Qué haces aquí tan solo, guapo?

Y sin pedir licencia, se sentó en el banco, muy pegada a él.

Era una mujer, una inválida de la prostitución; felizmente, no se le veía el rostro, pero sí, era una mujer, no cabía duda. El sesentón convencióse de ello al palparla en el pecho.

—¡Hola!—le dijo, por todo saludo.

Y se dejó hacer.

—Ya me darás la pesetita ¿verdad?

—Sí, mujer; por dinero no lo dejes... Mira aquellos.

Y señaló al banco de los novios.

—Ya. ¿Por qué no hacemos como ellos?

—¡Cómo ellos!—se quejó don Remigio, en medio de un suspiro.

Pero si no como ellos, una imitación bastante parecida sí iba a producirse allí. Las manos de aquella mujer—una anciana, probablemente—eran sabias y expertan, y la virilidad de don Remigio, ya muy en decadencia, pero no marchita del todo, tuvo un resurgir, mientras babeante, y con ojos de loco, miraba el brillo de los tirabuzones negros de la tabernerita, única cosa de ella que se veía en el abismo de la noche.

—¿Ves, Remigio, ves como todo llega?

—Sí, Gloria, sí, pero he sufrido mucho esperando; y aun ahora mismo, a pesar de las seguridades que tú me das...

—¿Qué?

—Que no las tengo todas conmigo.

—Haces mal en desconfiar de mí.

—Bien sabes que no es de ti de quien desconfío: es de ella; temo que se vuelva atrás, de aquí a mañana tarde.

—No se volverá. Tú haz lo que yo te he dicho: mañana por la mañana manda comprar el palco del cine ese de la plaza de Oriente, envíamelo, y quédate con una entrada. A la hora de la función te vas allí, pero tempranito, no llegue la muchacha y se encuentre con que no hay nadie. Te metes en tu palco, y esperas a que ella llegue.

—Pero... llegará sola. Porque si no...

—Llegará, y sola. Yo te lo prometo.

—Así sea.

—Te advierto que para ti es mejor.

—¿El qué?

—Eso del cine. No conviene que... la primera vez, tú y la chica os veáis aquí en mi casa; al fin y al cabo, se trata de una menor. Y no es que yo tenga miedo

¡ya me conoces!, pero, vamos, hasta por ti mismo...

—No, no; si a mí, la cosa me parece de perlas.

—Después, sí; cuando tú hayas hablado con ella todo lo que tengas que hablar, cuando ella pierda el miedo, podéis veros aquí, en casa.

—¡Me parece que ese miedo a que tú te refieres lo ha perdido esa chica hace tiempo!

—¡No digas bobadas, Remigio! ¡Parece mentira que seas un hombre de experiencia! Todo eso que me has contado de la muchacha no son más que chiquilladas; estoy muy bien enterada, y te aseguro que Paloma está hoy *poco menos* que como salió del vientre de su madre.

—Eso me importa a mí poco.

Don Remigio había contado a Gloria lo del paseíto nocturno de la pareja a los jardines de la Tela; y, como consecuencia del relato, había largado a la celestina un ultimátum.

—Ya ves que una chica que hace eso no debe andar con tantos remilgos para venir a tu casa; o tú me la traes o... con harto dolor de mi corazón, buscaré quien me la proporcione.

Doña Gloria sintió herido su amor propio, aunque no recogió la ofensa más que apenas con un gesto.

—¡Que tú me digas eso! ¿Quién te ha servido nunca como yo?

—Pues por eso he acudido a ti en la ocasión de más empeño de mi vida.

—Y en esta ocasión, como en todas, quedarás satisfecho.

En efecto, a los pocos días, vino lo de la propuesta de la entrevista en el cine.

Don Remigio, aquella noche, tuvo una idea jocunda: quiso saborear su triunfo, o mejor dicho, la víspera de su triunfo, y se fué a cenar a la taberna de la que él creía ya su víctima.

El dueño le acogió con mayor cordialidad que nunca; tenía toda esa alegría comunicativa del hombre que ha realizado un buen negocio. Y aun antes de que don Remigio hiciera la menor alusión, dijo a su hija, que andaba por allí, mariposeando entre las mesas, como siempre:

—Paloma: encárgatè tú de servir a este señor.

Ella acudió, retozona y solícita.

A él le pareció más guapa que nunca; llevaba una blusita encarnada, y, realmente, por contraste con el color violento de la tela, los ojos y el pelo parecían más negros y con mayor brillo, y el cutis más blanco.

Don Remigio, deseándola cada vez más, la miraba con cierto rencor, sobre todo desde la noche aquella de la Tela; rencor que, claro es, no hacía más que aumentar su deseo.

—¡Cuando yo la tenga entre mis brazos—pensaba—, bien me las va a pagar todas juntas!

De lo que estaba seguro, y ello le producía una complacencia picaresca, era de que la pequeña no sospechaba que era él el individuo con quien estaba citada a la tarde siguiente en el cine de la plaza de Oriente; Gloria, no le había dado sus señas, según le había dicho ella misma, únicamente le había hablado de un señor muy bien, que sería muy bueno con ella.

Y la táctica de él, esta noche era, aun haciendo un gran esfuerzo, no estar expresivo, no estar cariñoso

con la muchacha, no fuera ella a sospechar y se le ocurriera pensar:

—¿Será éste?

En más de una ocasión tuvo que contenerse, porque Paloma, esta noche, estaba apetitosa de verdad: cuando andaba, o, mejor dicho, cuando triscaba, los pechitos le saltaban dedajo de la blusa, como si llevase allí algo viviente escondido. Y luego, su risa ingenua y maliciosa a un tiempo, era como un pregón de desafío para cualquier sexualidad medianamente constituída.

Había don Remigio terminado de cenar; en el comedor de la taberna quedaba ya poca gente, y el dueño de ella, el padre de Paloma, se le acercó solícito y le dijo:

—¿Qué? ¿Se ha cenado bien?

—Sí. Yo aquí siempre ceno bien.

—¿Quiere usted una copita de coñac?

—Hombre... si usted me la ofrece...

El patrón dió una voz al chico del mostrador, y en seguida aparecieron en la mesa dos copitas de un coñac, que si no era una cosa excelsa, no era tampoco alcohol de quemar.

El dueño sentóse a la mesa con don Remigio: la presencia del coñac justificaba aquella confianza.

—¿De modo que se ha comido bien?

—Sí, señor; tengo buen apetito.

—Esas chuletas de cordero estaban sabrosas, ¿verdad?

—Muy buenas estaban, sí señor.

—Lo que están es caras; no tiene usted idea de cómo se está poniendo la plaza.

—Ya me figuro.

—A duras penas podemos defendernos; y luego, la contribución, las patentes..., ¡qué sé yo! Hoy he pagado doscientas pesetas de licencia de consumo de alcohol.

—¡Qué barbaridad!

Don Remigio estaba compungido. Sentía un leve remordimiento: leve nada más. ¿Y a aquel hombre tan campechano y tan bueno iba él a soplarle la hija, para envilecerla un poco... un poco más?

—Y luego, los apuros de siempre: los bancos ya no le dan crédito ni al Padre Eterno.

—Eso desde luego.

—Yo antes, cuando tenía algún apuro de dinero, ya sabía que con mi firma y la de un compañero el Banco Hispano Americano, ese que hay en las Cuatro Calles...

—Ya, ya.

—... me daba dinero, al seis y medio por ciento. ¡Pero ahora! ¡Sí, sí! Ahora me exige tres firmas.

—Ya lo creo. Y aun así...

—Eso que usted dice: y aun así. Mire usted.

Sacó del bolsillo interior de la americana una de aquellas carteras del antiguo régimen que se ataban con una cinta en varias vueltas, y extrajo de ella un papelucho que enseñó a don Remigio.

Era una letra de mil quinientas pesetas.

—La he presentado al descuento y me han pedido otra firma, de alguien que tenga allí cuenta corriente o depósito de valores.

—¡Son tremendos!

—¿Usted no sabría de alguien que...?

—Hombre... así de pronto...

—Me van a fastidiar, porque yo ese dinero lo necesito para pasado mañana lo más tarde; tengo que pagar ese día una partida de vino.

—¡Está bueno todo! ¡Está bueno todo!

El tabernero, simulando cierta timidez, pero con la entereza de quien sabe que pisa terreno firme, lanzó:

—Y ¿usted mismo, no podría...?

A don Remigio no le sorprendió más que a medias la petición; hacía un rato que la veía venir. Es lo que tienen los ricos: la experiencia les hace estar siempre prevenidos contra los posibles ataques a su bolsa.

—¿Yo? ¡Pobre de mí! Yo no tengo dinero en ningún banco.

—¡Ah! ¿No?

—¡Qué he de tener, amigo, qué he de tener!

Hubo una pausa, bastante angustiosa por ambas partes.

En la taberna ya no quedaba nadie más que ellos dos y el chico del mostrador; habíanse apagado casi todas las luces. De tarde en tarde entraba un parroquiano de la calle, se bebía de un golpe una copa de aguardiente, y volvíase a marchar.

—De modo que usted ¿no ve el medio?

—No, no... Está el dinero muy difícil, muy duro.

—Ya.

Se le había cambiado radicalmente el humor. Y en aquel momento, acertó a entrar en el comedorcito la incauta Paloma, ausente ya desde hacía un buen rato.

El padre, al verla, montó en cólera... y salió galopando.

—¿Qué buscas tú aquí, mocosa? ¿Aun no te has acostado? ¿Qué tienes que hacer aquí?

La chica, ante el exabrupto, se había quedado petrificada.

—¡Vete a la cama ahora mismo!

La peque obedeció.

Al quedar solos otras vez los dos hombres, don Remigio dijo al padre:

—No se ponga usted así con ella; es todavía una niña.

—Una niña, pero el caso es que, para ciertas cosas, ya quiere ser una mujer. ¡Pues conmigo no puede! Ya ve usted, nos había pedido permiso, a su madre y a mí, para que la dejáramos ir al cine sola mañana tarde, a reunirse allí con unas amigas, y se lo habíamos dado. ¡Pues no va, nó señor, no va! En cuatro o cinco días no la voy a dejar salir de casa.

Dió un manotazo en la mesa, y se levantó.

Don Remigio, que no era tonto, vió claro el juego; el tono y la intención que puso el tabernero en sus últimas frases, se lo hubiera hecho ver incluso a uno más tonto que él.

Y vió también lo que aquello quería decir para el porvenir, el arranque de camino que aquello significaba; un camino al término del cual muy bien podía haber un abismo.

No le importaba. Sabía que no le era posible volverse atrás; ya que era, además, absolutamente imposible que él no se viese, a la tarde siguiente, con Paloma en el cine.

Llamó al tabernero.

—Cálmese, hombre; todo se arreglará. A ver, deme usted esa letra.

Se la dió.

Don Remigio sacó del bolsillo del chaleco su estilográfica, y firmó al dorso del documento. Puede que estuviera firmando su sentencia de muerte, pero hasta que esa muerte llegara había una cosa muy sabrosa de por medio.

—Gracias, señor—le dijo el padre—. ¿Quiere que tomemos otra copita de coñac?

—No, ahora no; me voy corriendo a meterme en la cama.

Le acompañó hasta la puerta y a modo de despedida filosófica, le dijo:

—¡Ah, los hijos! No le dan a uno más que disgustos.


B
LH

Muchos momentos de emoción había tenido don Remigio en su vida; emoción amorosa, de acecho, de espera, momentos de esos en los que, de que ocurra una cosa o la contraria, depende el que uno realice o no sus deseos, vaya al revuelco o fracase en sus aspiraciones.

Recordaba una vez que estuvo esperando siete cuartos de hora, a pie firme y bajo la lluvia, a que de cierta casa de la calle de Muñoz Torrero saliese un hombre con una maleta; andaba él a la caza de una mujer muy guapa, que estaba casada con un viajante de cafeteras automáticas para hacer café con media tostada; la hembra no se le daba mal, pero, como era un poco romántica, había puesto como condición para caer que *la caída* había de tener lugar en un baile de máscaras.

Y aquella noche era, en la Zarzuela, el último baile de la temporada, y todo dependía de que el marido se marchase aquel mismo día de viaje o lo dejase para el siguiente.

Por fin se marchó, hubo baile y hubo lo otro; pero los siete cuartos de hora que él pasó a la espera los recordaba como los más complicados de su vida.

Bueno, pues, ni aun aquellos, tenían comparación con estos que ahora estaba pasando en este ante-

palco del segundo piso, en el cine de la plaza de Oriente.

Había llegado puntual; demasiado puntual, pues cuando penetró en el recinto aun no había empezado el espectculo. Ya sabía él que esa puntuaiidad la iba a pagar un poco cara, pues no era fácil que la pequeña se diese mucha prisa en llegar, pero, en la duda, no quiso que el fracaso, si lo había, le fuese imputable.

¿Vendría? Eso desde luego; para eso había firmado él la noche antes la letra... que a su vencimiento tendría que pagar. ¡Eso era histórico!

Aquel antepalco, no mucho mayor que un cajón de tabaco, tenía todos lo que hacía falta para la faena que don Remigio se proponía realizar una vez llegase Paloma; ese todo era un diván de dos plazas, un espejo, un buen cierre interior de la puerta que daba al pasillo, y una escupidera.

Con eso y un poco de... buena voluntad había más que suficiente para epatar al propio Casanova en el espacio de una hora.

¿Una hora? Pero ¿es que iba a disponer de ella el bueno de don Remigio? El tiempo iba pasando, estaba próximo el descanso, y la pequeña no venía. El hombre, impaciente, no se atrevía a abandonar el antepalco por si acaso la puertecita se abría o sonaba en ella una llamada.

La película que servían en la sala pertenecía al género de las idiotas, género ahora muy extendido por desgracia, y que, desde luego, no es exclusivo de ninguna de las grandes casas: don Remigio, acaso por el estado especial de su ánimo, en dos o tres mo-

mentos fugaces en que se asomó a la pantalla, separando un extremo de la cortina del palco, estuvo a punto de sufrir dos o tres amagos de meningitis. Bien es verdad que vió a un señor, vestido de frac y montera de *toreador* español, cantando una serenata a una dama medio desnuda que estaba detrás de una reja muy parecida a la boca de una alcantarilla.

Y oyó caligurcias como las siguientes:

—Sí, mi amor; yo te ventearé mis pensamientos.

—Dime, mi china, no te apersones de ese modo.

—Tu padre es un viejo cadencioso que anega en manzanilla sus reumas.

¡Como para suicidarse! ¡Ese cine sonoro!...

Llegó el descanso. Don Remigio atisbó la sala desde su escondrijo; había en ella abundancia de mujeres guapas, cosa no rara en Madrid, en estos tiempos y en todos; pocas de ellas estaban solas: a casi todas las acompañaba un galán.

—Esos han tenido más suerte que yo—pensaba el observador.

Fijóse en una rubia, de pelo suelto por los hombros, muy guapa de cara, que miraba a su pareja—un pollo nada despreciable—y le brindaba con una sonrisita, con la que parecía querer decirle:

—¡Qué largos son estos descansos! ¿Cuándo apagarán la luz otra vez?

La contemplación de todo aquello servía de aperitivo a don Remigio. Pero le ponía un poco triste al mismo tiempo: ¡un aperitivo, cuando no se tiene la comida segura...!

Y, por lo visto, la comida se le iba a escapar.

Eran más de las ocho, quedaba una hora de es-

pectáculo, y allí no se presentaba nadie. El buen hombre iba pasando de la impaciencia a la indignación. Se habían burlado de él y eso sí que no lo aguantaba.

¡Gentuza! ¡Todos gentuza! La niña, el padre y la propia doña Gloria.

En cuanto al padre, ya sabía él lo que tenía que hacer: al salir de allí iría a buscarle a la taberna, le llamaría aparte, y le diría:

—Oiga, amigo, no se moleste en presentar la letra; he dado hoy órdenes al banco anulando mi firma.

Y se marcharía a la calle. Por lo menos le daría un susto.

Miró el reloj.

¡Las ocho y media!

—¡¡Canallas!!—gritó, como si quisiera que le oyesen en todo Madrid.

Y en medio de aquel grito, sonaron unos golpecitos suaves en la puerta. A don Remigio se le paralizó el corazón.

Abrió con mano trémula. ¡Ella!

—¿Puedo pasar?—inquirió en voz baja.

—Claro que sí.

—Es que creí que no estaba usted solo. Como he oído hablar... dije: a ver si me he equivocado de palco.

—No, no te has equivocado.

Ya había él cerrado la puerta por dentro.

—¿Con quién hablaba usted?

—Con nadie, hija, con nadie.

—Entonces es que hablaba usted solo. ¡Qué divertido!

El tono fué el mismo que hubiera empleado para decir:

—¡Qué tío idiota!

—¿O es que hay alguien en el palco?—añadió ella, escamada.

—No, hija, ¡por Dios! Puedes asomarte a verlo.

Se asomó.

Ya de vuelta al antepalco don Remigio la contempló como en éxtasis. Traía un sombrerito pequeño en la mano, y la cabeza, con la aureola de sus tirabuzones, tan brillante y bonita como siempre. Llevaba la misma blusa roja de la noche anterior, y una faldita tan corta, que cuando se sentó en el diván no tuvo que hacer nada para dejar al descubierto la pierna desde más arriba de la rodilla. Como sabía que la figura le ayudaba seguía cultivando el tipo de niña aunque, en realidad, ya había pasado de la edad.

—¿Conque era usted?—le dijo, sonriente.

—¿Quién?

—Me dijero que un señor me esperaba aquí, pero como no me dieron más señas no podía figurarme que ese señor fuera uno de los parroquianos de mi casa, a quien he servido de comer muchas veces.

—¿De veras no te figurabas nada?

—No, claro que no. Se lo diría.

—Desde luego.

—Bueno, y ¿qué es lo que tiene que hablar conmigo?

—¿No te lo figuras?

—Ah, ¿tengo que figurármelo?

—Por lo menos... yo quisiera que me ayudases a decírtelo.

Desde el principio se habían invertido los papeles: el tímido era él y la despreocupada ella.

—Por lo pronto, siéntate aquí, a mi lado.

—Sí, pero poco tiempo; tengo que marcharme.

—¡Si es que has venido tan tarde!

—No he podido venir antes.

—Ya me lo figuro—dijo él, con cierta melancolía.

—Bueno ¿y qué? Diga.

El, con aire paternal, le había echado un brazo por los hombros; había ensayado el movimiento con cierta vacilación, por ver si ella rechazaba la caricia; pero no, pareció aceptarla como una cosa a la que no concedía la menor importancia.

A él, la mano le temblaba a aquel primer contacto con la seda de la blusa.

—Pequeña ¿tú no sabes que yo te quiero?

Soltó la risa.

—¡Ay qué gracioso! ¿Cómo lo voy a saber?

—Bueno, pero ahora ya lo sabes.

—No. Usted no puede quererme a mí.

—¿Por qué?

—Porque tiene usted la edad de mi padre.

—Es que tu padre también te quiere.

Apenas dicha, se dió cuenta de que había soltado una tontería.

—Ah, pero... ¿es así como me quiere usted?—lo decía como decepcionada—. ¿Y para decirme eso me ha hecho usted venir aquí?

—No, tontina, no; te lo he dicho para no asustarte.

—Entonces me quiere usted ¿para novia?

—Exacto.

Quedó callada, mirando al suelo.

—Oye, y a propósito, ¿quién era aquel muchacho con quien ibas la otra noche por la calle Mayor, y bajasteis hasta los jardines de la Tela?

—Mi novio.

—Ah, pero tienes novio.

—¡Claro!

—Y ¿en tu casa lo saben?

—Se lo figuran.

—¿Le quieres mucho?

—Claro que le quiero... Bueno, pero ¿por qué me hace usted todas esas preguntas? Vamos a ver.

—Ya te lo he dicho antes; porque yo también te quiero.

—¡Y eso qué tiene que ver!

—¿Cómo que no tiene que ver?

—Y bien que no. Ya ve usted, yo quiero mucho a mi novio y, sin embargo, estoy aquí ahora, abrazándome con usted.

Aquella chica hablaba con una lógica de la escuela de Descartes.

—¡A mí no me has abrazado todavía!

Y, poniendo ella el gesto más pícaro del mundo, dijo:

—Todo se andará.

—Eso es lo que yo quiero, que se ande.

Fué ella a ponerse de pie.

—Bueno, tengo que irme.

—¿Tanta prisa tienes?

—He dicho en casa que venía al cine con unas amigas, y esto ya se debe estar acabando.

—¿Me dejas que te de un beso?

—Bueno. Pero uno nada más.

Se unieron las dos bocas: el clavel y la flor pasada y mustia. La boca de ella sabía a pimienta y a limón; a don Remigio, ahora, le temblaba todo el cuerpo.

—Cómo se conoce que estamos en el cine—dijo ella, despegándose.

—¿Por qué?

—Porque me ha dado usted un beso de película.

—Pues a mí me ha sabido a poco.

—¡Glotón!

—Bueno, pequeña, vamos a ver: ¿dónde nos vemos mañana? Pero con más tranquilidad que ahora, más despacio.

—Pues... donde usted quiera.

—¿Tú conoces la casa de doña Gloria?

—Ella es la que me ha dicho que viniese aquí esta tarde.

—¿Has estado muchas veces allí?

—Dos veces.

¿Cómo Gloria no se lo había dicho?—pensó don Remigio—. Por lo visto, en este asunto, nadie jugaba limpio.

—Bueno, pues mañana, si quieres, a las cinco, puedes estar allí. Yo llegaré antes que tú; pero no me hagas lo de hoy; procura ser puntualita.

—Es que he estado con mi novio.

—Ya.

Hubo un silencio. El la miraba a los pies.

—Llevas unos zapatos muy bonitos.

—Pues mañana tengo que comprarme otros.

—¿Cuánto te cuestan?

—¡Ay, muy caros! Cuarenta pesetas.

Don Remigio, versallescamente, echó mano a la cartera y extrajo de ella un billete de veinte duros.

—Toma, para que te compres dos pares.

Sacó ella de debajo de la blusa, por la parte del pecho, una carterita diminuta, pero en la que, a fuerza de dobleces, muy bien podía colocarse un billete de cien pesetas.

—¡Uy qué cartera más mona! Déjame ver.

Se la dió.

—No, no tiene nada—dijo ella—; ahora la voy a estrenar.

—Trae el billete.

—Lo colocó él mismo, y cuando hubo terminado fué también a colocar la cartera en el sitio de donde había salido.

Ella se dejaba hacer, pero cuando la mano de él, entusiasmada por aquel calor de nido, quiso profundizar, ella se levantó despótica:

—Bueno, por hoy ya está bien.

El espectáculo de la sala estaba terminando también; los dos principales actores de la película, cansados de hacer y decir incongruencias, se habían juntado en un beso que, por lo amplio, parecía una tienda de campaña formada por las dos bocas.

—Quiero irme antes de que salga la gente—dijo ella.

—Bueno, bueno. Entonces quedamos en que mañana...

—Oiga, una cosa que quería preguntarle: ¿quién le ha contado lo de mi novio y yo la otra noche en la Cuesta de la Vega?

—No me lo ha contado nadie; lo vi yo.

—¿Nos fué usted siguiendo?

—Sí.

—¿Hasta el final?

—¡Hasta... el final!

—Entonces vió usted cuando nos sentamos en el banco.

—¡Ya lo creo que lo vi!

Soltó ella la carcajada.

—¡Qué divertido! Se hincharía usted.

—Los que os hinchasteis fuistes vosotros, ¡infames!

Había ella abierto ya la puerta.

—Hasta mañana, entonces.

—Ya sabes, nena; a las cinco en punto.

—Bueno.

Le vió con un rostro tan compungido que volvió desde la misma puerta, se acercó a él, y, sin decirle nada, le dió un beso en la boca.

—Adiós.

Salió él casi al pasillo.

—¿Dónde vas ahora?

—¡Dónde he de ir! A buscar a mi novio.

Nuestro antiguo amigo, el famoso corredor de mujeres Lorenzo, después de cobrar, de manos de doña Gloria, el corretaje por *lo de* la Paloma, había tenido una idea genial.

Con aquellas pesetillas y algunas más, que tenía desde hacía tiempo puestas de lado, montó una agencia de nodrizas... con todos los adelantos modernos. La instaló en una casa, regular de infecta, emplazada en una de las calles que bajan a la izquierda de la Corredera, en las que el pavimento es todavía el de los tiempos de Escobedo, el mecanógrafo de don Felipe Segundo, que en paz descanse.

Hacía tiempo que tamaña idea bullía por el cerebro del excelente ciudadano que era Lorenzo. ¡Una agencia de nodrizas! ¿Qué mejor oficina de reclutamiento? Las chicas que acudiesen a ella, libres afortunadamente del cierre que la Naturaleza ¡que dicen que es tan sabia! les colocó en la parte más voluptuosa de su cuerpo, en ellas el problema de la prostitución, de su prostitución, no era más que lo que podríamos llamar un problema de cambio de vías. Era como un tren que, ya en una estación, en vez de tomar por la vía de la derecha, tomase por la de la izquierda.

Nada hay que decir en contra del gremio de las nodrizas, tan respetable por lo menos como cualquier otro gremio, el de empresarios de teatros, por ejemplo. Ya se sabe cómo se llega a él: lo primero que se necesita es ser mujer, cosa un poco injusta, sobre todo en los tiempos actuales, en que la mujer ha invadido una serie de menesteres y profesiones antaño reservadas al hombre. Después hay que tener un hijo y después... hay que encontrar otro a quien amamantar.

Algunas nodrizas son casadas; esto no mejora la calidad de su leche, pero en cambio tiene el inconveniente de que el marido, si no ha sido lo suficientemente discreto para quedarse en su pueblo, se convierte en pelmazo abusivo de la casa en que su costilla presta sus servicios lácteos, y no sale de ella más que para ser colocado en el Ayuntamiento por el padre del rorro amamantado.

La única que sale ganando con ese truco del ama de cría casada es la Moral; pero repetimos que esto no mejora la calidad del líquido expelido por los pezones.

—La gran recluta del nodricismo—¡vaya vocablo!—la dan las jóvenes seducidas, más o menos contra su voluntad. Criadas de servir, hijas del pueblo, modistillas de la ínfima escala... unas abandonadas con promesas de boda, otras sin ni siquiera la promesa.

Nace el chico, se le vierte en la Inclusa, o se manda a un pueblo a que lo críen, y la madre, que no quiere perder aquel tesoro, a base de lactosa, que tiene en sus pechos, busca una casa donde acomodarse,

y donde, por lo menos ya sabe que con la comida no le van a gastar bromas.

Todas estas chicas, protegidas de la diosa que reina en la Vía Láctea, empezaron a acudir a la agencia de Lorenzo, que había tenido el acierto de titular su casa: "Todos los días tengo buena leche."

Porque no se trataba de un camelo ni de un tapadillo, no, no; la agencia funcionaba como tal, y el letrero que, anunciándola, figuraba a uno de los lados del portal, no engañaba a nadie. La señora que allí acudía en busca de una vaca humana que alimentase a su hijo, salía servida, y, a veces, muy bien servida.

Ahora que... Lorenzo había tenido la precaución de instalar su agencia en el piso segundo de la casa, que sólo dos tenía, y se había reservado el primero. En cinco de las siete habitaciones de éste, había una cama, un diván, un lavabo, un espejo y un bidet; el lector comprenderá que todo esto no era para instalar allí una oficina de seguros.

Cuando llegaba a "Todos los días tengo, etc." una nodriza guapa, o por lo menos vistosa y de buen pelo, Lorenzo procuraba, sin que ella se diera cuenta, retrasar todo lo posible su colocación.

La mujer, a los pocos días, empezaba a desesperarse, y éste era el momento elegido por el dueño y administrador de la agencia para acercarse a ella, llamarla aparte, y hablarle así:

—No ha tenido usted suerte, hija mía; bien es verdad que está todo muy malo; esto de que está todo muy malo ya lo habrá usted oído decir por ahí. Además ¡es que los biberones les hacen a ustedes

una guerra tremenda! Yo no sé como no van todas ustedes un día a quemar las fábricas donde los hacen... Pero, en fin, no se preocupe, yo tengo una buena colocación para usted; y aquí mismo, en esta misma casa, sin más que ir al piso de abajo. Y puede usted ir ahora mismo si quiere.

Alguna vez la aludida se repuchaba y preguntaba con cierta escama:

—¿Y qué tengo que hacer? ¿Darle de mamar a un chico?

—...O a un grande. A usted ¿qué más le da? Puede usted ganarse dos duritos en media hora.

¿Me creerá el lector si le digo que la mayoría de las que se encontraban en esas condiciones, aceptaban? Sí, sí me cree; aunque él puede que no se haya encontrado en ese caso, tiene la suficiente experiencia del mundo y de la vida para saber que, en ciertos momentos, no es precisamente la voluntad la que decide, aunque así lo parezca.

La mujer bajaba, y en una de aquellas alcobas de que antes se ha hablado, se encontraba a un señor, joven o viejo, que ello no hacía al caso, el cual la recibía amablemente, y pronto empezaba a acariciarla con mayor o menor intensidad—hay variedad de temperamentos—, para terminar luego extendiéndola en el lecho, colocándose él encima, a manera de la tapa de un bocadillo, y... haciéndola, al final, el óbolo de las consabidas diez pesetas, precio fuerte de la casa.

La noticia se fué extendiendo por Madrid, como se extienden estas cosas: Fulano que se lo dice al amigo, éste que se lo dice al otro, este otro que le

pide a un tercero los dos duros para comprar una medicina y va a gastárselos allá... Así es como corre la fama de las cosas ocultas y relativamente originales.

Porque no podía negarse que en aquellos cuartitos, arreglados por Lorenzo de un modo sobrio, pero limpio, encontraba la parroquia un regusto especial, algo que no se parecía al ambiente de los demás prostíbulos, ni al de los de postín, ni al de los otros.

Aquellas mujeres, por lo mismo que no eran aún—todo se andaría—profesionales del amor, carecían de esa agresividad de mal sainete andaluz que es en España la conversación de casi toda mujer que se dedica a ganarse la vida con su cuerpo.

Había en ellas más bien un dejo maternal, rural y zafio, por supuesto; se diría que al abrazar al cabrito de tanda, le daban el abrazo que habían soñado dar al nene que habían pensado criar.

Y luego... El lector sabe ¡cómo ha de ignorarlo! que ciertos sujetos, metidos ya en eso que se llama la batalla del amor, sienten caprichos raros: mordisquitos en los lóbulos de las orejas, arañazos en las piernas, señales relativamente indelebles en el cuello y en los brazos: son las escaramuzas, y entre ellos está el acariciar con los labios masculinos los botones pectorales femeninos.

Es ésta una afición atávica, que el gran Kraepelin estudió muy bien, y a la cual el famoso psicólogo danés—más bien cruzado de danés y alemán—, Roshenbalken, dedicó nada menos que dos tomos.

Por esa afición, el hombre que la ejecuta vuelve provisionalmente a la infancia, al pleno período de

lactancia; en cambio—observación del propio Roshenbalken—, las mujeres más aficionadas a que sobre su cuerpo se practique ese deporte, hasta el punto de solicitarlo ellas mismas de sus adoradores, son aquellas mujeres que han pasado de cierta edad *sin haber tenido nunca hijos.*

—Bueno, pues... imagínese el lector lo que sería la aplicación de tal atavismo a las mujeres que Lorenzo proporcionaba a su parroquia: mujeres de ubre repleta del licor que nos dió a todos la vida, a poco que el acariciador pectoral insistiese en su caricia, empezaban a dar rienda suelta a su tesoro, y ya se sabe que eso, cuando empieza, no acaba en un segundo.

La mayoría de los clientes, al llegar ese caso, se llamaban a engaño.

—Pero ¿qué es esto? ¿Dónde me he metido yo? ¿En la Granja Poch?

Otros se resignaban, chupaban un ratito del bote y no hacían la menor alusión al asunto.

Y hubo uno...

Pero éste fué uno de los dos casos de concurso que ocurrieron en la casa de Lorenzo, en los primeros tiempos de su existencia.

Era un hombre, joven aún, puesto que no había cumplido los treinta años; se presentó una tarde, pidió una mujer, y bajó una asturiana altota, fornida, de pelo muy negro y muy guapa de cara. Era casada, y su marido estaba en Asturias.

Nuestro hombre entró con ella y, en el curso de los jugueteos, se puso a practicar la clásica succión infantil. Aquello fué un verdadero río. ¡Qué mara-

villa! El hombre, espíritu práctico sin duda, tragó, pagó y, *sin hacer nada más con la asturiana,* se marchó a la calle.

A la tarde siguiente volvió, pidió la misma mujer, se la sirvieron, y realizó en todas sus partes el programa del día anterior.

Y así todas las tardes. Se convirtió en un parroquiano fijo.

Si alguna tarde la asturiana no estaba disponible, pedía una mujer lo más parecida a ella, es decir, de rendimiento aproximado, y cumplía su labor.

Por fin, dialogando Lorenzo y la asturiana, descubrieron el truco: aquel hombre venía allí a merendar, quizá a comer para todo el día. Le costaba más caro que en cualquier chocolatería del centro, pero en cambio estaba más tranquilo, y evitaba el encuentro con un amigo que le diera un sablazo.

El otro caso fué todavía más ejemplar. Una señora muy guapa y muy bien vestida, llegó una tarde a la agencia en busca de una nodriza; le presentaron varias y eligió una muy jovencita, rubia y con un rostro muy picaresco.

—Esta, pero a condición de llevármela en seguida—dijo, con cierto imperio.

Lorenzo opuso alguna resistencia, pues era aquella pequeña de las que él tenía reservadas para servírselas a la clientela del otro piso; pero ante la oferta de un buen corretaje, cedió. La muchacha salió, en compañía de la señora, pero cerca ya de la escalera, llamó ésta al dueño de la casa:

—Oiga usted, Lorenzo... ¿no se llama usted Lorenzo?

—Para servirla, señora.

—Quiero entrar con esta muchacha en una de las habitaciones que tiene usted en el piso de abajo.

—Pero...

—Quiero verla desnuda, a ver si me conviene, y no la voy a desnudar aquí en la escalera.

—El caso es que...

—¡Vamos hombre! ¿No se da usted cuenta de que estoy enterada de todo?... Tome, ahí va un billete de diez duros, y deme la habitación mejor que tenga.

—Todas son iguales.

—Bueno, pues una cualquiera.

Bajaron y ocuparon una habitación.

Cuando salieron de ella, hora y media después, la señora iba radiante, con una cara de satisfacción infinita; la pequeña iba débil, como muy trabajada.

Su acompañante la llevaba cogida por un brazo, con mucho mimo, como quien defiende de posibles embates un frágil tesoro.

Pero todas estas cosas no producían al bueno de Lorenzo más que un asombro relativo; cuando estuvo a punto de quedarse mudo y calvo de sorpresa fué una tarde—precisamente una semana después de aquella en que Paloma y don Remigio se habían visto en el cine—, en que le hicieron bajar, diciéndole que una señorita preguntaba por él.

En el vestíbulo se encontró ¡a la propia Paloma, acompañada de un muchacho!

—Hola, Lorenzo; hemos venido, mi novio y yo, a conocer tu casa y a pasar en ella un rato. Anda, danos una habitación.

Obedeció a regañadientes, y, mientras les abría la puerta de una de ellas, preguntó, aterrado:

—Pero ¿y don Remigio?

—¿Don quién?—dijo ella, como si no hubiera oído.

—Don Remigio.

Y abrazándose a su novio, chilló, entre carcajadas:

—¡Don Cuernos, querrás decir!

Y cerró de un portazo.

La tarde siguiente a la entrevista del cine, Paloma no fué a casa de doña Gloria como había prometido.

Don Remigio pasó un rato peor todavía que el del día anterior; manoteó, chilló, increpó a la dueña de la casa, a quien hacía responsable de todo.

La noble dama estaba verdaderamente consternada.

—¡Qué demonio de chica! ¿Qué puede haber pasado?

—Yo sí sé lo que ha pasado: que el granuja del padre querrá que le firme otra letra.

—¡Por Dios!

—Pues está aviado.

Por fin, pasadas ya las siete, llegó a la casa una criada vieja que tenían en la taberna. Venía desolada y la enviaba de ocultis, según decía ella, la propia Paloma. La chica no podía venir, pues aquella mañana había amanecido con unas anginas espantosas, habían llamado al médico y éste la había obligado a permanecer en la cama.

—Puede usted ir por allí, señor—decía la vieja—, y verá como es cierto.

En efecto, a la hora de la cena se presentó en la taberna.

El padre acudió muy solícito, y antes de que pudiera decir nada, le dijo:

—¿Sabe usted? Tenemos muy malita a la pequeña.

—¡Vaya por Dios!

—Unas anginas como melones.

—Pero ¿tiene fiebre?

—¡Ya lo creo! ¿Quiere usted subir a verla?

—No, no...

Le repugnaba, allí, delante del padre...

A la noche siguiente volvió; la cosa andaba mejor. Y a la tercera noche, el padre, muy risueño, le dijo:

—Le tengo preparada una sorpresa.

—¡Hola!... ¿Y la letra? ¿Se hizo la operación?

—Sí, señor; ya está hecho el descuento. No sabe usted lo que se lo agradezco.

—¡Vaya!—pensó el buen hombre—. Mil quinientas pesetas que se han ido de baños.

La sorpresa fué que a los postres, cuando ya el comedor de la taberna estaba semi vacío, se presentó en él la propia Paloma. Traía el cuello envuelto en unas gasas; parecía una verdadera paloma de las de collar.

—Aquí tiene usted a la moribunda—dijo el padre.

Y, casi al instante, desapareció, dejándoles solos.

—¿Estás mejor?

—Sí. Ya creo que pasado mañana podré ir allá.

—Bueno, mujer.

No les oía nadie.

—Oiga, ¿sabe lo que me pasó con el billete de veinte duros que me dió el otro día?

—¿Qué te pasó?

—Pues que me lo encontró mi madre, me preguntó quién me lo había dado, yo le dije que me lo había encontrado en la calle...

—¡Caramba!

—Total, que se ha quedado con él.

—Bueno, mujer, no te apures; yo te daré otro.

—Sí, pero el caso es que no me he podido comprar los zapatos.

—De todas maneras no te los hubieras podido comprar, puesto que no has salido de casa.

—Eso sí...

Ahora ya estaban completamente solos, pues se habían marchado los últimos clientes. Don Remigio quiso humillar de un modo un poco indirecto al padre, al tío de la letra como le llamaba él, y le pareció que el mejor modo de hacerlo era dedicarse a sobajear allí mismo a la pequeña, en su propia casa, y casi en sus propias narices.

Más pálida por la enfermedad, con unas ojeras bastante intensas, estaba aún más interesante; empezó a pasarle la mano por los pechos, incipiencias aún, muy prometedoras, y se dedicó a otros escarceos íntimos que le acreditaban de muy hábil obrero manual.

Ella se dejaba hacer con absoluta indiferencia.

Por fin él, cuando ya se le cansaron los dedos, dió por terminada la sesión.

—Bueno, hija, me voy.

—¿No me da usted el dinero?

—Ah, sí.. pero ¿cómo vas a hacer para que no se entere tu madre?

—Ya lo tengo pensado, y esta vez no me los pesca. Verá usted.

Tomó el billete, lo hizo varios dobleces, y levantando la falda, se lo introdujo en una de las medias.

Don Remigio había visto hacer aquella misma operación muchas veces a las profesionales del amor.

A los dos días la chica cumplió su palabra: a las cinco y veinte se presentó en casa de doña Gloria. Venía más vestida de señorita que nunca; don Remigio no la había visto jamás tan preparada.

Encerrado con ella en una estancia que tenía las paredes empapeladas de rojo, la sentó sobre sus rodillas y empezó a besuquearla y a olerle el pelo, que por cierto olía muy bien.

Después quiso ir avanzando.

—Oye, aquí la calefacción está muy bien; debieras quitarte alguna ropa.

—¡No!

—¿Por qué no?

—No me gusta.

—¿Tan feo tienes el cuerpo?

—Muy feo.

Llevaba una chaquetita de terciopelo, y debajo de ella una blusita de raso blanco sin mangas; la chaquetita se la había quitado hacía un rato y ahora don Remigio, dándola suaves pellizquitos en los brazos, trataba de convencerla de que debía quitarse la blusa.

Por fin lo consiguió, pero después de reñir una batalla, en la que ella abusó de los arrumacos y las monerías.

En la parte del pecho sólo le quedaba la camisa.

—Ahora quítate la falda.

—¡Y un jamón!

—Pero mujer, si es igual.

—Pues por eso que es igual.

Claro que, con tiempo, muy lentamente y como a regañadientes, se lo fué quitando todo, hasta quedar sólo con las medias y los zapatos. Lo fué haciendo gradualmente, como para intensificar la sensación; aquella chica, o estaba muy bien amaestrada, o poseía un gran instinto; no le faltó más que pedir una cantidad por cada prenda que se iba quitando.

Ante ella desnuda, don Remigio estaba en éxtasis. Su cuerpo no era una maravilla, como suelen serlo los de las protagonistas de todas las novelas; era un cuerpecito de niña bien formada que se iba haciendo mujer.

Se levantó del silloncito que ocupaba y fué al centro de la estancia, donde triunfaba ella de pie.

—Estese quieto, no se acerque.

—¿Por qué?

—¡Porque no quiero! ¡Ay que ver! Si da un paso más me visto y me marcho a la calle.

Lo decía con energía, con decisión.

—Pero mujer...

Con un gesto señaló él al lecho.

—¡Sí, claro! A usted le han engañado; yo no soy de esas.

—¿De cuáles?

—Ya me entiendes, ¡so guarro!

Era la primera vez que le tuteaba, y era para insultarle.

El quiso poner fin a aquello y violentar las cosas; fué hacia ella.

Empezó la chica a corretear por la estancia, huyendo.

—¡No, no y no! Eso que tú quieres, no.

Don Remigio ya no era un garañón, ni muchísimo menos, pero de cuando en cuando—y éste era uno de eso *cuandos*—sentía que la naturaleza le respondía, y, al ir al terreno, quedaba bastante bien. Estas cosas no son siempre asunto de la partida de bautismo, como creen algunos jovencitos de veintidós años.

La negativa de Paloma le exasperaba; tanto que cuando ella, quitándose un zapato, se armó de él y le amenazó con darle en la cabeza si continuaba persiguiéndola, le dijo:

—Lo guardas para tu novio, ¿verdad?

—Naturalmente.

La contestación le desarmó. Decididamente aquella chica era más fuerte que él.

Hubo una tregua.

—Siéntate ahí y hablemos con calma. Mira, a ti te han engañado; yo no me entrego así, en una casa de citas, ni en la de doña Gloria ni en la de nadie. Es más, te digo que no pienso poner más los pies aquí; puede enterarse mi novio, o mi familia, y haber un disgusto muy serio. De modo que si quieres que continuemos viéndonos inventa algo, lo que sea.

—¿Que invente algo?

—Claro; no creo que sea tan difícil.

—A mi casa no puedo llevarte.

—Ni yo iría. Pero hay una cosa muy sencilla, y no sé cómo no has caído en ella.

—¿Cuál?

—Busca un pisito, pequeño, modesto, lo amueblamos a nuestro gusto, y allí nos vemos.

—No hay inconveniente.

—Ya ves si es fácil... Ah, pero a mí no me la das, que los hombres sois de abrigo; en ese piso no ha de entrar más mujer que yo.

—Eso desde luego.

—Habrá una sola llave, y ésa estará en mi poder. Cuando nos citemos yo procuraré llegar antes, pero si llegas tú, esperas muy tranquilo en la escalera a que yo vaya.

—Como tú quieras, mujer.

—Pues desde mañana te dedicas a buscar el piso.

—Eso lo encuentro yo en seguida.

—Mejor. Porque hasta que no lo encuentres, ya lo sabes: ¡nada!

—Como tú quieras, mujer, como tú quieras.

—Así me gusta. Y ahora me visto y me voy.

—¡Siempre lo que tú quieras!

FIN DE LA PRIMERA PARTE

SEGUNDA PARTE

Tres veces había llamado ya a la puerta y nadie acudía a abrir.

¿Sería posible que no hubiera nadie?

Que Paloma no estuviera no le chocaba nada; en aquel imperio absoluto de su voluntad que era la vida de la muchacha desde hacía algún tiempo, siempre realizaba únicamente su gusto y su capricho; entraba y salía cuando quería, y si llegaba con retraso a la cita de todas las tardes con don Remigio, no se preocupaba de excusar la tardanza.

Pero ¿y la criada? ¿Por qué no acudía a abrirle?

¡La criada! ¡Como si ella y Paloma no fuesen una misma persona! Haría lo que su señorita le dijese y si ahora le había dicho que no acudiese a abrir, don Remigio tenía escalera para un rato.

Una tarde había pasado tres cuartos de hora en el rellano, delante de la puerta del piso; al cabo de ese tiempo llegó Paloma, con mucha calma, sin darse prisa.

—Hola. ¿Estás aquí?

Fué todo lo que dijo.

Los primeros días, recién instalado el piso, cuando se producía algún retraso de éstos, él, sin enfadarse, le preguntaba:

—¿De dónde vienes?

Y ella, invariablemente, respondía:

—¿De dónde voy a venir? De la calle. ¡Qué preguntas haces!

Y no había quien la sacara de ahí.

Convencido de ello, don Remigio no le preguntaba ya nunca nada. Lo que hacía era esperar y... en más de una ocasión, después de haberlo hecho hasta las diez de la noche, hubo de marcharse sin que ella llegara.

En tales casos era inútil que marchase a la taberna, por si la veía. La muchacha se lo había dicho muy claramente:

—No pienso bajar más por allí; va una gente muy ordinaria y ¡tiene una que oír cada grosería!

El aprobaba su decisión:

—No bajes, no. Tú no tienes por qué oír ciertas cosas.

En la tarde de hoy, don Remigio, después de tocar el botón del timbre cinco veces, oyó ruido en el interior del piso; sin duda acudían a abrirle.

Así era. Rosalía, la criada, le abrió la puerta.

Era una mujer guapetona y robusta, algo brusca en sus ademanes, y de bastante más edad que Paloma, aunque muy joven aún.

—¿Y la señorita?

—No está.

—No te pregunto dónde está porque sé que no me lo dirías.

—Y como que no lo sé. ¿Cómo quiere que se lo diga?

—Bien, mujer, bien.

—Nada de bien ni de mal; ya sabe que ella no me dice nunca dónde va ni de dónde viene.

Se le había pegado de su señorita la manera desabrida y brusca de tratar al que pagaba la casa y cuanto en ella se gastaba. Los criados, estas cosas las copian en seguida, instintivamente.

Y don Remigio, al sentirse así tratado por aquella mujerona, de pechos prominentes y bíceps desarrollados, sentía que un leve cosquilleo de voluptuosidad le recorría el canal de la médula.

Entró en el piso y esperó en un saloncito que había a la derecha del pasillo; aquella habitación, y aquellos muebles, sabían mucho de sus largas esperas, de sus horas de ansia y de recelos.

—¿Dónde estará ahora? ¿Con quién estará hablando? ¿Quién la estará besando en este momento?

Porque el hombre sabía perfectamente que la pequeña le engañaba; es decir, en realidad, puesto que lo sabía, no le engañaba. El, por miedo a perderla, lo aceptaba todo. Y eso que, ese todo, era mucho.

Al principio, cuando accediendo él a las exigencias, más que deseos, de ella, instaló aquel pisito entresuelo de la calle de Juan Bravo, no instaló más que una casa para que los dos se vieran un rato todas las tardes; la casa, respondiendo a tales fines, no tenía más que cocina, cuarto de baño, dos alcobas—de las que sólo una se amuebló—y otra estancia, que era el saloncito donde ahora don Remigio aguardaba.

Con arreglo a lo convenido, la única llave del piso estaba en poder de Paloma; a la hora de la cita acu-

día los dos, y ocurría que el único puntual era don Remigio, que llegaba siempre el primero.

Y aguardaba en la escalera.

Dos meses pasaron así, hasta que ella, un día, con la decisión con que planteaba todas las cosas, le habló de esta manera:

—He pensado que no debemos seguir así; tú no tienes necesidad de estar esperando en la escalera, ni yo de venir de prisa y echando el bofe para que tú no esperes mucho tiempo. Además, la portera, como habrás observado, es una tía antipática.

—Bastante.

—Y a mí no me da la gana que esa tía, con el pretexto de subir a barrer y a arreglar esto, lo curiosee todo. Verás, se puede hacer lo siguiente: se amuebla, de un modo sencillo, esa otra alcoba que está vacía, y se toma una muchacha, baratita, y que viva aquí y nos cuide la casa. ¿No te parece?

Este *¿no te parece?* era una nimia concesión que la chiquilla hacía a las apariencias de consulta: le pareciese lo que le pareciese a él, ella ya sabía que en todo había de hacerse su santa voluntad.

El tampoco lo ignoraba y, por ello, nunca decía que no.

Además, que para hacer esas aparentes consultas Paloma siempre se sentaba sobre las rodillas de don Remigio, dejaba que éste le acariciase los pechos por encima del vestido o de la blusa, y, acercando mucho el rostro al del varón, casi metía en su boca uno de los tirabuzones en que aun seguía llevando repartido el pelo.

Hubo, pues, criada, que, como era natural, ya te-

nía de antemano elegida Paloma. Rosalía, sirvienta primero, y amante después, de un señor solo, que vivía en la calle de la Lechuga, a quien en vida había martirizado y corneado de lo lindo, se había quedado desamparada al morir aquél repentinamente.

Paloma la conocía de la taberna, y la robusta moza le había tapado en más de una ocasión, algunos amoríos livianos de palco de cine o de reservado de restaurante, a los que la peque habíase mostrado muy aficionada casi desde que tuvo uso de razón.

Tenía en ella una gran confianza, y al llevarla ahora a su lado sabía que llevaba un auxiliar magnífico para el desarrollo de sus planes.

Sonó la lleve en la puerta del piso. ¡Ella! Con hora y media de retraso pero ¡ella!

A don Remigio le dió un vuelco el corazón y se puso de pie. Entraba ella con paso firme; al pasar ante la puerta del saloncito le dijo:

—Hola. ¿Estás ahí?

—Sí, hijita, aquí estoy; esperándote.

Era su saludo de siempre, que se lo tiraba además como quien deja caer una piedra. Y, sin detenerse, iba derecha a la cocina, donde solía estar Rosalía.

Invariablemente se encerraban allí un rato las dos; él no las oía, pero por lo mismo, y a juzgar por el liviano cuchicheo que llegaba hasta sus oídos, sabía que si no estaban precisamente hablando mal de él, por lo menos estaban hablando de algo que él no podía oír.

Para el caso era lo mismo.

Hoy, como casi siempre, al cabo de ese rato de cháchara doméstica, Paloma, sin sombrero ya, acu-

dió a la estancia donde don Remigio aguardaba, paciente.

El, como siempre también, fué a ella.

—No, Remigio, no; estate quieto.

—Vamos allí.

Allí era la alcoba.

—Pero ¿para qué? Ya sabes que no me gusta; te excitas mucho y te pones muy tonto. Sé formal, ya tienes edad para ello.

Este de la edad era su estribillo; un castigo y una humillación más para el pobre hombre, que ella manejaba con una crueldad implacable.

—Y ¿hasta cuándo vamos a estar así, Paloma?

—Hasta cuando... No tengas prisa. Yo, por lo menos, no la tengo.

—Ya lo veo, ya.

Porque las relaciones de la niña y el viejo eran, hasta ahora, unas relaciones completamente blancas; de un blanco sucio, si se quiere, pero blanco al fin.

No ya a la plena relación carnal se había negado ella, pero ni siquiera había consentido en repetir aquella escena de la plena desnudez, que tan buen resultado le dió para el logro de sus propósitos, en el gabinete de la casa de doña Gloria.

Unos tocamientos, más o menos íntimos, unos besos, siempre devueltos de mala gana, y unas caricias en el pelo—que era lo más bonito de toda ella—, formaban el total de las concesiones que Paloma había otorgado a su adorador, que, más que tal, era su víctima.

Sólo un día ¡uno solo! en que ella le vió próximo a la congestión de tan encalabrinado, accedió a que él,

como un chicuelo de catorce años, sacrificase a Onam, mientras ella dejaba al aire sus dos magnolias pectorales, y se alzaba a la altura de la cadera la faldita diminuta.

Siempre que él intentaba otra cosa más... amplia, ella le paraba los pies con esta frase:

—Pero ¿tú que te has creído? Yo soy una muchacha decente.

—¡Negra mía!

—Tú sí que te pones negro. ¡Ay que verte! ¡Qué exagerao eres!

—Mujer, lo natural, y nada más que lo natural.

—¿A esto le llamas tú lo natural?

—Comparao con lo de tu viejo, que será un estropajo...

—No sé nada; no me he metido en averiguaciones.

—¡Vamos, rica! A mí coba no.

—No es coba; ya te he dicho muchas veces que ese hombre para mí no es más que eso, un... protector.

—¡Ya lo sé! ¡Y yo en la higuera! A ver si te crees que porque uno no diga na, se desayuna chupándose el meñique.

—Como tú quieras, hombre.

Este diálogo, de un corte clásico, como se ve, manteníase dentro de un taxis entre Paloma y su novio.

El novio era aquel mismo pollo a quien el lector, don Remigio y yo fuimos siguiendo aquella noche por la calle Mayor, hasta cierto banco de los jardines de la Tela... banco que, gracias a los manejos de la muchacha, se convirtió en un verdadero banco de emisión.

Entre los varios devaneos a que Paloma se había entregado desde su más tierna edad, en sus arranques de viciosa precoz, éste era el único que había arraigado en ella.

No había elegido mal la pequeña: el pollo, físicamente, valía la pena: moreno, de ojos grandes, con intenso cerco de pestañas que les hacía casi tan atrayentes como los de Paloma, y con el pelo negro también y ondulado por las tenacillas de la Divina Providencia, parecía un cromo, pero un cromo de macho, sin nada de femenino en su figura.

Moralmente era otra cosa. Tenía toda la despreocupación necesaria para ser el novio de una chica que tenía sus *apoyos* por las afueras, y estaba dispuesta a tener todos los que fueran necesarios.

Sus amoríos con el viejo, como le llamaban siempre los dos, los había conocido él, y casi puede decirse que los había dirigido desde el principio; le parecían un buen negocio para ella y puede que, con el tiempo, para los dos.

Paloma se había aficionado a él, con afición puramente carnal pero, digan lo que quieran los poetas ¿acaso no es ésta la atadura más fuerte?

Le gustaba cómo procedía en el momento crítico del rebullicio carnal, y, desde hacía una temporada era él quien tenía el monopolio del cuerpo de la nena, o por lo menos de aquella parte del cuerpo que la Naturaleza ha querido convertir en un desfiladero por donde todos tenemos que pasar al venir a este mundo.

Porque ¡el pobre don Remigio!... Cuantos intentos había hecho para poseer el cuerpecito de aquel

guayabo ya crecido, habían sido inútiles; se oponía ella de un modo radical.

—¡No! ¡Eso no!

Y lo decía como si quisiera morder, cual si estuviera dispuesta a defenderse con las uñas y con todo lo que hiciera falta.

Al principio ella tomó aquella defensa como un juego; no creía en la realidad del ataque. Opinando como opinan casi todas las personas menores de treinta años, creía de buena fe que un hombre que se acerca a los sesenta ya no es hombre más que en la apariencia exterior.

No quieren saber que, aparte las sorpresas tardías de la Naturaleza, el hombre no muere para el amor agresivo hasta muy tarde; lo que disminuye es la frecuencia del ataque; el vigor se va espaciando, como el sol va perdiendo poco a poco la fuerza de su luz a medida que se acerca al ocaso, pero sin apagarse del todo hasta pasar la línea del horizonte.

La sorpresa, y el semi terror de la chica fueron muy intensos el día en que—en las primeras tardes de acudir al piso—vió a don Remigio, en pleno ataque, desnudo de cintura para abajo, y en plena forma y en absoluta fortaleza belicosa, como cualquier muchacho de veinticinco años... que no estuviera cacoquímico.

¿Qué era aquello? ¿Un viejo en ese estado? Sí, un viejo, del que había que defenderse con algo más que con palabras y con amenazas.

La cosa no se repitió mucho, pero desde entonces Paloma, en el martirio continuo a que sometía a su

protector—martirio que tanto la divertía—tuvo un aliciente más: el saber que al negarle lo que le negaba no era la suya una negativa de fórmula, como pudiera ser la de negarle la comida a un inapetente.

Aquel viejo, como ella le llamaba, y como le llamarían muchos, era todavía un hombre, cosa que le pasa a muchos viejos, aunque sean más o menos idiotas.

Don Remigio *podía,* pero Paloma no quería que pudiese. Y así estaban, en aquella situación de espera indefinida, que la peque explotaba muy bien. Pero ¿cuál era en definitiva el cálculo de la muchacha? ¿Qué se proponía con aquella abstinencia?

¿Dominarlo más, con el retraso? Bastante dominado lo tenía, y corría en cambio el riesgo de que el hombre, a la larga, se cansase. Y es que las mujeres, aun las más listas, se suelen equivocar en estas previsiones.

Mientras tanto, Paloma se divertía con su novio, y guardaba para el otro los restos del banquete.

Este taxis de ahora les conducía a la puerta misma de la casa de Juan Bravo; podían verla con él, pero eso a ella le importaba muy poco.

Era la hora de la cita diaria con el viejo, es decir, era siete cuartos de hora más tarde; los jóvenes se despidieron con un beso, una casi succión larga y profunda.

—Oye, guapa ¡a ver lo que haces!

—¡Qué tonto eres! ¿Qué quieres que haga? Lo que hago siempre: hacerle rabiar un rato.

—Bueno, bueno; es que hay días que vuelves con unas ojeras...

—¡Estúpido!

¡Hay que ver la cantidad de cariño que cabe a veces en un insulto de estos!

Al entrar en el piso encontróse a don Remigio en el saloncito de siempre, entretenido—¡vamos al decir!—en leer un artículo de fondo de "El Siglo futuro"; le empeza un leve dolor de cabeza.

Cuando se levantó y fué a ella para darle un beso, como hacía siempre, la chica le rechazó:

—No. ¡Hoy no!

—¿Que hoy no? ¿Por qué?

—Demasiado lo sabes.

—No sé a qué te refieres.

Se aterró. ¿Es que, a las otras negativas, que tanto le martirizaban, iba a añadirse ahora esta del beso? ¿Qué le quedaría ahora? Porque él no había sido nunca un mero contemplativo.

—Me han contado una cosa muy cochina de ti. ¡Asqueroso!

—¿De mí? Habla, mujer, que todo lo aclararemos.

—De sobra sabes a lo que me refiero.

—Yo no.

—Pues me han dicho que lo que hiciste conmigo antes de ayer, ¿te acuerdas?, cuando te arrodillaste a los pies de la cama, y yo me eché en ella...

—Sí, sí; me acuerdo. ¿Y qué?

—Pues que lo haces por ahí con las tías esas de la calle de Peligros.

—¡Válgame Dios!

Era mentira. Mentira, no que don Remigio lo hiciese, sino que a ella le hubiesen contado nada.

Pero con esa mentira consiguió que no la besase en toda la tarde.

A don Remigio le pasaba una cosa muy rara aquella noche.

Se sentía así como poseído del demonio; un demonio, desde luego, juguetoncillo y burlón, que, en su posesión, no le obligaba a nada trágico.

Salió del piso de la calle de Juan Bravo malhumorado y mohino. Pero ¡qué cosas se le ocurrían a aquella chica!

Y no es que al acusarle de cultivar ese rico número, tan cercano del setenta, le hubiera calumniado, pero ¿cómo ni por qué se le había ocurrido ahora semejante incongruencia?

Vino al centro, andando muy despacio; eran las nueve y media y hacía muy buena noche, uno de esos nocturnos invernales madrileños, tibios y blandos, como compensación sin duda de algunas noches de julio en que se muere la gente de frío.

Don Remigio tenía un poco de apetito pero, más que nada, sentía deseos de bulla.

No era en él frecuente este estado de ánimo; le gustaba gozar de la vida y sus peripecias, pero con cierta tranquilidad calculada. Su experiencia le decía que los placeres turbulentos no son los mejores.

Pero hoy sí; se diría que la extravagancia de Paloma le había desequilibrado el sistema nervioso, y

sentía además así como vagos deseos de vengarse de la pequeña, que a esta hora, seguramente, le estaría haciendo cornudo una vez más.

Entró a cenar, más bien a tomar un piscolabis, a uno de los cafés cercanos a la calle de Peligros.

Muchas feriantes del amor, repartidas por las mesas; la mayoría de ese tipo un poco basto y engrasado que tanto gusta a la clientela de la Mancha.

Don Remigio las miraba a todas con mucha calma; todas le apetecían, pero cada una para una cosa distinta; por ejemplo, aquella mulata gigantona y bien armada, de pelo muy brillante, que se sentaba en una mesa cercana a la puerta, le parecía muy a propósito para manejar un látigo y tundir con él las espaldas de uno de sus admiradores.

A eso de las once el café se puso ya pesado de humo, del griterío de las conversaciones y del ruido del cristal y las cucharillas; además, se paseaba por el aire un tenue olorcillo a alcoba enrarecida.

Don Remigio se lanzó a la calle. ¿Dónde iba? Lo ignoraba; lo que sí sabía es que él no se acostaría aquella noche sin tener su poquito de retozo.

Siguió por la calle de Peligros. Le atraía la famosa vía, nuestro Cerámico, de nombre tan simbólico; aunque de todos los riesgos que en ella se corrían, el mayor era el de la gonococia.

Antes de llegar a la calle de la Aduana ya se le había colgado del brazo una rubia un poco obesa, pero de rostro muy atrayente.

Era Margot, la francesa; una superviviente de aquella invasión gala de los años de la guerra, que fué acaso más importante que la de los ejércitos de

Napoleón. Algo jamona, pero, por lo mismo, con un programa amplísimo.

—¿Vienes, mon cheri?

—Hola, hija, buenas noches.

—Anda, ven; verás que buen ratito pasamos.

—No lo dudo, pero no puedo.

—¿Pogqué no puegues?

—Porque llevo una prisa bárbara. Adiós, hija; que tengas buena suerte.

Y siguió andando muy despacio.

Andar despacio a tal hora, por la calle de Peligros, es casi como ponerse un cartel que diga: "Se desea una mujer".

Mientras él estaba hablando con la francesa, dos mujeres le acechaban desde cada una de las esquinas de la calle de la Aduana, para el caso de que saliese libre de las garras de Margot, como se verificó: esas dos mujeres eran Nati, una vallisoletana que no era guapa pero que tenía una boca muy atrayente, y la Marcela, guapa mujer ésta, pero cuyo principal atractivo estaba en la cabeza, que llevaba siempre muy limpia, como si acabase de salir de manos del peluquero.

Avanzaron las dos a cortar el paso a don Remigio, pero como Nati estaba antes, enchufó la primera: la otra se retiró discretamente... a esperar. Eso sí, era una regla del gremio, a la que ninguna faltaba nunca, que el cabrito, mientras estaba en tratos con una, era sagrado para las demás.

—¿Qué te decía la franchuta esa?—le preguntó la de Valladolid—. ¡Tía asquerosa! Te advierto que ha salido ayer de San Juan de Dios.

—¿Sí?

—¡Vaya!... Te habrá pedido cinco duros por estar un rato.

—No me ha pedido nada: no hemos llegado a hablar de eso.

—Yo no te voy a llevar más que dos duritos; anda, vamos y te hago todo lo que tú quieras.

—¡Qué más quisiera yo! Pero no puedo, de verdad. Otra noche. ¿Tú andas siempre por aquí?

—Sí, por aquí ando.

Y se despegó de él, llena de escepticismo.

Anduvo muy poco tiempo solo, pues cayó enseguida en la jurisdicción de la Marcela, la del pelo bonito.

—¿Vienes, guapo?

—Hola, guapa. ¿A quién esperas?

—A ti. Anda, vamos: tengo un cuarto muy calentito.

—No hace frío esta noche.

—Pero siempre se está mejor.

—A mí me gustaría una cosa, pero... no vas a querer.

—Dila.

—A mí me gustaría despeinarte.

Ella sonrió.

—¿Te gusta mi cabeza?

—Mucho.

—Pues mira, si me das cinco duros vienes conmigo y me despeinas.

No era la primera vez que le proponían aquello: caprichos de los viejos... y de algunos jóvenes.



Don Remigio iba a ceder, ya que ella había cedido. Pero de pronto...

No era, ni con mucho, la hora en que las mujeres tienen permiso policíaco para salir a la calle; esa hora es la de las dos, pero los tiempos estaban tan malos, la caza del cabrito se había hecho empresa tan difícil, que las feriantes se echaban a la calle a partir de las diez y media de la noche, desafiando el riesgo de ser a su vez cazadas por el agente y pasarse hasta las cuatro de la madrugada encerraditas en la comisaría.

La misma policía, institución compuesta por hombres al fin, se mostraba a veces piadosa y hacía la vista gorda.

Pero de cuando en cuando había que hacer un escarmiento, si no se llegaría enseguida al caos: y la noche de hoy era, por lo que se vió, una de las elegidas para que las palomas escarmentasen, porque procedente de la calle del Clavel, apareció en la de Peligros un hombre joven, bien trajeado, que parecía un posible cliente más.

A su vista, aun lejano, aquel ganado se dispersó.

—¡El agente! ¡El agente!

—¡Que ya está ahí ese!

Las más se metieron por las calles de Aduana y Jardines, y, una vez en ella, echaron a correr; otras fueron a refugiarse en el café de la calle de Alcalá.

Marcela se agarró al brazo de don Remigio y le dijo, con cierto ahogo:

—No me sueltes ahora; acompáñame un poco por aquí.

—Bueno, mujer.

Era como si en el ferial hubiera roto de pronto una nube de granizo.

La Paca, la Argelina, Bety, la Romántica, la Consuelo, todas huían, con mayor presteza, unas riendo y otras blasfemando.

Pero la batida no había sido improductiva del todo; calle abajo, en dirección a Alcalá, venía el agente, acompañando a dos mujeres.

Eran la Rosa y la Corales, una rubia espléndida esta última.

Poco antes de la esquina se separó de ellas.

—Esperadme en la Comisaría; dentro de un cuarto de hora estoy allí.

Y obedecieron como dos corderas. Lo que más les convenía.

El agente al detenerlas les había recogido el carnet.

Era un domingo por la tarde. Había en el ambiente del piso de la calle de Juan Bravo, en todo Madrid, y puede que en el mundo entero, esa bobería melancólica que hay siempre en las tardes de los domingos.

Hasta la luz eléctrica parece que brilla con menos fuerza: sin duda porque las compañías de electricidad quieren, en esos días, economizar carbón.

Don Remigio esperaba, desde hacía ya un gran rato, en su puesto de siempre. Hoy había una novedad: Rosalía la criada, le estaba haciendo compañía y dándole conversación para que se le hiciera menos larga la espera.

El hombre estaba un poco extrañado; desde el principio, desde que le había abierto la puerta, notaba él una amabilidad y unos buenos modales en la guapetona criada, que constituían una absoluta novedad. Tanto que llegó a pensar:

—¿Será que esta lagartona quiere aprovecharse de la ausencia de la señorita para ver si yo me propaso con ella?

Si tal era, el plan no constituía ningún disparate. Rosalía, con su cara fresca, sus pechos macizos y sus caderas balanceantes, no era un fruto despreciable, y desde luego don Remigio hacía tiempo que

le hubiera dicho algo si no hubiera tenido la seguridad de que la moza se lo referiría todo a Paloma y habría estallado la tragedia.

Se había sentado bastante cerca de él y había cruzado las piernas; estaba bien aquello; en el gremio de criadas no habría muchas que pudieran aventajarla en suculencia.

—¿Cómo no ha salido usted esta tarde, siendo domingo?—le preguntó él.

—¿Salir? ¿Para qué? Se aburre una tanto por ahí...

—Sí, pero el novio...

—¿Qué novio?

—¿Cuál ha de ser? El de usted.

—No sea guasón, don Remigio. De sobra sabe que yo no tengo novio.

—¿Que yo lo sé?

—A ver.

—No, hijita, no; yo no sé nada.

—¡Novios!... Prefiero quedarme aquí, con ustedes.

Recalcó y subrayó ese *ustedes*.

—Gracias, mujer, por el lado que me toca, pero es que yo...

Sonó la llavecita en la cerradura de la puerta. Rosalía se levantó de un salto, como asustada. Don Remigio interpretó aquello como temor de que la sorprendieran allí de palique con él.

El también se levantó, pero eso lo hacía siempre que llegaba Paloma.

—¿Qué le pasa a usted, señorita?

Era la voz angustiada de Paloma, que parecía

anunciar una catástrofe. El hombre apretó el paso y, al llegar al corredor vió a la pequeña, inmóvil en el vestíbulo, con un paquete grande sujeto con las dos manos y los ojos de haber llorado.

—Pero ¿qué es?

Paloma dejó caer el bulto al suelo, y se abrazó, llorando, a la criada.

—¡Ay Rosalía, qué disgusto me han dado!

—Pero ¿quién?

—Acabo de reñir con mis padres y me he marchado de casa para siempre.

Hubo un silencio. Durante él se escuchaban los sollozos de la nena, como balidos de un corderito al que intentasen degollar.

A don Remigio se le partía el corazón. Fué él quien rompió el mutismo de todos.

—¡Válgame Dios, hija, válgame Dios! Ven acá, no llores.

La separó, amoroso, de los brazos de Rosalía y, por encima de su hombro, hizo a la criada una seña que quería decir:

—Déjenos usted solos.

Ella obedeció muy gustosa. No le agradaba nada aquella escenita.

—Ven acá, hija, ven acá.

Y la llevó al gabinetito y la sentó a su lado.

—Lo primero, deja de llorar; y después, cuéntame lo que te ha pasado.

—Pues ¿qué me va a pasar? Que mis padres se han enterado de todo.

—Pero ¿qué es todo?

—Pues ¡qué ha de ser! ¿No te lo imaginas?

—Tú dirás.

—Se han enterado de que vengo aquí, a verme contigo todas las tardes. ¿Te parece poco?

—Y ¿cómo se han enterado?

—Eso no me lo han dicho, pero ¿qué más da? Me habrán seguido alguna tarde.

—Puede ser.

—El caso es que no puedes figurarte la escena: me han gritado, me han pegado...

—¡Estúpidos!

—Y, claro, como soy menor de edad, me han amenazado con encerrarme en un convento si no les prometía no volverte a ver en la vida.

—¿Y tú que les has dicho?

—¿Yo?

La pequeña tuvo un arranque teatral.

—¿Mi contestación?... ¿No me ves aquí, a tu lado?

Y se abrazó a su cuello, llorosa otra vez.

A don Remigio estas escenas de ternura le excitaban mucho: a Paloma, allí pegada a su cuerpo, le temblaban los pechitos como dos tórtolos que quisieran escaparse de la jaula, y le olían el cuello y los tirabuzones, a purísima esencia de violetas.

Además, el hombre no sabía qué pensar; su experiencia le hacía ser un poco escéptico en todas las cosas, pero aquello que contaba Paloma *podía* ser verdad.

Que sus padres conocían sus líos con él, eso hacía tiempo que don Remigio se lo tenía tragado; pero podía se que conociéndolos, ignorasen lo del pisito de la calle de Juan Bravo, y también podía ser que,

no ignorándolo, se hubiesen decidido ahora a explo tar la situación, dándole un escándalo a la chica.

Sus hipótesis no iban más lejos, y, por no ir, se dejaba en lo recóndito la verdad de lo ocurrido. Verdad que más tarde conocerá el lector... aunque puede ser que ya se la imagine.

—Pero oye, peque, ¿tus padres saben la dirección de esta casa?

—Claro que sí; la persona que les ha enterado les ha informado bien.

—¿Tú les has dicho que venías aquí?

—Eso no; yo les he dicho que me marchaba de casa, que no me volverían a ver más y que si me enteraba de que daban un solo paso por buscarme me tiraría por el Viaducto a la hora que fuese.

—¡No digas bobadas!

—Y estoy dispuesta a hacerlo, ¿qué te crees? Yo a mi casa no vuelvo más.

—Y ¿no temes que te manden a buscar por la policía?

—¡Cá! Eso sí que no. Les conozco muy bien.

—Sin embargo, si vinieran a buscarte aquí...

—No pases cuidado por eso.

—Ya comprenderás que no es que tenga miedo; estoy dispuesto a hacer frente a todo.

—Ahora ya no tengo más amparo que el tuyo en el mundo.

—¿Y no te basta con él?

—Si, pero si tú me dejases, ya sabes lo que tendría que hacer; por las noches, en la calle de Peligros, o en la de San Marcos, o en la plaza del Progreso...

—¡Calla, calla! ¡Qué ganas tienes de atormentarte! De sobra sabes que mientras yo viva...

—Ya lo sé, Remigio, ya lo sé. Porque tengo confianza en ti es por lo que me he atrevido a dar el paso que he dado.

Desde que la conocía casi nunca la había oído hablar así; no parecía la misma chiquilla que le trataba siempre con despego, que buscaba de continuo la ocasión para humillarle.

—No te preocupes; tú, por lo pronto, te quedas aquí; ya sabes que esta casa es tuya. Mañana compraremos vajilla. Se puede poner aquí mismo el comedor, y comes aquí; yo, muchas veces, vendré a comer contigo... Déjalo, tonta, si es mejor; verás como hemos salido ganando. No hay mal que por bien no venga.

—Tienes razón. Y, sobre todo, yo estoy decidida a no volver a mi casa.

—Por lo pronto esta noche cenaremos aquí.

—Ay, no, mira, esta noche vete, te lo ruego; tú no sabes el estado de nervios en que estoy. Ahora, cuando pase un rato me va a hacer Rosalía una taza de tila y me voy a meter en la cama.

—¿Pero no quieres que te haga compañía?

—Un rato sí; yo no digo que te vayas ahora mismo. Pero nada de cenas ni de nada; si comiese algo me sentaría como veneno.

—Pueno, mujer, como quieras, lo principal es que te tranquilices.

—Mañana vienes tempranito y arreglaremos lo que se ha de hacer: hoy no; hoy no quiero más que descansar, dormir.

Charlaron un rato más; él un poco preocupado, ella tranquila, como si nada hubiera pasado, y hasta con cierta satisfacción, que se esforzaba en ocultar.

Pasadas ya las nueve se marchó él.

En la despedida hubo nuevos abrazos, conatos de lloros, recomendaciones de seriedad.

Apenas la puerta del piso se cerró, Rosalía y Paloma se abrazaron risueñas.

—¡Esto ya está, muchacha!

Y, mientras se besuqueaban, se decían:

—Pero ¡chica, qué buena cómica eres! ¡Cómo le has hecho tragar al viejo el paquete!

—¡Bah! Esto no es más que el principio. Ya verás.

Se separó de sus brazos y le dijo con decisión:

—Anda, vete a buscar a ese; está esperando en el bar de la calle de Serrano.

Y el pollo guapo, de los ojos ladrones, entró por primera vez en el pisito de la calle de Juan Bravo.

Porque Paloma que, aunque hija de unos taberneros, era un espíritu muy delicado, había querido que su primera noche en aquella casa, que ya podía llamar suya, fuera una noche de amor y de revuelco con su novio, con su *verdadero* novio.

—¡Chavala, cómo vives!—dijo el galán, cuando vió la alcoba.

—¡Anda, pues esto no es nada! Ya verás esta casa dentro de quince días.

—¿Vas a poner la radio?

—¡La radio! Eso por de contao. Y un bar, y una piscina.

—¡Qué castiza! Bueno, y ¿qué ha dicho el viejo?

—¡Qué va a decir! Lo que yo me sabía. Bueno, pero no hablemos de él... ¿Tú tendrás hambre?

—Sí, pero ya sabes tú de qué.

Y le echó mano a la parte baja del abdomen.

—No seas ganso; eso vendrá después; tenemos toda la noche por nuestra.

—Pues nos vamos a hinchar.

—¡No lo permita el cielo!

—Qué guapa estás, chiquilla.

—Bueno, deja ahora eso. Rosalía ha traído unos fiambres y dos botellas de "La Guita".

—¡Caray con Rosalía, y qué bien orientada!

—A ver si se cree usted que a mí no me gusta lo bueno—contestó la aludida.

—Pues a comer y a beber.

Comieron y bebieron. Estaban todos muy contentos; en la alegría del pollo había un aire guasón muy marcado.

Tomaron café, confeccionado por la propia Rosalía, que ahora, más que criada, era una camarada de ellos.

Paloma tenía ese bullicio jubiloso de todo el que se ha salido con la suya en un asunto, sea éste del calibre que sea.

—Voy a poner un cuarto de baño que va a llamar la atención en Madrid—decía.

—¿En Madrid?—le dijo el novio—. Pero ¿es que va a venir a verlo todo Madrid?

—¡Quién sabe!

—Bueno, no te doy así con uno de estos cascos porque me hago cargo de que has bebido demasiada manzanilla.

—A ver si vas a decir que estoy borracha.

—Y si lo estuvieras ¿qué? Eso no es un defecto.

El mozo, que era, como somos todos, un predestinado a su ruta especial desde la cuna, iba a lo suyo aun sin darse muy clara cuenta. Al ver a la muchacha se decía, y casi lo gritaba:

—Aquí hay porvenir.

Por ahora se contentaría con el presente.

Y el presente era meterse en el lecho cuanto antes con aquella paloma.

—Tengo sueño, nena.

—Mentira: tienes ganas de meterte en la cama, que no es lo mismo.

—Claro que es eso, pero ¿qué culpa tengo yo de que seas tan guapa?

Ella se extasiaba al oír aquello; era una tontería, pero se extasiaba. En realidad, lo que le gustaba era la boca que lo decía: una boca joven, muy roja, en la que el paso de los años no había puesto aún el menor rictus. ¡Juventud! Los jóvenes, en su mayoría, serán muy tontos, pero saben siempre a flor fresca, a hoja mojada por el rocío.

En vista de lo cual, Paloma y su novio estaban metidos en la cama antes de la media noche. Con ellos no rezaba esa abstinencia que la higiene recomienda durante las primeras horas de la digestión; una de las ventajas de la juventud es que durante ella se pueden hacer todas las barbaridares que uno quiera, sin más riesgo que el de que le encierren a uno en un correccional.

Aquí no había cuidado.

Era un espectáculo agradable—¿agradable nada más?—ver aquellos dos cuerpos jóvenes, desnudos del todo, pues el novio de Paloma no creía en las camisetas, revolcándose y acariciándose con solo el contacto.

Situándose en un plano superior, por encima de los dos sexos, tan bonito era el cuerpo de ella como el de él; no había en ellos mácula alguna, a parte la belleza de los rostros.

La cama no era muy ancha, lo cual no dejaba de ser una ventaja. Rosalía les dejó metidos en ella y se fué suspirando:

—¡Qué nochecita se van a llevar estos!

En la alcoba había una luz pequeña, a la cabecera de la cama, única que Paloma dejó encendida: era una lucecita añil, que alumbraba lo suficiente para que no hubiera que hacer nada a tientas, pero que dejaba los cuerpos envueltos en una penumbra suave.

Como la calefacción estaba bien servida, podían permitirse el lujo de dejar los cuerpos desnudos encima de la cama. La cubierta del... revolcadero era de un morado episcopal, dicho sea con todos los respetos que los prelados nos inspiran. Sobre ese color, tan propicio a todas las fantasías, resaltaba la blancura del cuerpo de ella, un poco pálido y como quebrado; el de él era más moreno, aunque para tratarse de un varón no resultaba muy recargado.

Parecían dos efebos que estuvieran retozando sobre un campo de violetas... o dos jovencitas, no terminadas de formar, que estuvieran rindiendo culto a la religión lesbiana.

—¿Tienes frío, nena?

—¡Qué voy a tener! Pero hazte cuenta de que lo tengo y abrígame.

—Luego no te quejes.

—Ya sabes que no.

—¿Aquí es donde te revuelcas con el viejo?

—Yo con el viejo no me revuelco en ninguna parte.

—A mí qué vas a decirme...

—Pues no te digo más que la verdad. Y, sobre todo, ya sabes que me gusta poco que hablemos de él.

—¿A que él no no te hace esto que te voy a hacer yo?

Esto era un ataque en regla, armado el atacante de todas armas; Paloma le recibió extendiéndose a lo largo en el lecho, con la doble almohada que le formaba la masa de sus tirabuzones.

Al llegar estos instantes la nena se convertía plenamente en una mujer, pero en una mujer que hubiera batallado mucho y para la cual no tuvieran ningún secreto ciertas perfecciones rotatorias.

Sexualmente hablando Paloma no era una mujer fría, como lo son, según creemos Kraepelín y yo, el ochenta y ocho por ciento de las mujeres. Sin ser un volcán—¡estos volcanes no existen más que en la imaginación de ciertos escritores onamistas!—era sí una hembra de entusiasmos, sobre todo cuando el acto carnal lo realizaba con individuo tan de su gusto como lo era su novio.

Este, tampoco era un aprendiz en el oficio de macho: cumplía bien, y, sobre todo, con reiteración, que es lo más difícil en estos menesteres del revuelco.

La noche se presentaba bien para los amantes: una noche de lo menos diez horas, pues ella, antes de meterse en la cama, había tomado sus precauciones.

—Mira—le había dicho a Rosalía—, nos entras el desayuno a las diez; no creo que antes de esa hora se le ocurra venir al pelmazo de Remigio, pero si

viniese, observa por la mirilla cuando le oigas llamar y no le abras por mucho que llame.

—¿Y si no se va?

—Que haga lo que quiera; pero sí se irá. Luego a la tarde se le dice que habíamos salido tú y yo para hacer la compra. Ya sabes que él pasa por todo.

Y con esa seguridad de no ser molestada se dispuso a gozar, en todos los sentidos, de aquella primera noche de amor en su casa, en compañía del hombre a quien más... saboreaba, pues querer, en realidad, Paloma no quería a nadie.

El nocturno fué pródigo en escarceos, escaramuzas y verdaderos combates a fondo; cuatro veces se quedaron dormidos y otras tantas se despertaron con los cuerpos muy juntos y las manos colocadas en parajes estratégicos de sus cuerpos respectivos.

Y cuando a la mañana siguiente les despertó Rosalía, después de lanzar una mirada de envidia a sus cuerpos dormidos, se encontraron deliciosamente cansados, pero plenamente satisfechos.

Se vistieron con cierta pereza y, cerca ya del mediodía, Paloma le invitó a él a marcharse.

—Conviene que te vayas, no se le ocurra venir a ese y te encuentre aquí.

Ya en el vestíbulo, entre dos besos, le dijo él:

—Bueno, y esto, ¿cuándo se va a repetir?

—Cuando tú quieras, tonto. ¿Quién nos lo va a impedir?

Don Remigio lo sabía todo.

Todo, menos que el novio de Paloma entraba muchas noches en el piso de la calle de Juan Bravo y no salía hasta el día siguiente.

Claro es que cuando se enterase de esto—que se enteraría, pues los novios no se preocupaban mucho de evitarlo—sufriría una amargura más, se quejaría un poco... y acabaría por tolerarlo, como había tolerado todo lo demás.

Todo, antes que dejar de ver a Paloma: cada vez se sentía más atado a la muchacha, no admitía la posibilidad de dejar de verla, y sabía también que en su estado continuo de humillación delante de ella iba él bajando una cuesta a cuyo final había un abismo.

Pero no podía volver atrás.

Lo único que hacía, para evitar que la amargura le consumiese, era distraer la carne por ahí con otras mujeres, ya que su dinero le abría muchas puertas para ello.

Su especialidad era el género callejero; sabía él que andando despacio, y con el ojo alerta, por las calles madrileñas, sobre todo a ciertas horas, se encontraban bocados muy sabrosos. Y él mordía siempre que la ocasión se le presentaba.

Porque eso de que un hombre interesado, o si se quiere enamorado de una mujer, no ha de poder disfrutar con otras es una tontería: el hombre es polígamo, gracias a Dios; el matrimonio no es más que una concesión al convencionalismo social.

Ese callejeo de don Remigio le proporcionaba a veces muy gratas sorpresas.

Por ejemplo:

Un atardecer, caminaba por las calles que salen de la de Alcalá hacia la vieja plaza de toros; se ha constituído allí un barrio galante de cierto postín, en el cual la caza menor, y aun mayor se da con cierta abundancia. El hombre vió ante él, andando en su misma dirección, y a unos metros de distancia, una garrida mujer en quien creyó reconocer a cierta persona.

Apresuró el paso, se puso a su lado y, en efecto:

—Rosalía.

—Señorito...

—¿Cómo usted por aquí?

—Pues que he venido a ver a una amiga que vive en la calle de Narváez; ya me volvía para casa.

—Yo también voy para allá. ¿Quiere que vayamos juntos?

—¡Ya lo creo! ¿Por qué no?

Iba guapa, y muy bien vestida.

—¿Es que su novio vive por estos barrios?

—Señorito, si ya sabe usted que yo no tengo novio.

—Pero es que eso yo no puedo creerlo, Rosalía.

—¿Por qué?

—Que una mujer tan guapa, y en Madrid, no tenga novio, vamos que no, que no lo creo.

—Pero si yo no soy guapa.

—¿Cómo que no? ¡Guapísima!

—Si lo oyera a usted la señorita...

—Pero como no me oye...

—¡Esa sí que es guapa!

—Claro que lo es; pero tú también; no sois incompatibles. Ella es una niña, y tú eres una mujer, una gran mujer, Rosalía.

—¡Pobre de mí!

Habían cruzado Alcalá y seguido por Torrijos; la moza se paró ante el escaparate de una zapatería.

—Hombre...

—¿Qué es?

—No, nada; esos zapatos. Los ando buscando por todo Madrid; una amiga mía se los ha comprado iguales, pero se llevó el último par que quedaba.

Eran unos zapatos de tafilete, pintados de añil; no eran feos, pero eran algo cursis; sobre aquella cursilería había un cartel pequeño que decía: 35 *pesetas.*

Rosalía reanudó la marcha. Don Remigio la detuvo.

—Pero ¿no dice usted que los andaba buscando por todo Madrid?

—Sí.

—¿Y por qué no se los compra?

Tuvo ella una sonrisa inefable.

—Es que ahora no puedo.

Don Remigio era un hombre de mundo: no lo ol-

vide el lector. Tomó a Rosalía por un brazo—carnoso y apretado: ¡qué rico!—y le dijo:

—Vamos dentro.

Penetraron en la zapatería.

La moza se probó los zapatos y ¡qué casualidad! encontró que le estaban justos a su medida. Mientras se los probaba, don Remigio inspeccionó el escaparate desde dentro. Al volver de su inspección dijo a la guapa:

—Hay ahí unos zapatos de charol preciosos. Ahora el charol se lleva poco, pero, sin embargo, esos, al pie de usted le irían divinamente.

Parecía el dueño de la tienda haciendo el reclamo.

—Ay, señorito, pero si no tengo dinero...

No la dejó acabar.

—¿Quiere usted hacer el favor de no insultarme más?

Trajeron los zapatos de charol. También le estaban que ni de encargo.

Era aquella una zapatería donde también vendían medias; tienda un poco de barrio, el dueño había querido acaparar todo lo pedestre, para evitar vecinas competencias.

—¡Qué medias más bonitas aquellas!

El hombre señalaba un par de seda natural, color carne, que había colgadas, al fondo del escaparate, de una varilla de metal.

—Sí, pero... diez y siete pesetas.

La contestación de don Remigio tuvo algo de poema. Le dijo al dependiente:

—¿Quiere usted enseñar aquellas medias a la señorita?

¡Ya lo creo que quería! ¿Para qué estaba él?

Las medias no se las probó; la cosa hubiera sido más complicada. ¡Eran preciosas! Desde luego se quedó con ellas.

—Con un par solo no hará usted nada—le dijo don Remigio.

Total, que entre los zapatos y las medias, cuando llegó la hora de pagar la cuenta, el hombre pagó ciento cincuenta pesetas.

Y las pagó con muchísimo gusto.

Ya en la calle, ella le dijo:

—Hay que ver! ¿Para qué ha hecho usted eso?

—Yo no he hecho nada, hija.

Le tomó el paquete de los dos pares de zapatos y las medias, que era bastante voluminoso.

—Déjelo, yo lo llevaré.

—No, hija, no; no va usted a ir cargada, y yo con las manos vacías.

Y con el brazo que le quedaba libre, la cogió por uno de los suyos.

La pareja llamaba un poco la atención; en Madrid, un pueblo de un millón de habitantes, pero nada más que un pueblo, aun llaman la atención estas cosas.

Al ver a aquel señorón, muy bien vestido, del brazo de aquella mujer, muy guapa, pero que, a pesar de ir divinamente vestida también, no negaba su condición de individua del honorable servicio doméstico, algunos transeúntes volvían la cabeza.

Unos albañiles que volvían del trabajo—del trabajo de tomarse unas copas en la tasca—al pasar por junto a la pareja, dijeron, con esa grosería que

el pueblo bajo de Madrid—en el pueblo bajo entran también muchos señoritos—, confunde tan frecuentemente con el ingenio:

—¡Hay que ver al viejo, y que bien sabe acompañarse!

Don Remigio lo oyó, pero hizo como si no; es la única defensa que cabe cuando los valientes van en cuadrilla.

—Oiga usted; usted no tendrá prisa por volver a casa.

—Mucha, mucha no. ¿Por qué lo dice usted?

—Porque a mí también me da lo mismo llegar un poco antes que un poco después, y podríamos entrar a tomar un refresco en un café que hay aquí cerca.

—Como usted quiera.

Don Remigio se las sabía todas. Muy cerca de allí, en efecto, había un café, casi esquina a la calle de Serrano; era un viejo local, bastante infecto, cuyo dueño, un usurero jubilado, aplicaba el pacto de retro al servicio de las comidas, y servía gambas por langostinos y gallos putrefactos por lenguados.

Pero, en ese café había unos reservados que eran una maravilla: situados al fondo del local, se podía entrar por una calle lateral, y cada uno de ellos tenía dos metros de ancho por uno y medio de largo. Cosa exigua, como se ve, pero ¿es que ciertas cosas no gustan mejor un poco estrechas?

No había en ellos, porque no podía haber más, que una mesa, dos sillas y un diván ¡eso sí!, un diván, porque sin él ¿para qué el reservado?

Entraron en el café por la puerta lateral: de elía

arrancaba un pasillo y a un lado y otro de él estaban las puertas de los reservados.

Dos de ellas estaban abiertas: don Remigio hizo pasar a la buena moza a una de las estancias. Los dos dentro, tuvo buen cuidado de cerrar la puerta.

Cuando, al cabo de un rato, entró el camarero, le pidieron cualquier cosa; pretexto para estar allí.

—A mí me da lo mismo—dijo ella.

Y tenía razón: ella ya llevaba bastante con los zapatos y las medias.

Jamón, cerveza y un poco de vino de Montilla, que a él le animaba siempre mucho.

Servidos, quedaron solos. Don Remigio se había sentado en el diván; ella en una silla, ante la mesa.

—¡Mire usted que si la señorita nos viera aquí!

—¿Qué tiene de particular? No creo que estemos haciendo nada malo.

—Desde luego que no, pero... ¿a que cuando lleguemos a casa no le decimos a la señorita lo que hemos hecho?

—¡Claro que no! ¡Dios te guarde decirle ni palabra!

Al cabo de un rato, no muy largo, ya se había roto el hielo entre los dos.

Sentados en el diván, y con las manos cagidas, él le decía a ella:

—Pero tonta, si a mí me gustas tú desde que te vi el primer día; lo que ocurre es que, allí en casa, ¿cómo te iba a decir nada? Tú sabes el genio que gasta la señorita.

—Ya... Bueno y ¿quién le gusta a usted más? ¿Ella o yo?

—Yo soy muy franco hablando: me gustáis las dos mucho. Sois, gracias a Dios, dos tipos tan diferentes...

—La señorita Paloma es muy guapa.

—¡Sí que lo es! Pero ¿tú te has mirado a un espejo?

—¡Qué guasón es usted!

—No hay guasa ninguna: sobre todo ¿te has mirado a un espejo... desnuda?

—¡Don Remigio!

—No me llames don Remigio, no me llames de usted: tuteame, como yo lo hago contigo.

—Me da vergüenza.

—Pues no debe darte... Pues, sí: tú debes tener un cuerpo soberbio.

—¡Bah!

—Estoy seguro.

—Sí, pero usted, por quien está chiflado es por ella.

—¿Chiflado? ¿Tú crees de verdad que estoy chiflado?

—A veces sí que lo parece usted.

—¡Tienes razón!

—¡Vaya con el señorito!

—Yo no quiero ser tu señorito.

—¿Pues qué quiere usted ser?

—Tu novio.

—¿Y va usted a tener dos novias?

—Ya me entiendes.

—No; palabra.

—Mira, si quieres hacerme caso podemos organizar las cosas muy bien: tú te despides de la señorita...

—¡No! Eso sí que no; yo, a la señorita no la dejo.

—Bueno mujer, como quieras. Pero te advierto que si eres buena conmigo no tendrás por qué arrepentirte.

—¿A qué le llama usted ser buena?

—Mujer, verás... Ahora, por lo pronto, tengo un capricho.

—¿Sí?

—Un capricho que a ti no ha de costarte nada satisfacer.

—Diga usted.

Hablaba gachona y guasona a un tiempo: había cruzado las piernas y se le veían las rodillas: el pecho, firme y retador, parecía un bloque de mármol ligeramente conmovido por un movimiento sísmico.

—Pues mira, verás; tú te has comprado unos zapatos y unas medias, ¿no es eso?

—Sí, señor.

—Los zapatos, claro, te los has probado en la tienda y sabes que te están bien, pero las medias no te las has probado. Y digo yo: ¿por qué no te las pruebas aquí? Yo te ayudaré.

Soltó ella la carcajada y el pecho se le conmovió aún más.

—¡Ay, qué señor éste!

—Te advierto que te estoy hablando en serio.

—Ya lo veo, ya.

—Verás, si es muy sencillo.

Y empezó a desatar el paquete.

Don Remigio estaba muy excitado: en el encierro a solas con aquella mujer, tan carnal y frescachona, encontraba ese picante fuera de lo normal, que él necesitaba para ponerse en estado... propincuo.

Ella, por su parte, pensaba que allí había un filón por explotar; un ciudadano que, de buenas a primeras empezaba por gastarse treinta duros en una zapatería podía ser la redención de una mujer que supiera manejarlo con habilidad. Y se proponía dejarlo hacer.

—Pero ¿de veras quiere usted que...?

—Claro que sí, mujer; si es muy divertido. Verás, estas medias color tórtola te deben sentar a las mil maravillas.

—Pero... tendré que quitarme estas que llevo.

—Claro que sí; pero tú no hagas nada: déjame a mí.

Se arrodilló en el santo suelo, delante de ella, y,

con mucho mimo, le sacó el zapato del pie derecho, dió un beso en el pie y se dispuso a quitar la media.

—A ver si me hace usted cosquillas.

—Procuraré no hacértelas, pero si se me va la mano y te las hago, me das con este zapatito un golpe en la cabeza.

—Así lo haré.

—A ver, a ver... ¡Qué ligas más bonitas!

Le temblaban las manos a medida que iba avanzando, y le temblaba también la voz.

—Vamos a ver: para abajo.

Y sacó la media a lo largo de la pierna, volviéndola, como quien desuella un conejo.

—¿Tienes frío?

—No. ¡Cá! El que veo que está muy acalorado es usted.

—Es que he estado muy cerca del horno.

—¡Exagerado!

Fué a la caja de las medias y tomó un par.

—¡Mira qué bonitas!

Desunió una de otra y empezó a colocarla la del pie desnudo.

El tejido se agarraba a la piel morena y algo vellosa en ciertas partes, como si él también quisiera participar en aquellas caricias. Los dedos de don Remigio, más hábiles al desnudar que al vestir, temblequeaban, como los de un pianista que tiritase.

Pero la media iba entrando... iba entrando; ya llegaba a la altura de la rodilla y ya la pierna, en el movimiento inevitable, había dejado al descubierto los aledaños del desfiladero sexual, que Rosalía llevaba púdicamente tapado con una especie de paño

de cocina, algo Luis XV, gracias a sus encajes.

Don Remigio estaba cada vez más *animado;* aquella carne morena, y se diría que un poco tostada por las proximidades al fogón, despedía un aroma sutil que al buen hombre le iba embriagando poco a poco; era una mezcla entre el aroma de las sardinas asadas y el perfume del nardo juvenil...

Siguió la tarea, aunque de buena gana la hubiera suspendido para caer sobre aquellas carnes tan aperitivas; pero había que seguir, había que completar el tocado de aquellas piernas, y quedaba una.

Lo más admirable de todo era la actitud de indiferencia elegante que había adoptado Rosalía; con el busto un poco reclinado en uno de los brazos del diván, se dejaba hacer, pero se dejaba hacer con la misma dignidad con que una reina se dejaría arreglar por un criado al que pagase un buen sueldo al mes. De cuando en cuando soltaba una sonrisita:

—¡Ay! ¡Que me hace cosquillas!

Unas veces era verdad y otras no; es que estaba preparando algo que quería hacer, algo a lo que él mismo le había invitado, y que indudablemente, completaría muy bien el cuadro.

Tenía en la mano uno de los zapatos que él le había quitado, y le bailaban unos deseos enormes de darle con él en la cabeza.

—La primera vez que me haga cosquillas le atizo.

—Sí, hija, eso es lo que debes hacer.

No había pasado un minuto cuando el hombre recibió en lo alto del cráneo un zapatazo bastante decente; la médula se le transformó provisionalmente en una serpentina.

Puestas las dos medias llegó el momento de calzar los zapatos.

—Probaremos los de charol, ¿no te parece?

—Me da lo mismo.

Ya puestos, le dijo: —Ponte de pie.

Así lo hizo, ayudándole él a levantarse.

Y cuando la vió de pie, con todo el brillo de aquellas cosas nuevas, recién compradas, que ella, para que destacaran más, resaltó subiéndose la falda hasta casi los muslos, don Remigio acabó de perder la cabeza del todo.

Fué a ella, la abrazó y no le dijo más que esto:

—Anda, ven.

Ella se dejó hacer—era su papel—, y cayeron los dos en el diván.

Sorprendióse un poco Rosalía al ver la fuerza de él para el ataque. Había creído que sólo se trataría de baboserías y se encontraba con un varón, todo lo pasado que se quisiera, pero varón al fin, que mientras atacaba se agarraba a sus pechos como a dos boyas.

El, por su parte, al notar que las dos piernas de la moza se habían cruzado sobre su espalda y le golpeaban la región renal con el charol de los zapatos, llegaba al paroxismo.

Un cuarto de hora después se apeaban de un taxis y se separaban, para no llegar juntos, en la esquina de la calle de Juan Bravo.

Le dió él dos billetes de cien pesetas.

—Toma, para que te compres un traje. No es cosa de que vayas bien calzada y mal vestida.

—Gracias, guapo.

Pocos prostíbulos habrá en Madrid que toquen tan de cerca los límites de la hediondez como los que radican en una calle que lleva el nombre de una Santa y que se halla muy cerca de cierto popular y simpático teatro donde se cultiva el género graciosamente alegre.

No doy el nombre de esos prostíbulos porque no me gusta perjudicar a sus dueñas, dos buenas y agradables mujeres, una de las cuales me ha convidado recientemente a café en su casa, con cierta reiteración.

¿Por qué azar de la vida fué a parar al más inmundo de los dos lenocinios citados el bueno de don Remigio?

Era nuestro amigo hombre muy pulcro en todo, y especialmente en las cuestiones relacionadas con el amor; cierto que en más de una ocasión le hizo el amor a una criada de servir o a una cocinera, pero a parte de que hay fámulas muy limpias, a la que no lo era él la sometía a un baño previo y la regalaba, como primera providencia, un frasco de colonia concentrada y añeja.

Muy fuerte tenía, pues, que ser la razón que al hombre le llevara a una de aquellas mancebías en cuyos dormitorios olía siempre a sindicato de chinches, y donde las sábanas de la cama tenían un mar-

cado color de servilleta de casa de huéspedes, después de una semana de uso.

La tal razón era, en efecto, muy fuerte.

Una noche estaba él matando el tiempo, y sus murrias, en un café de la red de San Luis; había cometido la imprudencia de pedir café solo, y como el líquido que con el nombre de tal sirven en la mayoría de los establecimientos madrileños es una perfecta imitación del *agua tofana,* el estado tumultuoso de sus bilis se había agravado, y una nube de melancolía empañaba sus sentidos.

Pensaba ¿en quién había de pensar?, en Paloma.

¿Qué haría ahora? ¿Le estaría engañando? Seguramente que sí, y ¿cómo evitarlo? ¿Qué hacer para que cesase aquel estado de humillación continua en que él estaba delante de ella?

En el café se había colocado en una mesa contigua a un ventanal; veía pues, muy bien cuanta gente pasaba por la calle, solo que a la mayoría de la que pasaba la miraba pero no la veía, absorto en sus pensamientos: era preciso que la que pasaba fuera una mujer guapa , o que a primera vista lo pareciese, para que don Remigio disipase un poco su ánimo y abondonase el monoideísmo de su pensamiento en la contemplación de la hembra atractiva.

De pronto el hombre se quedó absorto y la circulación estuvo a punto de parársele. ¿Qué era aquello? ¿Se trataba de una alucinación visual? ¿Tan grave estaba él?

Por delante del ventanal, andando muy despacio y como si fuera haciendo la carrera, acababa de pasar ¡Paloma!

Una ráfaga de sentido común le decía que aquello no podía ser: para disipar su error, o para confirmar su asombro, salió precipitadamente a la calle. Había pagado antes lo consumido y no tuvo que esperar.

Al pisar la acera tuvo un momento de desfallecimiento: ¿por dónde había seguido la muchacha? Miró en todas direcciones y no la vió; por fin, cuando ya empezaba a desesperar, la descubrió a lo lejos, en el momento en que se metía por la calle de Hortaleza.

Cruzó la Gran Vía, muy deprisa, casi metiéndose entre los autos, y llegó, incólume pero jadeante, a la otra orilla.

¿Era ella? ¿No lo era? Por momentos dudaba: aquel andar no era el suyo, pero el cuerpo y el color del pelo, y los tirabuzones sí eran.

La cuestión era poderle ver el rostro.

Había que ir a ello: apresuró el paso y por la acera, se puso a la par de la muchacha; era un momento de obscuridad en la calle, cerrado ya el comercio.

La chica, al ver un ciudadano que la miraba con insistencia y que parecía que quería comérsela, se creció:

—Buenas noches. ¿Quiere usted venir a pasar un ratito?

¡No era ella!

Se alegraba... y se entristecía a un tiempo. No era ella, pero el parecido era exacto; y sin razonarlo, sin pensarlo, siguió andando a su lado.

—¿Dónde vas?

—Aquí cerca, a la calle de Santa ...

Dió el nombre de la calle de que ya se ha hablado. No estaba muy cerca en realidad, pero era lo mismo: si le hubiera dicho que iba ahí al lado, a la provincia de Segovia, don Remigio hubiera seguido lo mismo.

—¿Vives allí?—le preguntó.

—No, vivir no, pero voy allí todos los días. La casa está muy bien. ¿No la conoces?

—No.

En la voz no se le parecía nada, pero sí en el gesto y en el ademán. La Naturaleza se permite a veces estos trabajos en ejemplares dobles.

Don Remigio, conscientemente, no sabía a lo que iba, pero su inconsciente sí que lo sabía: aquella segunda edición de Paloma era una mujer que se le ofrecía con la cual tenía la absoluta seguridad de que podría hacer lo que quisiera, sin exponerse a negativas ni a repudios de ninguna clase.

¡Iba a poseer a Paloma! Por fin iba a poseerla. No era ella misma, pero era una imitación bastante perfecta; y ya se sabe que, en este mundo, cuando no se puede poseer el original—en cuadros o en joyas—, se contenta uno con la imitación.

De pronto ella, como si quisiera hacerle descender de las nubes, le dijo:

—Oye, me darás un durito, ¿verdad?

Se quedó aterrado, aterrado de lo poco que le pedían. ¡Un duro! Pero ¿dónde iba a meterse él?

—No hija, te daré dos.

—Bueno.

También inconscientemente pensaba que subiendo el precio de la mercancía, subía el valor de ésta.

Se iban acercando. El tenía una vaga idea del sitio donde se dirigían. Sí. Allí, en tiempos, es decir, muy cerca de allí, hubo un urinario que era de los más concurridos de Madrid.

—Oye.

—¿Qué, rico?

—Tú me has pedido un duro, yo te he ofrecido dos.

—Sí guapo.

—Bueno, pues ahora te diré que te doy cinco si te prestas a todo lo que yo quiera.

Se cogió ella de su brazo.

—Claro que sí; mira, yo lo hago a la francesa, a la italiana, a...

—Bueno, calla; no es eso.

Era la exposición de todo un programa, la oferta clara de la mercancía, lo más ventajosamente posible.

—Vamos allá. Cuando estemos encerrados y solos yo te diré lo que tienes que hacer.

Llegaban ya. Entraron por una calle lóbrega a cuyo fondo se veían las luces del teatro. Olía a orines de una manera decidida.

Varias hetairas con tipo de criadas de servir venidas a menos, desgastaban los zapatos en la acera, esperando al cliente salvador, que acaso no llegaría en toda la noche. Lo del tipo de criadas de servir no está dicho a humo de pajas: muy cerca de allí había una casa cuyas pupilas eran en su mayoría criadas de servir, provisionalmente sin acomodo.

Don Remigio y su pareja doblaron una esquina y llegaron donde iban: el portal estaba obscuro y desierto; ante la puerta de la casa daban guardia dos mujeres poco atrayentes.

Subieron por una escalera alumbrada por una sola bombilla que debía padecer clorosis.

Una señora bastante gruesa les recibió en lo alto.

—Buenas noches.

—Buenas noches, señor.

—Hola, Teresona.

—Tienes libre la roja.

La roja era una habitación empapelada de ese color; don Remigio al verse en su puerta hizo un gesto instintivo de repugnancia. Olía allí a aire enrarecido y a zapatillas crónicas.

Pero entró.

Una toalla muy limpia colocada sobre un lavabo de hierro, le dió cierto ánimo. Además, él hubiera entrado allí y en una cueva.

Cerrada la puerta por dentro, tomó a la chica por los hombros y la colocó debajo de la luz; felizmente, aunque la bombilla no era de mucho poder, como la estancia era muy pequeña, alumbraba bastante.

—A ver, a ver...

El parecido no era tan exacto como a él se le había figurado en la calle; ésta era guapita, pero nada más: lo que sí había en ella era una evocación, es decir, que más que parecerse a la otra era una de esas personas a las que no se puede mirar sin acordarse de alguien, en este caso de Paloma.

—¿Qué me mira usted tanto? ¿No le gusto?

—Sí, hijita; sí. ¡Si tú supieras!

—¿Me parezco a alguien?

—Sí te pareces.

—¿A quién?

—A una persona que tú no conoces.

—Pero usted sí la debe conocer. Por eso me mira tanto.

—Claro que sí.

El pelo y la forma del peinado eran los mismos; los ojos también.

Iba mal vestidilla la pobre; con ropas que se veía que se recosía ella misma; medio limpia, pero con color de miseria.

Debía ser muy joven, pero estaba gastada, como usada por el prostíbulo.

—¿Cuántos años tienes?

—Veintitrés.

—Sí, ya sé que esa es la edad oficial de todas vosotras, pero tú no tienes todavía veintitrés años.

—Claro que no; como que tengo diez y ocho.

—Eso sí.

Sacó un billete de cinco duros.

—Toma: lo prometido.

—Muchas gracias.

—¿Cuánto te cuesta esta habitación?

—¿No vamos a estar más que un rato?

—Nada más.

—Entonces dos pesetas.

—Toma: dos, y una más para que se la des de propina a la criada. Y ahora desnúdate. Pero desnúdate totalmente.

De cuerpo estaba bien la chica.

Aquí el parecido con Paloma no tenía nada de particular: de igual estatura y de igual edad, la semejanza era casi obligada.

Esta tenía el pecho un poco más desarrollado.

Don Remigio la miraba con complacencia; le servía para su experimento.

—Ponte de rodillas.

Obedeció.

El no se había quitado más que el sombrero, que había dejado sobre la única silla que adornaba la estancia, pero con la copa hacia abajo, para evitar todo roce o contagio.

Y no pensaba quitarse nada más.

—Mira, pequeña, yo soy un hombre muy raro en estos casos: a lo mejor me oirás decirte una cosa que no entenderás; no te importe; tú llevame la corriente y contestame lo primero que se te ocurra.

—Bueno, bueno; usted no se preocupe.

—Lo primero que has de hacer es no llamarme de usted; eso es muy importante; llámame de tú, y llámame Remigio.

—¿Remigio?

—Sí. ¿Cómo te llamas tú?

—Adela.

—Bueno. Pues yo te voy a llamar Paloma. No te choque.

—No. Si me parece un nombre muy bonito.

—Pon los brazos en cruz.

Los puso.

Y desde aquel momento, al verla en aquella postura, el hombre se transfiguró. Un temblor semitrágico le invadió todo el cuerpo, y los ojos le empezaron a brillar de un modo siniestro; parecía querer, en un momento, vengarse de un agravio antiguo.

—Vamos a ver, pedazo de zorra, ¿por qué te niegas a acostarte conmigo?

—¿Yo?

—¡Contéstame!

Había tomado la toalla y, haciendo en su mitad un nudo, la había convertido en un buen vergajo.

Amagó con ella.

—Contéstame te digo; mira que si no...

—Pues...

—¿Pues qué?

—Que me he negado porque me das miedo.

—¿Miedo, eh? Y ¿miedo de qué?

—De que me hicieras daño.

—¡Estúpida!

Era aquel un diálogo un poco método Ollendorf: él sabía perfectamente lo que se decía, pero ella no percibía de las palabras más que el significado material. Era como dos señores que se pusieran a jugar a la pelota, pero uno de ellos con los ojos vendados.

—Fíjate bien en lo que te voy a decir—siempre con la toalla en alto, dispuesto a descargarla—, mien-

tras no me pidas, me supliques, que me acueste contigo, no lo haré. Anda, empieza.

La chica no tenía nada de tonta y se daba perfecta cuenta de lo que aquel señor quería. No era la primera vez que se veía en trance parecido: una vez un sujeto, joven aún, le exigió, a cambio de tres duros, que le limpiase el calzado concienzudamente: lo hizo, y después se enteró, por una casualidad, de que la mujer de aquél caprichoso se había escapado con un limpiabotas.

—Haz el favor de acostarte conmigo.

—¡No me da la gana! ¡Me das asco!

—Anda, hombre, no seas mala persona.

—Ah ¿me insultas encima? ¡Toma!

Le sacudió un zurriagazo que la hizo vacilar sobre sus rodillas.

—Perdóname.

—¡Que te perdone! En vez de perdonarte voy a castigarte aún más, Paloma. Besa el suelo veinte veces.

La chica obedeció con toda unción. Cinco duros dan mucho de sí.

—¡Paloma! ¿Por qué te llamarán así? Debieran darte el nombre de otro animal: ¡Zorra!

Y mientras se bajaba a besar el baldosín le sacudió otro toallazo en la espalda.

—Anda, rico, acuéstate conmigo; quiero que me... copules.

Claro que la chica no dijo eso, no era tan cursi. Nosotros lo ponemos así por respeto al lector.

—¡Que te copule tu padre! Tienes tú que hacer muchas cosas para ganarte eso.

—Pues dime lo que hay que hacer; estoy dispuesta a todo.

—Es que pobre de ti si no lo haces. Pero, vamos a verlo: contéstame con toda franqueza a esta pregunta: ¿tienes novio?

La chica guardó silencio. ¿Qué debía decir? Era un caso de adivinación del pensamiento. ¿Qué había de responder para contentar al de la toalla?

Fiándose a un cálculo de probabilidades un poco deleznable, respondió:

—No; novio no tengo.

Otro trallazo le cruzó esta vez el pecho.

—¿Por qué mientes con ese descaro? ¿Te crees que no lo sé? Tienes novio, ¡vaya si lo tienes!

—Sí señor, sí lo tengo.

—Y ¿le quieres mucho?

Nuevo conflicto. ¿Qué había que decir a aquello? Esta vez estuvo más acertada:

—No, no le quiero: yo a quien quiero es a ti.

Pareció humanizarse la bestia anciana.

—Bueno, pues, en vista de que me quieres tanto, ahora tú y yo nos vamos a acostar juntos, y lo vamos a hacer a la salud de tu novio.

—Eso, eso es lo que yo quiero. Anda, vamos a la cama.

—No, a la cama ńo.

Le inspiraba un asco invencible aquel lecho, con su ropa amarillenta y aquella almohada que parecía conservar el surco grasiento de cien cabezas humanas.

—No nos hace falta la cama para nada.

—Como tú quieras.

—Levántate. Yo me sentaré en esa silla...

Tampoco la sillita le inspiraba mucha confianza, pero no era cosa de hacerlo de pie, como los perros; luego dolían las piernas.

—Yo me siento ahí y tú te sientas encima de mí.

—Ah, muy bien; así se hace muy bien.

Y así lo hicieron.

Don Remigio se había puesto plenamente en forma; el excitante de la escena anterior hacía ya tiempo que había producido su efecto, y la chica vió y notó debajo de su cuerpo a un hombre, en toda la extensión de la palabra, que cumplía como los buenos.

El, por su parte, tuvo la satisfacción de ver que la imaginación respondía admirablemente, y, durante un momento—¡no dura más! ¡qué le vamos a hacer!—creyó tener en sus brazos a la propia Paloma, con sus tirabuzoncitos juguetones, que le cosquilleaban en la cara.

—¿Qué estará haciendo ahora tu novio?—preguntó a la chica en el momento álgido.

—Pues ya lo ves: en este momento, por lo pronto, está haciendo el cabrón.

¡Fué como una luminaria! ¡Qué acertada había estado la chica! Iba a tener que darle más propina.

Por un instante don Remigio volvió a sus veintiocho años.

Llevaba el bueno de don Remigio varios días muy preocupado.

Seguía queriendo mucho a Paloma, no aceptaba, ni en hipótesis, la idea de no verla más, pero ¿no estaría él aguantando demasiado con lo que aguantaba?

La muchacha iba tomando cada día más imperio sobre él. Imperio; no era otra la palabra. En su presencia le faltaba poco para echarse a temblar.

Se sentía disminuído, capado en su personalidad: sabía de sobra que cualquier atrocidad que a Paloma se le hubiera ocurrido pedirle la habría ejecutado. Y esta posibilidad del disparate era lo que le mantenía en un perpetuo estado de ansia, de terror.

Como oasis en su desierto había vuelto a buscar varias veces a la muchacha parecida a Paloma, y se había solazado con ella a su modo.

También había estado tres veces con Rosalía, la guapetona criada, en el mismo reservado del café del barrio de Salamanca.

Era puramente carnal aquello: la muchacha se mostraba cada vez más complaciente, más jugetona, pero la cosa no pasaba de ahí.

De ahí y de sacarle a don Remigio muy buenos billetes de veinte duros, que el hombre no regateaba.

En la última entrevista en que ella, ¡quién lo es-

perara! se le había revelado como una experta vampiresa... y no en el sentido cursi que el cine le ha dado a esta palabra, creyó notar don Remigio un algo muy sutil y muy en sus comienzos, pero que, después de todo, no tenía nada de particular que hubiera pasado por la mente de la criada.

Ese algo era la posibilidad de derrotar a la señorita y de sustituirla en el lecho, ya que no en el corazón de don Remigio.

La guapetona mujer tenía el suficiente talento natural—a más de unos pechos maravillosos—para no incurrir en la torpeza vulgar de hablarle mal de ella; al contrario, todo eran:

—Pero qué guapa es la señorita!

—Qué mona está con ese traje que acaba de estrenar.

—Y a ti te quiere, a pesar de todo.

Esto último procuraba recalcarlo.

Tanto, que ya una vez, él le había dicho:

—¿A pesar de qué? ¿A qué te refieres?

—Hombre, ya sabes; a la manera que tiene de tratarte; pocas veces está cariñosa contigo.

—¡Es verdad!

Y Rosalía, sin decir más, extremaba entonces sus caricias, sus mimos, sus picardías.

El contraste se presentaba él solo.

Una tarde, esperando don Remigio en el gabinete de casa de Paloma, que desde que vivía de hecho en la casa estaba más tiempo en la calle, oyó llamar al timbre.

—¿Quién será?

Tenía sentada a Rosalía sobre sus rodillas, aunque

estaban los dos muy sobre aviso, pues sabían que Paloma podía llegar de un momento a otro, casi sin avisar, abriendo con su llavín.

La muchacha se levantó y fué a abrir.

¡Oh, sorpresa! Era la señorita.

—Pues nada, que he perdido la llave—entró gritando—; no sé si ha sido aquí o en la calle, pero me parece que me la he debido dejar aquí.

Estaba nerviosa; aquella llave perdida debía tener por lo visto, para ella, mucha importancia.

Don Remigio acudió a consolarla.

—Cálmate, mujer, no te preocupes: ya aparecerá. Y si no aparece se hace otra y en paz.

—Sí, claro, tú todo lo arreglas así. ¡Estúpido!

—¡Mujer! No es para tanto...

—¡Tú qué sabes!

Rosalía, desde la cocina, oía aquel diálogo y se bañaba en agua de rosas.

Paloma entró en el cuarto de baño, dió un portazo y cerró por dentro. Sin duda iba a purificarse.

Don Remigio quedó en el pasillo, mohino y cabizbajo. Por mirar al suelo vió, en el ángulo del pavimento y la pared, cerca de la puerta del piso, un objeto que brillaba.

Se agachó a recogerlo: era la llave perdida.

Ya iba a gritar:

—Paloma, mira, no te preocupes, aquí está la llave.

Pero un tirón fuerte del instinto le hizo callarse y guardarse el llavín en el bolsillo.

¿Para qué? La cosa era aún muy vaga en su pen-

samiento: sólo sabía que aquel objeto perdido podía servirle para algo.

A la mañana siguiente, un cerrajero amigo suyo de la calle de las Hileras, recibía el encargo, a la vista de la llave, de confeciconar otra igual. Y dos días después el pisito de la calle de Juan Bravo tenía dos llaves.

—Paloma—dijo el hombre, representando una comedia—, ¿encontraste la llave?

—No: hay que encargar una a un cerrajero. Así no podemos estar.

—¿La has buscado bien?

—Sí, hombre, sí; por toda la casa.

—Pues yo he tenido más suerte que tú. Mírala aquí.

Y se la enseñaba, cogida con dos dedos.

—¡Ay! ¿Dónde estaba?

—Adivina.

—¡Qué sé yo!

—En el cuarto de baño; debajo de la bañera.

Fué tal la alegría que a Paloma produjo el hallazgo que, espontáneamente, se abrazó al cuello de su... protector y le dió un beso sonoro en cada mejilla.

La cosa le dejó a él, por lo inusitada, un poco melancólico; es decir, que la única vez que la engañaba se le ocurría acariciarlo. ¡Mujeres!

—Hay que ver—dijo la chica—. ¿Quién la habrá puesto allí? Debe haber brujas en esta casa.

—Sí. Y duendes.

Ya no pasó más.

Lo único que pasaron fueron cinco días. Don Re-

migio seguía con la llave nueva en el bolsillo y sin usarla para nada. Al llegar a casa por las tardes, o algunas mañanas, llamaba al timbre, como siempre: no quería levantar la caza.

Pero ¿qué caza?

El sabía que aquella llave diminuta había de servirle para algo, pero ignoraba en concreto para qué.

Desde luego tenía la convicción de que, con su ayuda, no iba a descubrir nada nuevo—en esto se equivocaba—, y sólo iba a confirmar lo ya sabido: que Paloma le engañaba, le toreaba y se reía de él.

Pero aun eso le servía de consuelo: convertir en evidencia la casi certeza, es cosa que gusta, aunque en esa evidencia vaya envuelto un berrinche tremendo.

La idea, vaga al principio, iba tomando forma en su cerebro; él entraría en el piso sin avisar, con ayuda de aquel llavín. Vería... lo que viese, y luego explicaría su entrada; se había encontrado la puerta entreabierta, dejada así por alguno al descuido.

Lo demás que ocurriese no quería preveerlo; ni quería pensar en ello.

Y en el fondo de su pensamiento, pero muy en el fondo, a parte de saciar su curiosidad, estaba el deseo de poseer un arma, de poder acusar, aunque sólo fuera para defenderse de tanta humillación, de poder decir a Paloma lo que aun no se había atrevido a decirle, a pesar de que le sobraban razones para ello.

—¿Ves cómo me engañas?

Sentía cierta curiosidad por oír lo que la nena contestaría a esa lamentación, en forma de pregunta.

No podía ni imaginárselo.

Y llegó el día de la sorpresa.

Don Remigio no quería dar el golpe en vano: llegar y que Paloma no estuviera en casa, o estuviera en ella, pero, rezando el rosario por ejemplo, además de grotesco, sería perfectamente inútil.

Además de que era levantar la caza, e impedir la repetición del golpe.

Y se daba ese caso paradójico, tan frecuente en la vida de los cornudos, del hombre que desea sorprender aunque luego se desespere a la vista de la inmundicia sorprendida.

Entre los muchos planes que hizo, eligió uno, por parecerle el mejor: a primera hora de la tarde mandaría una carta a Paloma avisándole de que por no encontrarse del todo bien, se quedaba en la cama todo el día y, por lo tanto, no podía ir a verla.

Luego esperaría su hora de siempre y, al pasar por la portería tendría muy buen cuidado de preguntar a la portera:

—¿Sabe usted si la señorita está arriba?

Si la respuesta era afirmativa subiría, abriría el piso con mucho cuidado y entraría.

Después.... Lo que había de hacer después no lo tenía pensado, y además dependía de lo que dispusiese la Divina Providencia.

Y así lo hizo.

Esperó todo el día, haciendo su vida ordinaria, y, ya bien caída la tarde, se dirigió a la calle de Juan Bravo.

Llevaba esa preocupación impaciente de la persona que va a realizar un acto que puede ser definitivo en su vida, pero que no quiere dejar de realizarlo.

Llegó a la casa. La portera le saludó muy atentamente, como siempre; aunque era mujer muy a la devoción de la señorita Paloma, a la que tapaba muchas cosas, no quería ni podía ignorar que don Remigio era el que pagaba y el amo, aunque sólo fuera oficialmente, de todo allá arriba.

—¿Ha visto usted subir a la señorita?

—Sí, señor; ya hace un rato que está arriba.

—Muy bien. Muchas gracias y hasta luego.

—¡Vaya con Dios el señor!

Más no quiso preguntarle, porque sabía de sobra que, si había *algo más,* la portera no se lo diría.

Subió la escalera despacio, recreándose en la seguridad de que ahora ya no podía escapársele lo que fuera, pues la única vía de retirada era aquella.

No se cruzó con nadie en la escalera: no quiso utilizar el ascensor. El ruido de su parada podría ser una cierta señal de alarma, y además, si daba la casualidad de que *alguien* bajaba en aquel momento, quería tener la satisfacción, un poco... macabra, de cruzarse con él en el camino.

Ante la puerta del piso se detuvo. ¿Qué habría detrás de ella? Se le ocurrió la burlona idea de que aquella era la puerta de un toril y que él la iba a traspasar bufando.

Pero no podía estar allí mucho tiempo, podía bajar alguien y sorprenderle allí espiando y tratando de entrar silenciosamente como un ladrón.

Metió la diminuta llave en el saliente de metal; la puerta cedió y abrió casi sin ruido. Con sumo cuidado, para que no lo hiciera, la volvió a cerrar desde dentro.

En la cocina no había nadie, pues no se veía luz en ella; Rosalía estaba seguramente en la calle.

De todas las habitaciones del piso, pequeño, solo del montante de una salía un resplandor: era la alcoba de Paloma, aquella estancia en la que a él casi le estaba prohibida la entrada y donde ahora ella, confiada en la carta que le había enviado, le estaba, por lo visto, toreando.

Fué allí, andando de puntillas.

Con tal de que no hubieran cerrado por dentro... No era probable. ¿Para qué?

Escuchó. En concreto, no se oía nada: sólo un leve jadeo atestiguaba que la persona que estaba allí no estaba sola.

Se detuvo antes de abrir. ¿Qué se iba a encontrar? Y, de pronto, le vino a la mente una idea, algo en que, hasta entonces, no había pensado: ¿si el novio de Paloma, al verse sorprendido intentase defenderse?

La cosa era posible, pero no le importaba; don Remigio no era cobarde más que delante de Paloma, y ahora no estaba aún delante de ella, aunque sólo le separaba de la chica un trozo de madera.

¡Adentro!

Ahora ya sin la preocupación del ruido, abrió esta puerta.

A un lado de ella, ocultando casi toda la estancia, había un biombo, y detrás de él estaba el lecho; el hombre, con cierta sorna, pasó la cabeza por el lado del trasto que no pegaba a la pared, y dijo:

—Muy buenas tardes.

Pero, a poco no pudo terminar la frase, tal fué su asombro.

Porque allí no había nada de lo que él esperaba encontrar y sorprender, tanto, que el verdaderamente sorprendido fué él. Es decir, algo de lo esperado sí había: en la cama estaba, en efecto Paloma, pero, encima de ella, aplastándola casi con el peso de sus carnes robustas, estaba Rosalía, la hermosota criada.

Las dos estaban completamente desnudas. ¡El cuadro era soberbio!

La moza, además de estrujar con una de sus manazas uno de los atisbos pectorales de la pequeña, había introducido en su propia boca uño de sus tirabuzones y lo degustaba y masticaba como si fuese una golosina.

Fué lástima que el grupo escultórico se descompusiese enseguida. Rosalía, de un salto, abandonó su puesto y quedó sentada en la cama al lado de Paloma, mientras decía, con voz ronca:

—¡¡El señorito!!

La pequeña se incorporó también y, roja de ira, increpó al intruso.

—¿Por dónde has entrado?

Pero él casi no podía hablar: tan absorto le había dejado la escena.

—¡Dime por dónde has entrado, imbécil!—insistió ella.

—¿Por dónde voy a entrar? Por la puerta.

—¿Por la puerta?

—Claro, estaba entreabierta; ¿para qué iba a llamar?

—¿Entreabierta?

Esto se lo preguntaron simultáneamente las dos mujeres, mirándose con ansiedad.

—Claro que sí; al entrar una de vosotras la habrá dejado así sin darse cuenta. ¿Qué tiene de particular?

Paloma se alzó de la cama y, toda desnuda, vino hacia él, hecha un basilisco, como si se lo fuera a comer.

—¿Y si yo te dijese que te marchases ahora mismo de esta casa y no volvieras más, qué tendría de particular?

—¿Por qué dices eso?

—¡Cómo que por qué! ¿Es que crees que voy a consentir que me vigiles, que me espíes, como si yo fuera una cualquiera? Como si no tuviera bastante con soportar tus babas, y tus besos, que parecen escupitajos.

—¡Paloma!

—¡Señorita! No se ponga usted así.

Don Remigio se volvió a Rosalía que, ya fuera del lecho, se había tapado el pecho con un trapo cualquiera.

—¿Por qué la llamas ahora de usted? Me figuro que cuando estabas frotándote con ella ahí encima, haciendo marranadas, no la tratarías así.

—¡Basta! ¡Estúpido! Aquí el único marrano eres tú.

—Pero...

—¡Basta, digo! Has entrado aquí como un ladrón y nos has visto jugando inocentemente, porque estábamos muy aburridas. Eso es todo. ¿O es que te hubiera gustado más encontrarme ahí en la cama con un hombre?

—¡Por Dios, nena...!

—Yo creo que sí, porque tú has nacido para cabrón, y no eres más que eso: ¡un grandísimo cabrón!

Empezó a patear, a tirar por el suelo los pocos muebles que había en la alcoba, a apretar los puños y a rechinar los dientes.

—¡Yo te juro que la primera vez que entres como has entrado ahora me verás ahí revolcándome con un hombre!

—¡No digas sandeces!

—¿Sandeces? Tú mismo lo has de ver.

Rosalía, prudentemente, se había eclipsado y había ido a vestirse a su alcoba.

Para don Remigio la cosa se había puesto un poco fea: Paloma se enfurecía cada vez más, y parecía que iba a pegarle o por lo menos a arrojarse a su rostro y llenárselo de arañazos. Se creyó en el caso de pedir una tregua.

—Bueno, mujer, cálmate.

—¡Que me calme! ¡No me da la gana! Y luego, esa villanía de mandarme esta mañana una carta diciendo que no vendrías, para luego plantarte aquí.

—No hay villanía. Estaba malo cuando te escribí,

luego me he puesto mejor y no he querido que pasara el día sin verte.

—¡Qué lástima!

—Claro que si hubiera sabido lo que me iba a encontrar...

—Mira, no empieces otra vez. ¿Qué te has encontrado? Estábamos de broma, jugando un poco. Eso lo hacen todas las mujeres. Yo creí que lo sabías, y no veo por qué la cosa te ha de molestar.

Don Remigio empezaba a vacilar.

Hubo un silencio.

Paloma empezó a vestirse.

—Anda, salte de aquí. Aunque lo mejor sería que te fueses a la calle.

—Eso no.

—¿Eso no? Pues te advierto que hoy voy a estar para pocas bromas. Me has puesto de un humor...

El hombre, en realidad, estaba en el trance de la persona que espera un mal mayor y se encuentra con otro menor; en su alma había un relativo consuelo.

—Bueno mujer, bueno. Vamos a hablar de otra cosa.

—¡Cá!

—Yo, por mi parte ya lo he olvidado.

—¡Tú sí! ¡Qué rico! Pero el berrinche que me has hecho pasar no te lo perdono.

—¿Y si yo te pido que me perdones?

Paloma se lo quedó mirando un rato: había en su mirada más desprecio que ira.

—Que te perdone... Luego reconoces haber obrado mal.

—¿Quieres que lo reconozca así?

—Es lo primero que tienes que hacer, si quieres que vuelva a dirigirte la palabra.

—Bueno, mujer, pues lo reconozco.

La muchacha había acabado de vestirse, es decir, de colocarse sobre sus carnes adorables un sencillo pijama ruso, muy obscuro, que le daba aspecto de chiquillo que llevara el pelo un poco largo.

—Pero no te das cuenta de una cosa.

—Tú dirás.

—De que no me has ofendido solamente a mí: has ofendido y has insultado a Rosalía.

—¡Bah!

—¿Cómo que bah? De modo que encima de que la pobre muchacha se presta a distraerme un rato, sin malicia alguna, la insultas y poco menos que la echas de aquí.

—Yo no he echado a nadie.

—Eso tendrás que decírselo a ella: la conozco mejor que tú y sé que es muy suspicaz. Mucho me temo que se despida y se marche de la casa. Es lo único que me faltaba, quedarme aquí sola.

—No creo que sea para tanto.

—Tendrás que convencerla de eso, de que no es para tanto.

—¿Tú lo quieres?

—Claro que lo quiero.

—Bueno mujer, bueno.

—Tienes que pedirle perdón.

—¡Perdón! ¡Es una criada!

—Es una persona, una mujer y, además, una buena amiga mía; de modo que tú verás lo que haces.

—Bueno, acabemos...

—Anda, llámala.

—Lo hago únicamente por darte gusto.

—Tú llámala.

Don Remigio, cordero siempre, abrió la puerta que daba al pasillo:

—Rosalía... Haga usted el favor.

Acudió la moza.

—El señorito va a pedirte perdón.

—¿A mí?

—Sí, a ti; a mí ya me lo ha pedido, aunque todavía no se lo ne dado: tengo que poner mis condiciones.

La criada se llenó de dignidad y de altivez.

—Perdóneme usted, Rosalía, antes acaso he estado un poco violento, pero la sorpresa... Hágase ustëd cuenta de que no le he dicho nada.

Con un tono de voz que era casi un insulto, le dijo la muchacha, volviéndole la espalda:

—A mí lo que me ha molestado es que me haya usted visto desnuda.

El cinismo de tal frase no era más que un cinismo a medias, pues si resultaba cierto que ella y él se habían refocilado ampliamente en el famoso reservado del café, no lo era menos que tales revuelcos habían tenido siempre lugar sin que ella se desnudase, y así, había parajes de su cuerpo que don Remigio no conocía más que, si acaso, por el tacto.

—Ya supondrá usted que yo no me he fijado en nada. ¡Para eso estaba yo!

—Sí, pero siempre la que pierde es una.

—Bueno, no se hable más.

Paloma acababa de concebir una idea diabólica y empezaba a ejecutarla; había echado un brazo por el cuello a su criada y la había atraído hacia sí.

—¿Tú le has perdonado? ¿Verdad?

—Desde luego.

Dijo esto con supremo desdén.

—Pues yo todavía no. Tengo que imponer mis condiciones.

—¿Cuáles son?

—Antes de decírtelas necesito saber si las aceptas.

—Desde luego, mujer, desde luego.

—Te advierto que si te vuelves atrás, no me ves más el pelo en lo que te quede de vida.

—No me vuelvo atrás.

—Muy bien, pues empecemos; en primer lugar, yo no soy tan buena como ésta; a mí el perdón se me pide de rodillas.

Hubo una pausa.

—¿No me has oído?

—Sí.

—¿Y por qué no me obedeces?

—¿Qué es lo que quieres?

—Que te pongas de rodillas.

Se arrodilló casi en el centro de la estancia.

—Así. Y así has de permanecer hasta que yo te diga que te levantes: veas lo que veas y pase lo que pase aquí.

Esto último lo recalcó muchísimo.

—Bueno mujer, descuida.

—Ahora tú—a Rosalía—, desnúdate.

—¿Otra vez?

—Claro que sí. Hay que darle una lección a este estúpido, y además, demostrarle que lo que estábamos haciendo no era ningún delito.

Y, para dar ejemplo, mientras hablaba, se había

quitado el pijama y había quedado otra vez completamente desnuda.

Se tendió en la cama e invitó a Rosalía a hacer lo mismo.

—Anda ven, guapa; como si estuviéramos solas.

—Pero, delante del señorito, me va a dar mucha vergüenza.

—No mujer, no te preocupes—le dijo él—; es un capricho de la señorita, obedécela.

Al hombre le temblaba la voz. Desde que se había puesto de rodillas y adivinaba lo que allí iba a pasar —para lo cual no hacía falta ser muy lince—, se había olvidado de todo: de la sorpresa, del disgusto, de la humillación a que Paloma le sometía, y no pensaba más que en el espectáculo magnífico que allí se le iba a ofrecer.

El no era un romántico, aunque su pasión por la muchacha sí pareciera cosa de romanticismo; era, ante todo un gozador, un amante de las cosas sabrosas y ¡lo que allí se preparaba vaya si tenía sabor!

Era magnífico el contraste entre aquellos dos cuerpos: el de Paloma casi de efebo, con formas poco más que iniciadas, y el de Rosalía macizo, pleno, sobrante de robustez; el de la nena blanco, de un blancor de azucena, y el de la mujer moreno, de un color caliente, como el de algunos panes de pueblo.

Ahora que, frágil la una y potente la otra, no se sabía quién ponía más fuego y más calor en la faena que ya se había iniciado. La nena ocupaba la parte baja del grupo, prisionera de la otra, pero prisionera con mucho gusto, a juzgar por los suspiros de satisfacción que muy pronto empezó a dar.

Lo de Rosalía no eran suspiros, eran rugidos.

Don Remigio estaba gozando *un porción* con todo aquello. En eso la pequeña se había equivocado de plano queriendo humillarle y, por tanto, mortificarle. Tal había sido el propósito de Paloma al obligarle a presenciar sus retozos con la guapetona criada.

Y procedía así por instinto, el cual le decía que en eso de la humillación se iba siempre en escala descendente: ahora la veía en el catre con otra mujer y se aguantaba; más adelante la vería en trance idéntico con un hombre... y se aguantaría también.

Así, por grados, le haría descender hasta donde quisiera.

Pero Paloma ignoraba aún ese elemental principio de Psicología con arreglo al cual una sensación mayor borra en absoluto a otra menor; aquí la cachondería borraba a la dignidad.

Don Remigio, viendo a aquellas dos fieras comerse y amarse, estaba pasando un buen rato.

Y ni siquiera se daba cuenta de que le empezaban a doler las rodillas.

Cuando las dos lobas terminaron la faena, vinieron a él y, como si se hubieran puesto de acuerdo, le levantaron, le empujaron al pasillo, a la escalera dsepués y diciéndole:

—¡Ahora, vete!

Cerraron de un golpe la puerta del piso.


B
CH

Doña Gloria estaba un poco indignada con su cliente Remigio.

A la ilustre dama le sobraban razones para ello, porque el buen señor, que antes era cliente casi diario de su casa, desde que, gracias a ella, había enchufado plenamente con Paloma, no había vuelto a aparecer por allí.

Le había, eso sí, pagado ampliamente la comisión ofrecida, pero... no era eso, no era eso. Doña Gloria no se resignaba a perder uń cliente de la clase y categoría de aquel buen hombre, ya que, en esa pérdida, a parte la razón económica, había una romántica y sentimental, que, en el ánimo de una alcahueta sueie ser cosa muy importante.

Era preciso volver al redil a la oveja descarriada: estaba empeñada en ello, a más de su bolsillo, su dignidad, y doña Gloria, mujer de grandes recursos, como sabe el lector, no iba a ahogarse en este caso.

Y claro es que no se ahogó.

Escribió una carta a don Remigio y se la dirigió al Casino. La misiva decía así:

"Ingrato amigo. Con las glorias se te van las memorias. ¿Cuánto tiempo hace que no vienes por casa? ¿Tan mal me he portado contigo?

"Necesito verte aunque sólo sea un cuarto de hora, es decir... el tiempo que te deje libre tu *paloma,* que ya sé que te tiene atado muy corto.

"Tengo a la mujer más bonita de Madrid: la ha puesto en mis manos la bendita casualidad, y te la ofrezco a ti antes que a nadie; es rubia, tiene veinticuatro años, y un novio formal con el que se va a casar dentro de un mes.

"Esto último no es un camelo: es cosa completamente auténtica. Es empleada del Metro y dice que quiere divertirse hasta la víspera de la boda..., yo me figuro que también lo seguirá haciendo después.

"Conque tú dirás. Te espero, y si no vienes pronto, la rubita novia se la llevará otro.

"Tu buena amiga, que te espera para darte un tirón de orejas,

"Gloria."

Don Remigio fué. ¿Cómo iba él a perderse aquello, y más en aquellos días, que tan amargado estaba?

En realidad, no se explicaba cómo había dejado transcurrir tanto tiempo sin volver por aquella simpática casa. Y una tarde de enero, antes de ir al piso de Juan Bravo, se dejó caer por el falansterio de la calle de Castelló.

La dueña de él le recibió con los brazos abiertos... y al final de ellos unas uñas muy afiladas.

—¡Golfo! ¡Más que golfo! Yo sabía que lo eras, pero no creí que lo fueras tanto. ¿Tan mal me he portado contigo para que me olvides de ese modo?

—Mujer, si es que no sabes cómo ando.

—¿Qué? ¿Qué tal te va con la pequeña? Por ahí dice la gente que te vas a casar con ella.

—¡Mujer! No estoy tan loco.

—Sí debes estarlo, sí; a juzgar por lo que me han contado. Pero ¡en fin! yo tengo la culpa: yo te la proporcioné.

—Y no te arrepientas, Gloria; yo, al menos, no me arrepiento. Paloma me hace sufrir mucho, es verdad, pero yo la quiero aún más de lo que ella me hace sufrir. Desde luego, sin ella no podría vivir, estoy convencido.

—Así me gusta. Aun hay hombres así.

—Bueno, pero, cambiemos el disco. ¿Dónde está ese asombro de mujer?

—Ahora vendrá; la estoy esperando. Y haces bien en llamarla asombro. Tú sabes si yo he visto mujeres guapas en mis ya muchos años.

—¡Digo!

—Bueno, pues yo no he visto ninguna más bonita que esta.

—¡Vamos! ¡Ya será menos!

—Que no, Remigio. De cara es un pasmo.

—¿Y de cuerpo?

—De cuerpo está muy bien, pero en fin, cuerpos como el suyo gracias a Dios hay varios. Es la cara, ¡esa cara!

—Ya sabes que a mí no me gustan las rubias.

—Esta sí te gusta. Yo te digo que...

Sonó un timbre lejano.

—Ahí la tienes.

—¿Es ella?

—Seguro.

Al muy poco tiempo se abrió la puerta del gabinetito en que estaban los dos y apareció en ella la interfecta.

¡Y qué interfecta! Doña Gloria no había hiperbolizado nada. Todo en su cabeza era bonito: el cabello, de un rubio miel de ensueño, el color del cutis casi transparente, los ojos, de un azul cielo claro en el que no fuera posible una nube, la boca, muy roja y muy blanca, y perfecta de línea. ¡El conjunto de la faz, que era algo indescriptible y supremamente adorable!

Sonrió, sonrojóse un poco al ver a don Remigio, y avanzó hacia doña Gloria, cimbreando un poco el cuerpo.

Las dos hembras se besaron.

—Buenas tardes, guapa—le dijo la celestina.

—Muy buenas, doña Gloria.

—¡Doña Gloria! No hay quien la haga llamarme Gloria a secas... Mira; voy a presentarte a mi mejor amigo, que es el hombre más simpático y más bueno que hay en Madrid.

Don Remigio se puso de pie. Estaba absorto en la contemplación de aquella maravilla; no sabía qué decir. Por fin, estrechándola la mano, dijo:

—¿Y una muchacha así pica billetes en el Metro?

—Qué quiere usted...

—Poco tiempo le queda que picarlos—dijo doña Gloria—, hasta que se case.

—Pero ¿es verdad que se casa usted, criatura?

—Sí, señor. ¿Le choca?

—Chocarme no. Me apena.

—¡Bah!

—Una mujer como usted no debiera casarse.

—¿Por qué?

—Porque no debe someterse al dominio de ningún hombre.

—¿Y quién le ha dicho a usted que yo me voy a someter al dominio de mi marido?

—Eso quiere decir que no se casa usted enamorada de él.

—Pues... acaso no me crea usted, pero le quiero bastante.

—Es posible...

—Otilia es una mujer que no piensa como las demás—dijo la celestina, queriendo explicar la contradicción.

—Ya lo veo.

Cuando después, encerrados ya la muchacha y don Remigio en una de las lujosas alcobas de la casa, intimaron lo suficiente, con esa intimidad que crea entre hombre y mujer el hecho de verse en pelota, Otilia, siguiendo la conversación anterior, dijo a él:

—Y no crea usted que me caso con un hombre viejo o feo: tiene treinta y un año y mire usted...

Buscó el bolsito de mano y extrajo de él el retrato de un pollo bastante guapo, con todo su pelo y cierto aire de chulo de postín.

—Haréis muy buena pareja. Y... ¿no temes que algún día llegue a enterarse...?

—Ya procuraré yo que no se entere. Lo único que sabe, porque se lo he dicho yo misma desde un principio, es que...

—¿Qué?

—Que no se lleva una primicia. Vamos, que no es él el primero.

—¡Ah! ¡Vamos!

En el lecho, aquella monada no era una maestra, ni mucho menos. Tan no lo era, que Remigio pensó si no vendría a casa de doña Gloria para entrenarse, para adquirir cierta maestría y no hacer el ridículo la noche de su boda.

Pero no: no era por ello por lo que venía la guapísima rubia a casa de doña Gloria, y pensaba seguir viniendo. Ella misma explicó a su amigo de aquellos momentos la razón de su conducta, que *acaso* alguno encontrase censurable.

—Me caso con un hombre muy mujeriego, de mucha historia, que ha corrido mucho y que yo sé, porque no soy tonta del todo, que después de ser mi marido, seguirá corriendo: y, francamente, quiero estar, antes y después de la boda, en las mismas condiciones que él. Creo que es el único modo de que podamos ser felices.

Don Remigio, que, en cuestión de mujeres, había visto y oído muchas cosas en este mundo, no se había encontrado nunca ante un caso tan estrafalario de psicologra femenina como este.

... ...

Al salir de casa de doña Gloria se encaminó a la de Paloma; iba un poco tarde, pero la cosa no le preocupaba mucho.

Le detuvo la portera:

—No hay nadie arriba, señorito, pero me han dejado la llave por si quiere usted subir.

Le chocó mucho la cosa. Era la primera vez que ocurría.

Subió.

La casa, en efecto, estaba vacía. Encima de una silla del gabinetito de espera, y colocada de modo que fuera muy visible, había una carta para él.

No decía más que lo siguiente:

"Mientras tú te revuelcas con esa cursi de Otilia, con la que vas bien servido, pues tiene unas purgaciones concentradas, vitalicias y de origen africano, yo me marcho para siempre con el único hombre a quien quiero en el mundo, con mi novio, que tiene cuarenta años menos que tú.

No me volverás a ver en tu vida, ¡grandísimo asqueroso!

Te regalo los muebles del piso.

Paloma."

¡Pobre don Remigio!

El golpe era de los de gracia. Con la carta en la mano, sin osar hacer nada, se quedó como extático, sin más dinamismo que el necesario para pensar, eso sí, con una celeridad inusitada.

De aquellas líneas había una que se le había enroscado a la garganta, oprimiéndosela, como una sierpe: "No me volverás a ver en tu vida..."

Aquello no podía ser; y no sería, porque de ser así, la vida de don Remigio se acabaría y ¡claro es! ya no habría caso.

Esta idea de no aceptar como inevitable lo que no podía serlo, compartía en el cerebro de don Remigio su imperio con esta otra:

—Pero ¿cómo se habrá enterado de mi estancia y revuelco en casa de Gloria? Y, sobre todo, ¿cómo se había enterado tan pronto?

Una sospecha, vaga al principio, fué tomando cuerpo en su mente: ¿no estaría él siendo víctima de todos?

Que los padres de Paloma andaban en el ajo y estaban perfectamente al corriente de todas las andanzas de su hija era cosa para él indudable. Desde el asunto de la famosa letra el no verlo habría sido, más que ceguera, imbecilidad, pero ¿no entraría tam-

bién en la conjura contra él la propia Gloria? ¿Quién si no ella podía haber avisado, y sobre todo avisado tan pronto a Paloma de la flamante infidelidad de su amigo?

Ello tenía que ser, a menos que se admitiese el imperio de alguna casualidad rarísima.

Pero ¿Gloria en contra suya?... La cosa era violenta, pero no imposible: el oficio de alcahueta no es oficio que lleve derechamente a los altares, y se nutre casi todo él de esas infidelidades a lo que pomposamente se llama la amistad.

Entonces... Todos contra él—en ese *todos* metía también a Rosalía la criada—, y don Remigio sólo contra todos; solo con su dinero: y ese dinero era, precisamente, el que tenía la culpa de todo, pues si el hombre no hubiera tenido dinero nadie se habría preocupado de conjurarse en contra suya.

¿Qué hacer?

Don Remigio, desde luego, no se resignaba con aquel abandono; la mocosa, en el poco tiempo transcurrido no podía haber ido muy lejos: de Madrid no era fácil que hubiera salido.

¿Iría a casa de doña Gloria?... ¿Para qué? La celestina, aun en el supuesto de que supiera algo, lo negaría todo, pues otra cosa habría sido confesar su complicidad.

¿No sería más práctico encaminarse a la taberna? Pero ahora no, a la hora de la cena. Claro que él no podía presentarse allí diciendo tranquilamente a los dueños:

—Vengo a que me den ustedes noticias de su hija.

Ello hubiera sido lo lógico, pero el convencionalismo de la vida impedía obrar así. Ahora que un secreto instinto le decía que en la taberna, mientras comía, podía enterarse de algo.

Puede que la cosa le costase firmar alguna otra letra, pero don Remigio en aquel momento desesperado hubiera firmado muchas cosas con tal de no perder a su pequeña... como seguía llamándola con el pensamiento.

Sí, era lo mejor. A la taberna. Allí la había conocido, allí la había deseado; allí debía ser donde la reconquistase.

Salió de la casa, después de guardarse cuidadosamente la carta. Ya vería en qué mataba el tiempo hasta la hora de ir allí.

Al bajar por la escalera iba pensando en que lo mejor era no darse por enterado con la portera: allí no había pasado nada: tiempo habría de que pasase... si tenía que pasar.

En el hueco de la puerta de su cobijo estaba la portera de pie, y apoyada contra el marco, manos a la espalda: no era costumbre en ella ponerse así: parecía estar a la espera, o más bien al acecho.

—¿Otra más que sabía?—pensó don Remigio.

Y aunque había pensado subir sin decir nada varió al punto de opinión.

—Oiga usted...

—Dígame el señor.

—¿A qué hora se ha marchado hoy la señorita?

—Yo no la he visto salir, pero...

—Pero ¿qué?

—Rosalía, la muchacha, bajó hace un rato y me dijo que la señorita se había marchado.

—Y ¿no le dijo a usted nada más?

—No, señor.

—Bueno, bueno, está bien.

Y se fué a la calle.

¡Cómplice! No le cabía duda. Cómplice también la portera.

Bueno, le era igual. A él, lo único que le interesaba era no perder a Paloma: y si para ello tenía que luchar contra todos, su dinero le ayudaría.

¡Su dinero! Nunca le había dado tanta importancia como ahora: qué arma poderosa era, arma que a él, cercano a los sesenta años, sin ninguna de las condiciones físicas necesarias para seducir, vejado, humillado por una mujer que por la edad, muy bien podía ser su nieta, le iba a permitir salir vencedor de aquella misma mujer y de toda la gentuza que le rodeaba.

Porque no admitía la duda: él saldría vencedor de aquello. Ni Paloma se le escaparía, ni dejaría de verla mientras alentase. ¡El dinero! Mucho tenía aún, y muy poca vida le quedaba, lógicamente pensando; y, con aquella gran claridad de pensamiento que le había dado el dolor—no hay nada que despeje tanto los sentidos—, don Remigio se daba cuenta de su verdadera situación.

Recordaba otros episodios de su vida amorosa: como aquella vez que recién heredado de su padre, consiguió, con solo dar cinco mil pesetas a tiempo, que una mujer honrada, que iba a casarse al día siguiente, dejara de serlo por una noche, que, en

aquellas circunstancias, era como dejar de serlo para toda la vida.

Ahora el dinero le iba a servir también. ¿Cómo? No lo sabía a punto fijo: lo importante era tener el arma; lo de menos era la forma en que ese arma había de usarse.

Deseando estaba que llegase la hora de ir a la taberna.

Salió de la casa y, a pie, iba ya cerca de la calle de Serrano cuando, al pasar cerca de un taxis que con el alquila bajo, había al borde de la acera, oyó que le llamaban.

—Señorito... Don Remigio...

Se detuvo primero y se acercó después.

—¿Quién es?

Una voz de mujer le contestó desde dentro:

—Soy yo: suba usted.

Era Rosalía.

El hombre subió. El auto echó a andar.

—¿Dónde vamos?—preguntó el mecánico.

—¿Dónde?—dijo él a la criada.

—Donde tú quieras.

Y dió él el nombre del café de sus primeras citas.

—Pero, cuéntame...

—Calla hombre ¡por Dios! Paloma está loca.

—Yo lo que quiero saber es cómo se ha enterado de que yo he estado en casa de Gloria.

—Porque te han visto entrar.

—Pero... ¿quién me ha visto?

—Pues su... bueno, yo no sé si hago bien en hablar.

—Sí, mujer, sí, haces bien. Sobre que si hablas con franqueza no te pesará, yo quiero ya saber si tú estás en contra o a favor mío.

—¿Qué quiere decir eso?

—Que desconfío ya de todo el mundo, Rosalía.

—¿También de mí?

—No lo sé: y eso es lo que quisiera: saberlo.

—Pues no creo que...

—Yo me he portado bien contigo: al menos eso me parece.

—¿Y yo no?

—Hasta ahora sí.

—Porque no creo que le concedas importancia a la tontería esa de haberme encontrado el otro día jugando con Paloma en la cama.

—Eso ya lo he olvidado.

—Entonces...

—Vamos a ver, dime lo que me ibas a decir: ¿quién me ha visto entrar en la casa de la calle de Castelló?

—Pues... el muchacho ese que dice ella que es su novio.

—Ya.

—¿No le conoces?

—¡Sí le conozco! De vista ¡pero le conozco!

—Pues ése. Y le ha faltado tiempo para ir con el cuento a la señorita.

—Luego ha estado en casa esta tarde.

—Claro que ha estado: hace una hora.

—Y no es la primera vez que va. ¿Verdad?

—Claro es que no es la primera vez. Pero ¡por Dios! que no se sepa por mí.

—Descuida.

—Ellos se ven a diario.

—Me lo figuraba. Y hoy es que ¿me ha visto por casualidad?

—¡Ca! Te está espiando y siguiendo a todas partes, desde hace unos días, por encargo de la señorita.

—Y eso ¿para qué?

—¡Qué sé yo!

Claro que si don Remigio hubiera tenido en aquella ocasión tranquilo el espíritu, y por lo tanto el cerebro, se hubiera dicho:

—Bien está que ese pollo me haya visto entrar en casa de doña Gloria, pero ¿cómo sabe el nombre de la mujer con quien yo he estado? ¡Porque eso no se ve desde la calle!

No pensó en eso. Era su sino.

Llegaban al café.

—Bueno y ¿dónde ha ido la señorita?

—Ah, eso no lo sé.

—¿Cómo que no lo sabes?

—De verdad que no.

—Pero ¿a ti qué te ha dicho?

—Al despedirse de mí me ha dicho que dentro de tres o cuatro días me avisará a mi casa para que nos veamos. Ella, desde luego, ha salido de casa con el pollo.

—¿Y tú no sospechas dónde puede haber ido?

—¡Qué se yo!

—¿No habrá ido a casa de sus padres?

—No lo creo.

—¿Por qué?

—Porque está a matar con ellos.

Habían dejado el taxis y habían penetrado en el reservado que generalmente les servía de nido provisional a sus trapicheos. Apenas solos en él, Rosalía, muy melosa y cachonda, se agarró al cuello de don Remigio y, restregándose contra él y casi metiéndole la lengua en la boca, le fué diciendo:

—Pero no te apures tonto, no te preocupes así: ya daremos con ella: puesto que sin ella no puedes vivir, yo te ayudaré a buscarla. Pero ahora vamos a estar, tú y yo aquí un rato a lo nuestro: verás cómo no lo pasas del todo mal.

—Sí, mujer, sí, pero es que yo no sé si...

—No te pido más que la olvides durante media hora. Anda, ven.

Y, echos una pelota los dos, cayeron en el diván que allí había.

Don Remigio olvidó en efecto, aunque acaso su olvido no fuera total. Ella, como nunca, estuvo hecha una leona; no hubo caricia que omitiese, ni movimiento de que no se mostrase pródiga. El le había tomado cariño a uno de los pechos de ella y no lo soltaba ni para arreglarse la corbata.

Cuando la moza le vió vencido, con ese vencimiento agradable que proporciona siempre la riada del placer—aquí fué un modesto riachuelo, pero fué —le dijo, sin soltarle, y aun debajo de él:

—Pues sí, les buscaremos y seguramente llegaremos a tiempo de evitar la tontería que ella quiere hacer.

—¿Tontería?

—Hombre, a mí por lo menos, me lo parece. ¿Qué necesidad tiene ella, a su edad, de atarse de ese modo?

—Pero ¿qué es lo que quiere hacer?

—Casarse con él.

—¿Con quién?

—Con el pollo ese.

Ahora don Remigio rompió todos los lazos carnales que le unían con aquella mujer: de un salto, todo lo rápido que le permitía su edad, quedó sentado en el diván y, después de arreglarse un poco la ropa, dijo, con voz muy opaca, y mirando muy fijamente al suelo:

—¡Casarse! Pero entonces sí que la pierdo para siempre.

—¡Bah! No sé por qué. ¿No te has acostado tú nunca en tu vida con una mujer casada? ¡Pocas habrán sido!

—Sí, pero, no es eso, no es eso...

—Caray, no te preocupes así. Ya siento haberte dicho nada.

—Bueno, pero... ¿tú, cómo sabes...?

—Ya hace algún tiempo que viene ella hablando de eso.

—¿Y hasta ahora no has podido decírmelo? ¿Ves cómo no me eres fiel?

—Hombre, yo...

—¿Ves cómo tú también estás en contra mía?

—¡No digas eso! Dime lo que quieres que haga para ayudarte y verás cómo lo hago.

—Lo primero decirme dónde están.

—Eso no lo sé. ¡Palabra!

—¡Bueno!

—Lo que sí te prometo es que en cuanto Paloma me avise, como dijo que iba a hacerlo dentro de tres o cuatro días, te aviso yo a ti.

—Bueno, mujer. ¿Dónde te veo?

Le dió las señas de una casa de la calle de Buenavista donde provisionalmente, vivía ella con una hermana suya.

—Puedes ir allí cuando quieras, y a la hora que quieras. Mi hermana es muy simpática.

Mientras salían a la calle y tomaban otro taxis, don Remigio iba diciendo para sí:

—¡El matrimonio! ¡Qué institución más antipática!

Ella le dejaba hablar. Aquel pequeño desahogo estaba dentro de su plan.

Claro que don Remigio fué aquella noche a la taberna.

Tiempo hacía que no la visitaba. Como el tenor de *La Bruja* pudo cantar:

"Todo está igual,
parece que fué ayer
el día en que partí..."

No fué ayer, pero fué anteayer; no había pues razón para que las cosas hubieran cambiado mucho.

El padre de Paloma, que parecía tener una curda de regular tamaño, le acogió con júbilo, pero sin mostrar la menor sorpresa.

—Dichosos los ojos, señor.

—Dichosos los míos. ¿Qué hay por esta casa?

—Lo que usted traiga. ¿Va usted a cenar?

—Si quisiera...

—Pues andando.

A don Remigio, en el breve tiempo transcurrido desde que se separó de Rosalía le había invadido una gran tranquilidad: era como una seguridad de que aquella fuga de Paloma no era más que un episodio pasajero y que al cabo de él, la oveja descarriada volvería al redil, después de haber retozado un poco.

Ahora, sentado ya a la mesa, mientras esperaba la cena, se planteaba la duda siguiente: ¿debía él preguntar allí por la pequeña? Si no preguntaba parecía que era darse por enterado de la fuga, y si preguntaba ¿con qué pretexto iba a hacerlo?

—¿Cómo tanto tiempo sin venir por aquí?

—He estado fuera.

—Pues aquí estamos como siempre.

—¿Va bien el negocio?

—¡Por Dios, señor! Mire: cuente usted las mesas que hay vacías. Esto, estando lleno a las horas de las comidas, rinde escasamente para defender el negocio, pero en cuanto falta eso, ya no hay medio de poder defenderse.

¿Estaría preparando aquel sujeto la firma de otra letrita?

—Todo está malo, es verdad. ¿Quién tiene la culpa? Puede que no lo sepa nadie: yo no creo en la mala fe, pero sí creo que por desidia, por no ver las cosas más que por un lado, alguien nos está haciendo mucho daño a todos. ¿La política? No creo que sea culpa solo de la política; lo que pasa es que ésta como los niños en casa, carga con todas las culpas.

—Es verdad, es verdad...

—Hay miedo, mucho miedo: el dinero es miedoso en todas partes, pero en España más que en parte alguna. Y las cobardías se pagan.

¿Para qué hablaba él de todo eso? Para no estar callado con aquel hombre; pero maldito si le importaba nada de tales cuestiones, sobre todo en es-

tos momentos. Sus preocupaciones iban por otro lado.

Por lo visto el padre de Paloma pensaba también lo mismo.

—¿Para qué estaremos hablando de esto? Y este señor, ¿por qué no me pregunta por mi hija?

El era un hombre algo rectilíneo, y desde luego estaba decidido, si el otro no hablaba, a ser él quien abordase la cuestión. Aunque, en realidad, no había cuestión: no había más que una noticieja que él pensaba dejar caer como una bomba cuando llegase el momento oportuno.

—¿Están buenas esas lentejas?

—Están de primera.

—Pues ese jamón con tomate que le voy a traer luego también está para tirarlo a los perros.

—No crea que tengo mucho apetito.

—Ya sabe que el apetito viene comiendo.

—Sí.

La conversación languidecía. Ninguno de aquellos dos hombres hablaba de lo que quería hablar; pero tampoco ninguno quería ser el primero en plantear el tema.

Era una lucha sorda, a ver cuál de los dos, en ella, obtenía mayores ventajas.

El dueño de la tasca iba y venía, atendiendo—o fingiendo atender—a los demás parroquianos: en realidad, hoy, a él no le interesaba más que uno.

Don Remigio, por su parte, mientras comía y bebía un poco maquinalmente, iba pensando:

—La chica no está aquí: ello es evidente. Si se ha escapado con el novio no va a venir con él a casa

de sus padres: éstos tienen bastante poca vergüenza, pero, *por lo mismo,* saben que a los desvergonzados que quieren vivir de su propia desvergüenza, hay ciertas apariencias que les conviene guardar.

Se echó al cuerpo un trago de Valdepeñas tinto. Los sentidos se le aclaraban poco a poco.

—Todo esto es una cábala montada contra mí. ¿Está el novio de acuerdo con los padres? Expresamente no: por la tácita, sí. ¡Qué gran ayuda es, en un caso de éstos, un mocoso así! Yo, un viejo—; porque lo soy: ya lo sé!—encaprichado de una chica que puede ser mi nieta, y está enamorada, o cosa así, de un pollo virginal, que es el arma que usa para vencerme.

Otro trago de Valdepeñas.

—¿Qué se propone Paloma? ¿Qué quiere hacer de mí? ¿Hasta dónde quiere llegar?

Don Remigio, que era un hombre relativamente culto, no había visto nunca representar, sin embargo, la ópera "Manón", de Puccini: únicamente había oído la de Massenet. En la del músico italiano había un momento en que el tenor le preguntaba a la tiple eso mismo que él se preguntaba ahora, aunque cambiando el nombre de Paloma por el de Manón.

—En el obscuro futuro, Manón, ¿qué te propones hacer de mí?

Hay que tener en cuenta que cuando el tenor le pregunta eso a la tiple, ya ha sido por ella chulo, cabrón y estafador. ¿Se puede llegar a más... o, mejor dicho, a menos? Por lo visto sí: se puede llegar a editor en suspensión de pagos.

Don Remigio—y continuaba *in mente* el paralelo—había sido ya, por Paloma, consentido, humillado, burlado, toreado y enviado al corral. ¿Qué más quería hacer con él la apetitosa muchacha?

—Me quedan—se decía—, poniéndonos en las buenas, unos diez años de vida: ¿qué infierno hará de esos años esa mocosa? Porque de que hará lo que quiera, de eso no me queda a mí la menor duda. ¿Es que quiere mi dinero? Yo se lo doy...

Pero, no: Paloma quería algo más: quería prostituirle, envilecerle.

Como respondiendo a sus pensamientos, el padre le dijo, a tiempo que se sentaba de nuevo ante él:

—¿Sabe usted que la pequeña se nos casa?

—¡Ah!

—Sí. Se casa con un muchacho que está empleado en la telefónica.

—Y... ¿cuándo?

—Quieren casarse el mes que viene.

Tres días pasaron.

En ellos, don Remigio no quiso volver por la calle de Juan Bravo.

¿Para qué?

La casa vacía era seguro que aumentaba su melancolía, a más de que siempre resultaba un poco ridículo a los ojos de la portera, verle entrar y salir en una casa en la que ya se sabía que no moraba nadie.

Toda su esperanza, su única esperanza, estaba cifrada en el aviso de Rosalía; y no porque él creyese que la jocunda doméstica era un asombro de fidelidad, sino porque al separarse de ella, tres días antes, había tenido la sabia inspiración de depositar cincuenta duros en su bolso de mano, y de ofrecerle otros cincuenta para el día en que le diese alguna noticia concreta del paradero de la pájara fugada.

Al volver a su casa—vivía en Fernández de la Hoz—el cuarto día, la portera le entregó una carta. Era de Rosalía, y decía así, en una nube de barbarismos:

"Querido Remijio: Lla tengo notisias.

"A las seis de ésta tarde iré al café que saves. Hesperamé ayí y lo savras todo.

"Tulla que te quiere

"Ros."

Líneas breves, pero que le dañaron la vista, con su conjunto de vestialidades ¡digo bestialidades! ortográficas.

¡Qué bien había hecho en esperar! Por fin iba a saber... Sí, pero, ¿qué era lo que iba a saber?

¿Desengaño? ¿Nueva ilusión? ¿Olvido de lo pasado?

Muy largas le parecían las horas que faltaban hasta las seis de la tarde... pero por fin llegaron las cinco y media y don Remigio se encaminó al café vetusto del barrio de Salamanca.

Se dirigió al reservado donde acostumbraba a entrevistarse con Rosalía y al ir a empujar la puerta, que estaba entreabierta, vió que la muy... doméstica estabá muy acaramelada con un camarero joven, de pelo ondulado y rostro de granuja, que no era precisamente el que de ordinario les servía.

La cosa no había pasado a mayores—ya se ha dicho que la puerta estaba entreabierta—, pero él de pie y ella sentada, no había entre los dos más distancia que la que media entre las dos paredes de un bocadillo de jamón—¡o de chorizo, si ustedes prefieren!—y una de las manos de él se perdía en pectorales exploraciones que a ella le producían mucha risa.

En otras circunstancias la cosa le hubiera molestado: ahora don Remigio apenas paró mientes en ello. ¡Qué verdad es que baza mayor quita menor!

El camarero, al verle, se separó, y le dijo, muy respetuoso:

—Buenas tardes, señor.

Ella no se inmutó más que de un modo muy relativo: al quedar solos le dijo:

—Resulta que este muchacho es paisano mío y yo no lo sabía.

El, con un gesto, le hizo ver que la cosa no le preocupaba lo más mínimo. Cerró la puerta.

—Bueno, dime lo que sepas.

—He hablado con ella esta mañana.

—Luego ¿no se habían ido de Madrid?

—Claro que no. Han estado en casa de una tía de él, que vive en la Guindalera.

—¿Y qué?

—¿Cómo que y qué?

—Que qué te ha dicho: qué piensa hacer.

—Pues lo están arreglando todo para casarse el mes que viene; lo que yo te dije el otro día.

—Bueno pero ¿por qué?

—¿Cómo que por qué?

—Que por qué se casa. ¿Qué necesidad tiene esa chica de casarse? ¿Es que va a estar mejor que conmigo?

—Ay, eso no digas: una mujer, como mejor está es casada. Ya sabes el refrán.

—No. ¿Qué refrán?

—Más vale un mal marido que un buen querido.

—¡Pero ese refrán es una estupidez!

—No, no.

Era la mentalidad de nuestra mujeres. Ya podían unos gobernantes, que parecen vivir en la luna, implantar el divorcio, suprimir el adulterio como delito, boycotear, en suma, el matrimonio clásico: el noventa y nueve por ciento de nuestras hembras, sin

distinción de clases, seguiría pensando que ese matrimonio es para ellas la mejor solución. Sin perjuicio de adornar después la frente del marido, siempre que la ocasión se presentase.

—¿No te ha hablado de mí?—preguntó él.

—No.

—Y tú ¿no le has dicho que nos hemos visto?

—¡No, por Dios! Y si tú hablas con ella no le digas una palabra .

—¡Si yo hablo con ella! Pero...

—¿Qué?

Don Remigio estaba tembloroso.

—¿Es que... puedo hablar con ella?

Rosalía no contestó en seguida: hizo diversos aspavientos, miró a todas partes, como para cerciorarse de que no había ocultos espías que la vigilasen, y cuando estuvo relativamente tranquila, habló así:

—Mira Remigio: yo quiero servirte; quiero demostrate que en este caso, has hecho mal en desconfiar de mí. Pero tienes que prometerme muy en serio que no has de decirle a Paloma una palabra.

—¿De qué?

—De que he sido yo la que te he puesto sobre su pista.

—¡Mujer, por Dios! Esas advertencias no tienes que hacérmelas: yo no soy una portera chismosa.

—Bueno. Pues mira: ahora mismo, dentro de media hora, puedes, si quieres, hablar con Paloma. ¡Quién sabe! Puede que si tú la hablas la hagas desistir de la idea esa del matrimonio.

—Puede. ¿Dónde está?

—Donde he hablado yo con ella esta mañana, porque ella misma me citó allí.

—Pero ¿dónde es?

—No puedes figurártelo.

—Por eso te lo pregunto.

—Pues en su casa: es decir, en tu casa.

—¿Cómo?

—Sí, hombre: en la calle de Juan Bravo.

—Pero... ¿cómo ha vuelto allí?

—El primer día no fué: al segundo, se plantó allí, y se enteró por la portera de que tú no habías vuelto ni habías tomado acuerdo alguno con respecto a la casa. Y, como ella sigue teniendo la llave.. pues allí la tienes.

—¿Y estará allí ahora?

—Claro que sí.

—Y si yo voy ¿podré verla?

—¿Quién te lo va a impedir?

Don Remigio se puso de pie. Rosalía, un poco despechada, no pudo reprimir una exclamación, que casi la vendía.

—¡Ahí va! ¡Pero cómo sois los hombres!

Claro que él, para dulcificar un poco la violencia de la marcha tuvo muy buen cuidado de depositar en sus manos otros cincuenta duros. Y, casi sin despedirse, salió.

Iba radiante.

Ya decía él que aquello iba a ser una tempestad en un vaso de agua. Casi un juego. La oveja descarriada había vuelto al redil, y aun antes de lo que él se imaginara. ¡Cuatro días! Eso no era nada: evi-

dentemente, todo había sido una travesura para, al final de ella, dominarle aún más.

No le importaba. El contento de volverla a ver de... lamerle el pelo de la cabeza, si ella le dejaba, le hacía olvidarlo todo. ¡Y pensar que al principio la creyó perdida de verdad! Hubiera sido el final de su vida.

¡Qué demonio de chica! Llegó a la casa y se metió en el ascensor, preparado ya a aceptar todas las condiciones que ella quisiera imponerle para la reconciliación.

Rosalía no le había engañado: había luz en el piso. Abrió, con el llavín que se había hecho fabricar, y fué a la alcoba, donde también había luz.

En la cama, muy juntos los dos, y muy despreocupados, estaban Paloma y su novio, el joven de pelo ondulado.

Era la misma escena de Rosalía y Paloma, repetida ahora con una agravante: la del sexo del cuerpo humano que servía de pareja.

Además, ahora, de las tres personas que había en la alcoba, sólo una parecía realmente sorprendida: don Remigio. Las otras dos parecía que le estaban esperando y hasta que su llegada les libraba de esa inquietud que hay siempre en toda espera.

Fué ella la primera que habló.

—Hola hombre: creí que te habías olvidado ya del camino de esta casa.

—¡Paloma!

—¡A ver! Cuatro días sin venir...

Don Remigio se encaró con el pollo, que no se había movido.

—Y usted ¿qué hace aquí?

—¡Anda! ¡Tiene gracia la pregunta! Yo creo que un hombre que se va a casar con una mujer dentro de quince días tiene derecho a retozar un poco con ella.

—Sí, pero está usted en mi casa, y estos muebles son míos.

—No son esas mis noticias.

—¿Cómo que no?

—Esta casa y estos muebles son de esta señorita.

Eso era verdad.

Paloma, que no hacía el menor ademán de ir a moverse del lecho, intervino despectiva.

—Mira Remigio, no hagas más el ridículo y marchate a la calle: yo ya no tengo nada que ver contigo, y en cambio este hombre va a ser mi marido...

—Pero no lo es todavía, Paloma.

—Eso a ti no debe importarte; de modo que márchate y déjanos en paz. No tienes ningún derecho a entrar aquí, de modo que vete por las buenas; a menos que quieras que avise a la policía.

—No habrá caso. Desde luego me voy, pero quiero antes, con permiso de aquí, de tu... marido, dejar liquidado este asunto entre nosotros.

—¿Liquidado? No tenemos nada que liquidar.

—Sí, Paloma, sí, convéncete; y puede que no salgas perdiendo nada en esa liquidación.

Entonces el pollo se incorporó en el lecho, y con tono que quería ser sarcástico, le dijo:

—¿Es que le va usted a dar dinero para la boda?

—Ella, no sé, pero usted, estoy seguro que lo aceptaría.

—¡Oiga usted, viejo baboso! ¡Yo soy más decente que toda su familia de usted cincuenta veces!

Y casi se echó fuera de la cama.

Ella le impuso silencio.

—¡Calla tú!... Y déjame sola con él. A éste lo arreglo yo en cinco minutos, y verás como nos deja en paz.

El pollo fué a vestirse al cuarto de baño.

Don Remigio, al verse solo con Paloma, cayó de rodillas ante la cama y se echó a llorar.

—¡Vaya! La has cogido meona, hijo. Pues yo tengo pocas ganas de murga hoy.

—¡Paloma! ¡Paloma! Pero ¿es posible? Pero ¿es verdad?

—¿El qué?

—Todo eso que acabas de decir: que estás dispuesta a casarte con él.

—¡Ay qué gracioso! Como qué te creerás tú que yo he nacido para estar viviendo contigo toda la vida, como una golfa cualquiera y sin que nadie me mire a la cara. No, hijo, no. Quiero ser mujer de mi casa: como lo es mi madre, como lo son las demás.

—Pero ¿a quién se le ha ocurrido esa idea del matrimonio?

—¿A quién se le va a ocurrir? A él. Me lo propuso, y me pareció muy bien. No es que le quiera a cegar, pero el ser casada y decente siempre nos gusta a las mujeres.

—¿Y por qué no me dijiste nada?

—Tú ya tienes bastante con los zorrones galicosos que te disfrutas en casa de doña Gloria.

—¡Ay que ver! No me lo perdonarás nunca.

—Seguro que no.

—Un devaneo sin importancia, harto ya de tus desprecios...

—Muy bien; pues sigue así. Dentro de poco tendrás que ir a la consulta de San Juan de Dios.

—Bien sabes tú que si tú quisieras...

—Si yo quisiera ¿qué?

—No iría a ninguna parte a buscar a nadie.

—Me tiene sin cuidado. Y ahora dime lo que te-

nías que decirme, porque Emilio ya estará vestido y me debe estar esperando.

—¿Se llama Emilio?

—Sí. ¿No te gusta el nombre?

—El que no me gusta es él: no es hombre para ti. Con él vas a ser muy desgraciada.

—Pero estaré en mi casa, tendré un marido.

—Y tú ¿a eso lo sacrificas todo?

—¡Sacrificar! Pero ¿qué es lo que sacrifico yo, quieres decirme?

—Conmigo no te faltaría nada, bien lo sabes.

—Dinero, ya lo sé.

—Dinero y todo lo que tú quisieras.

—Todo no.

—¿A qué te refieres?

—A lo que este hombre me va a dar: su nombre.

—¡Su nombre!

—Sí, sí.

Llamaron a la puerta de la alcoba.

—¿Qué quieres?

—¡Qué he de querer! Pasar. Me parece que ya habéis tenido bastante tiempo para... liquidar.

Aquel hombre hablaba siempre con sorna. Paloma le hizo pasar.

—Mira, vete a eso: yo te espero aquí.

—Sí que me voy. ¡Pa estar aquí haciendo el canelo! ¡Que aproveche, don Remigio!

El aludido ni le contestó.

—Oye, vuelve pronto.

—Ya veremos.

Volvieron a quedar solos don Remigio y Paloma.

—Vamos a ver: ¿tú te crees que si ese hombre

te quisiera, aunque solo fuera un poco te iba a dejar aquí sola conmigo?

—¡Bah!

—No, mujer, no: abre los ojos. Ese hombre no te quiere.

—¡Y a mí qué me importa!

—Pues si es así ¿por qué te casas con él?

—Por casarme. Ya te lo he dicho.

Hubo un silencio, que se prolongó bastante. Si cada uno de ellos hubiera podido leer el pensamiento del otro se habría quedado asombrado. Por fin habló él, con voz un poco siniestra.

—Y ¿dónde os casáis?

—En la iglesia de San Andrés. Ya hemos dado los pasos.

—Y ¿cuándo?

—Para el mes que viene.

—Y... ¿de qué vais a vivir?

—Dios dirá.

—Te advierto que Dios, a veces...

—¿Qué?

—Se calla.

—Bueno, pues ya saldremos por algún lado.

—De modo que tú lo que quieres es casarte.

—Claro.

—¿Estás decidida a ello?

—Decididísima.

—Bueno mujer, bueno.

Otra pausa.

Al cabo de ella, don Remigio, que había terminado por sentarse con cierta timidez en el borde de la

cama, alzó la cabeza, y mirando muy fijamente a la chica en los ojos le dijo:

—Paloma: yo no me opongo a que te cases.

—Y si te opones...

—No sólo no me opongo sino que estoy dispuesto a ayudarte en la boda.

—¿Ayudarme?

—Paloma.

—¿Qué?

—¿Quieres casarte conmigo?

FIN DE LA SEGUNDA PARTE

TERCERA PARTE

LA FELIZ PAREJA

La noticia fué una bomba explosiva en ciertos medios donde se recluta y se feria el amor: el gobierno, ese gobierno de notabilidades que nos regía, había decidido suprimir la prostitución como quien extirpa un callo o saca una muela.

Por lo menos eso creían los señores del Gobierno o las personas que les aconsejaban y se les imponían: que la prostitución se borra de la vida de un pueblo como se borra una mancha con el auxilio de la bencina.

Señores de biblioteca y de vida casera ,que han andado mucho por las nubes pero poco por la vida, la mayoría de los que ahora gobernaban España, con muy buena fe en muchos casos, sabían de eso de la prostitución lo que habían leído en unos libros muy pesados, escritos, generalmente, por gentes también muy metidas en casa y atiborrados de estadísticas.

Y si hay algo en el mundo—hay muchas cosas—que no se aprende sólo en los libros, es esto de la prostitución.

La cosa se había hecho un poco a la sordina: seis días antes nadie hablaba de ello, y de pronto salió en la *Gaceta,* que es, indiscutiblemente, el primer periódico humorístico español, el ukase disponiendo que a partir de la fecha equis, ninguna mujer que

no estuviese casada o viviese con un hombre, podía ejercer el oficio de feriante del amor, bajo penas de una severidad... que era para troncharse de risa.

Así: como en el Canadá. O como creen algunos que ocurre en el Canadá, porque no han visto este país, por ejemplo, más que en película.

En el clásico y casi histórico café de la calle de Peligros, verdadera Bolsa del amor desde los tiempos en que Sagasta tenía novia, se oyeron comentarios muy sabrosos a la divertida disposición del Gobierno.

Lola la *Puntillas,* que reinaba en su mesa cercana a la puerta durante cinco horas todos los días, se expresaba así:

—Es decir, que la mujer casada, la de verdadero postín, esa podrá seguir recibiendo en su casa de lujo a quien le dé la gana, porque en eso no se podrá meter la policía: y en cambio nosotras, las infelices, las callejeras que tenemos que aguantar el frío de las noches de invierno y el bochorno de las de verano y pasamos al mes tres o cuatro veladas en la Comisaría, esas a cambiar de oficio, es decir, a morirnos de hambre.

Adela, la malagueña, era más optimista.

—Déjalo, chica: en cambio nos veremos libres de la pejiguera de la cartilla y además podremos salir a la calle a la hora que nos dé la gana sin que nos puedan detener.

Y objetaba Nieves, *la Suspiros:*

—Sí, pero salir a la calle ¿para qué? Para que en cuanto le guiñemos un ojo a un gachó o le sonria-

mos a un pollo, nos cojan y nos manden a... Villa Cisneros.

—No será tanto.

—¿Que no? En los primeros tiempos ya verás.

—Sí, chica, sí: no conoces tú a estos sociólogos.

—¿Qué quiere decir eso?—Preguntó, ingenuamente, María, la mulata, punto fuerte también de aquella feria amorosa del célebre café.

—Yo no sé, chica: mi novio me ha dicho que éste es un gobierno de sociólogos. ¡Y pone una cara de asco para decirlo!

—Lo que yo digo es que el día en que eso rija ¿de qué vamos a vivir los miles de mujeres que ahora en Madrid, mal que bien, vivimos de esto?

—Pues ya lo sabes, hija: obreras paradas.

—¡Por si había pocas!

—Y ¿qué quieres?

Y un señor muy serio que ocupaba una mesa cercana, dijo en voz alta, y como resumiendo el debate:

—Yo lo que me pregunto es ¿qué tendrá que ver la República con todo esto?

Al punto le rodearon unos murmullos de aprobación.

¡Pobre República!

Sólo de verse mezclada con estas cosas debía sufrir mucho la infeliz.

Lo gracioso del caso era que algunos escritores de buena fe, sin enterarse y tomando, como de costumbre, el rábano por las hojas, echaban las campanas al vuelo:

—¡El cierre de las mancebías! ¡La esclavitud de la inujer! ¡El amor mercenario!...

Todos estos lugares comunes sonaban bastante bien, pero no tenían más que el son. El cierre de los prostíbulos... ¡Si no se tratase más que de eso! Ya se iban cerrando poco a poco en Madrid, sin violencias ni ridiculeces legislativas, si no por el cambio de las costumbres; proporcionalmente al número de habitantes, que es como hay que ver estas cosas, el número de casas era hoy mucho menos que hace veinte años.

La mujer llamada pública se iba aficionando a vivir por su cuenta; la que podía se instalaba en un piso, modesto generalmente, otras vivían en una pensión, con absoluta libertad para entrar y salir, limitándose a acudir a la casa de citas, horno de su pan.

Lógicamente, al cabo de muy poco tiempo, el problema del cierre de los prostíbulos se habría resuelto solo.

Pero los sociólogos no sabían una palabra de todo esto: verdaderos caimanes para la acumulación de sueldos, que es su especialidad, nada que sea problema vivo de la calle llega hasta ellos.

Ahora habían ideado lo de la persecución de la prostituta, lo de la supresión del derecho del hombre al libre y momentáneo retozo. Era inútil: no podrían con ello.

Lo único que conseguirían era crear una nueva cosa clandestina, pero la cosa seguiría. ¡Qué afán!

Claro es que la culpa era de las propias prostitutas: si se hubieran sindicado a tiempo, como alguien les propuso...

La ceremonia tuvo lugar, en efecto, como estaba previsto, en la iglesia de San Andrés.

La fecha también fué la prevista: lo único que había variado era el novio: en vez de Emilio fué don Remigio.

Este hombre, tan bueno como débil, que en fuerza de debilidades iba dejando de ser hombre, estuvo luchando durante unos días entre su miedo al ridículo y la voluntad tozuda y caprichoza de Paloma que, por lo visto, lo que quería era sumirlo en el ridículo precisamente.

El quería una ceremonia sencilla, simple, lo puramente indispensable: ella quería algo solemne, de ruido, casi de grandeza.

Las cinco de la mañana—era en el invierno—habría sido la hora ideal para él: la chica quería la de las doce, que es cuando hay más gente por la calle; por fin se acordó la de las diez.

Pero donde hubo más lucha fué en la cuestión de indumentaria: el chaqué y el sombrero de copa fueron la obsesión del noble anciano desde que Paloma exigió que fuese disfrazado así.

—Pero mujer, yo no tengo costumbre de llevar el tubo: me lo habré puesto hasta mis buenas tres veces en toda mi vida.

—¡Costumbre! ¡Costumbre! Nadie tiene costumbre de eso, como no sea el tío de los cacahuetes. Yo tampoco tengo costumbre de casarme y sin embargo, ya ves, me voy a casar.

Era un argumento muy femenino.

—Mujer, yo creo que una elegante americana de trencilla..

—¡Calla! Tú lo que quisieras es casarte en pijama.

Si don Remigio hubiera tenido el don de la réplica habría contestado que para lo que se hace generalmente en una boda al salir de la iglesia, el pijama no es ningún indumento raro.

El lector, que conoce sus clásicos, sabe que don Remigio fué a la boda de chaqué y tubo. Ella fué de blanco y con una cantidad de azahar esparcida por todo su cuerpo, tan respetable, que más que como símbolo parecía que iba a usarlo como antiespasmódico.

La oposición del novio a este vestuario fué asaz liviana: como insinuase la conveniencia de que Paloma se arrodillase ante el altar con un traje negro y sin reminiscencia alguna naranjil, la chica, puesta en jarras ante él como pudiera ponerse una pantera —si una pantera pudiera ponerse así—le colocó el siguiente madrigal:

—¡Oye, cabrón! ¿Te has acostado tú alguna vez conmigo? Pues entonces ¿por qué no puedo llevar el azahar?

—Mujer, si yo no digo que...

—¡Cuántas novias irán al matrimonio tan limpias como yo! Tú no has hecho más que besarme.

Y no se habló más del asunto.

La entrevistá de los padres de Paloma con el novio fué algo que rayó muy cerca de los límites de lo épico.

Tuvo lugar en el pisito de la calle de Juan Bravo, y la madre, que se echó a llorar al comienzo de la entrevista, no abrió la boca más que para decir al que iba a ser su yerno:

—Hijo, hijo mío.

Eso sí, se lo dijo sus buenas cincuenta veces.

El padre estuvo más expresivo y contundente.

—Esta hija nuestra ha sido un poco loca ¿sabe usted? pero, en el fondo, es más buena que un desayuno escolar. Si usted le sabe llegar a ese fondo, pues que han hecho ustedes, los dos, su suerte. Nosotros no le vamos a pedir a usted na pa ella ni pa nosotros, lo único que...

—-Yo doto a Paloma—interrumpió el novio—en treinta mil duros.

—Muy bien. Como si quiere usted que sea en sesenta mil: nosotros no hemos de meternos en eso. Nosotros lo único que queremos es su felicidad. Somos viejos, y, a nuestra muerte, como no tenemos más hijo que ella, pues quiere decirse que la taberna y los cuatro cuartejos que dejemos serán para ella, es decir, para ustedes.

—¿Dónde estarán mis huesos cuando ustedes se mueran?—pensó, sin decirlo, don Remigio.

—Yo lo que quiero—continuaba el padre—es que ustedes sean muy felices. Y, pueden serlo, sí señor; la chica le aprecia a usted...

Ya sabía el futuro marido a qué atenerse respecto a eso.

—...le aprecia a usted y usted también la aprecia a ella.

—No es que la aprecio, es que la quiero con toda mi alma, es que no podría vivir sin ella. Por eso me caso.

Estuvo a punto de decir:

—Por eso paso por todo lo que voy a pasar.

Pero no lo dijo.

—Y eso de que usted le lleve unos cuantos años...

—¿Unos cuantos? Diga usted más bien que puede ser mi nieta.

—Pues no le importe: le hablo con toda franqueza: a mí me hubiera molestado mucho que mi hija se casase con un pollo de esos qu ese creen muy bonitos y que se creen también que se lo merecen todo. No, no: pollos en salsa, como yo les llamo. A mí, francamente, me dan asco.

Don Remigio quiso desahogarse un poco.

—¿Ha hablado usted con su hija de eso?

—¿De qué?

—De eso de los pollos en salsa.

—¿Por qué?

—Porque puede que a ella no le den tanto asco como a usted.

—¡Bah! Eso lo dice usted porque le han contado algún chisme, estoy seguro. Un consejo: no haga usted caso de chismes, don Remigio; Paloma es buena.

—Si no hago caso, hombre, si no hago caso. La prueba es que me voy a casar.


B
O
CH

—Y puede usted hacerlo con la frente muy alta.

Ahora sí que el novio tuvo que morderse los labios para no decir:

—No hablemos de eso de la frente: se lo suplico.

Al final de aquella conversación la madre de Paloma se abrazó, llorando, a su futuro yerno y le dijo, entre sollozos:

—Hijo mío, dos hijos tengo ya.

—Pero uno de ellos tiene lo menos quince años más que la madre, señora.

—Eso no tiene nada que ver. ¡Dejarás de ser mi hijo!

—Como usted quiera.

La escritura de dote de Paloma se firmó al día siguiente, y el padre de Paloma lanzó un suspiro de satisfacción. No cabe duda que, en ocasiones, un hijo, y sobre todo una hija, puede ser una finca.

Llegó el día de la boda. No acudió a ella mucha gente, con gran alegría de don Remigio y un poquitín de fastidio por parte de Paloma. Pero entre la poca gente que acudió estaba Emilio, el verdadero novio de la contrayente.

Figuraba, claro está, como uno del público, y durante casi toda la ceremonia tuvo la prudencia de estar medio escondido detrás de una de las pilastras del templo.

Terminada aquélla, y cuando los ya casados salían, cogidos del brazo, hacia la calle, Paloma, al pasar relativamente cerca del pollo, le lanzó una mirada con la que parecía quererle decir:

—Hasta ahora.

En el piso alto de la taberna, donde habitaban los padres de Paloma, se había organizado un pequeño festival para después de la ceremonia.

La hora era propicia al desayuno, las once de la mañana, en un sitio como Madrid, donde hay gente que cena a las doce de la noche. No se trataba de nada servido por Lhardy: la base del ágape la formaban los churros, el aguardiente de moras, el chocolate, unas rosquillas de Fuenlabrada y un café con leche que parecía agua de colada.

Los invitados no eran muchos: la familia y algunos pocos más entre los que estaba Rosalía, la guapetona criada de la novia, que también había estado en la iglesia. Vestía de negro, un traje de circunstancias, muy ceñido al pecho, cuyas dos bolas macizas parecían querer estallar.

A don Remigio, en medio de su calma melancólica, situación de ánimo muy frecuente en el que nada espera y sabe que está ya sumido en lo irremediable, le consolaba un poco la vista de la muchacha: después de todo, si Paloma le engañaba a él con Emilio ella engañaba a Paloma con Rosalía. Era un consuelo... aunque relativo.

Don Remigio se tomó una copa de aguardiente de

moras y se fué a un rincón con el que ya era su suegro. Rosalía se acercó.

—Don Remigio, ¿me deja usted a Paloma durante un cuarto de hora?

—¿Cómo que si te la dejo?

—En el piso de arriba hay unos paisanos míos que quieren verla en traje de novia, y como les da vergüenza bajar aquí pues voy a subir con ella un momento.

—Bueno, mujer, supongo que esos paisanos tuyos no le quitarán ningún pedazo.

—Y bien que no; en seguida volvemos.

Tomó a Paloma del brazo y salieron a la escalera.

No tenía que decirle donde iban: de sobra lo sabía ella. Bajaron a la calle y doblaron su primera esquina: allí esperaba un taxis.

—Va a retratarse—dijo Rosalía a los curiosos que había a la puerta.

¡Cosa más natural! Resultaba un poco raro que no la acompañase el novio, ya marido, pero, después de todo no había por qué dar explicaciones a nadie.

En el taxis no fueron muy lejos: cerca de la calle de Toledo, en una casa de dos pisos, y en uno de estos dos pisos, vivía una amiga íntima y *confidente* de Rosalía: allí esperaba Emilio que allí había ido directamente desde la iglesia.

Y es que Paloma era mujer de palabra y venía a cumplir una que había dado.

Al formalizarse lo de la boda con don Remigio dijo al pollo:

—Yo te prometo que, antes de quitarme el traje

de boda, me acuesto contigo, aunque sólo sean diez minutos.

Lo suficiente.

Y venía a cumplir lo prometido.

—Chiquilla ¡qué guapa estás!

Fué el saludo de Emilio apenas la vió entrar en la humilde alcoba.

—Bueno, despachad pronto—les dijo Emilia—, y que aproveche.

Solos ya, él la abrazó de un modo salvaje.

—¡A ver si me estropeas el azahar!

—Procuraré que no.

—No tengo tiempo de desnudarme.

—¡Ni falta, guapa mía! Anda, ven acá.

Y fué.

Medio recostada en la cama, él se puso en forma y... los primeros cuernos que ya de casado, había de llevar don Remigio empezaron a brotar en su frente.

Ella ni aun para vestirse de novia había renunciado a sus tirabuzones: más que esposa juvenil parecía, con aquel traje blanco una niña, ya talludita, que acabase de hacer la primera comunión.

Emilio le acariciaba los pechos: para ello se había dejado ella entreabrir el vestido y solo le había repetido la recomendación:

—El azahar... No vayas a estropearme el azahar.

—No te preocupes, mujer. ¿Para quién lo guardas?

—¡Tonto! Para mí misma. ¿Para quién quieres que sea? Es que parece que la que se casa sin azahar no se casa.

—Sí, pero a ti, ya que te echen un galgo.

Como el cutis de Paloma era muy blanco y las ropas de la cama también lo eran no había allí más mancha obscura que la de los cabellos de ella, muy negros y muy brillantes: Emilio, abandonando la región pectoral, se metió el extremo de uno de los tirabuzones en la boca, y, sin soltar prenda, se consumó el acto de aquellas extrañas nupcias, no previstas en ningún ceremonial.

La nena estaba radiante: se sentía satisfecha a plenitud, y no había en su conciencia el menor atisbo de remordimiento. ¿Que era traidor, que era villano lo que estaba haciendo? ¡No! El que era ya su marido tenía más de sesenta años: no era un hombre repugnante, pero a ella nada le decía, y en cambio esta carne juvenil que se rozaba con la suya sí que le decía mucho y se lo decía a gritos de pasión carnal.

Se entregó plenamente... cosa que hace la mujer muy pocas veces, aunque crean, o finjan creer, lo contrario, los novelistas eróticos y los tenorios de apreturas del "Metro". Le parecía que hasta ahora no había sido suya, de aquel pollo granuja y sin escrúpulos, que, pasaba por todo, porque se había colocado en el lado cómodo de la vida.

Tuvo Rosalía que tocarles en la puerta de la alcoba para que volvieran de su éxtasis.

—Pasa, mujer—dijo la nena.

—Pero ¡cuidado que sois pesados! A ver si voy a tener que arrepentirme de haberme prestado a servir de tapadera.

—¡Calla, envidiosa! Si es que está muy rico esto.

Era él quien hablaba así; no podía ser otro.

—Bueno, vamos a ver si ahuecamos. Que no quiero compromisos ni líos.

Al despedirse los... novios, dijo ella a él:

—Tú esperas a que yo te avise: a ver, desde hoy, cómo se organiza la cosa.

—Sí, pero no tardes mucho. ¡Cuidado!

—¡Qué tonto eres! ¿Lo vas a desear tú más que yo?

Y al salir a la calle le parecía que ella, ya, como manda la Iglesia, había *consumado* su matrimonio.

Nada más gracioso que la actitud de los periódicos ante el proyecto—ya casi realidad—de suprimir la prostitución en España.

La actitud, unánime y total, era la del silencio.

Nunca se vió más claro que ahora que España, además de ser el país de los grandes vinos generosos y de las flores, es el país clásico de la hipocresía.

Porque no era más que eso: hipocresía en los de la derecha, en los de la izquierda, y en los del centro: temor a tratar el tema, comprendido en el índice de los llamados escabrosos. Y así se daba el caso de que periódicos que dedicaban tres columnas de letra menuda y prosa de la de firmes especiales, a reproducir la opinión del diputado señor Pezúñez sobre tema tan ameno como "La estructuración de la federación de las izquierdas", no dedicaba más que unas líneas al cierre de las mancebías y consiguiente disolución del cuerpo de hetairas. Por lo visto le parecía más vivo y más interesante lo de la *estructuración* que lo otro.

Pero el caso de pista de circo era el de esos otros periodiquitos que traían sus planas de anuncios plagadas de cosas tan aperitivas como las siguientes: "¡Ladillas¡ Quien las tiene es porque les ha tomado cariño: mueren todas, a mano airada, usando la po-

mada asesina del doctor Morcillo." "¡No más purgaciones! Las más rebeldes ceden a la inyección "Vesubio". "Sífilis, chancros, orquitis: doctor Veremundo. Esgrima, 36, de 9 a 6 de la tarde."

A primera vista, en este último anuncio, y gracias a la incongruencia de su redacción, parecía que era el doctor Veremundo el que sufría todas esas plagas venusinas o venustianas, pero fijándose bien se veía que el doctor no era el enfermo si no el encargado de curar todas esas enfermedades, en su consultorio de la calle de la Esgrima. Aunque las dos cosas—paciente y curandero—puede que no fueran incompatibles.

Pero lo gracioso era que esos mismos periódicos que convertían en pesetas todas esas llamadas a la guera contra el mal venéreo, sentían luego que se ruborizaban sus linotipias si había que hablar, en pro o en contra de la nueva disposición gubernamental.

Uno de ellos, muy izquierdista a la hora de pagar a sus colaboradores, llegó hasta el extremo de negarse a publicar un artículo de uno de ellos, y de los más considerados en la casa, porque en el trabajo se abogaba, con toda corrección, porque a las prostitutas se les reconociesen derechos pasivos y se las nombrase concejalas honorarias si quedaban embarazadas.

Claro es que el colaborador se vengó de la repulsa del director escribiéndole una carta en la que, entre otras flores de pantano, le decía:

—¿Es que ha temido que algún lector, al leer

mi artículo, pudiera ver en él una alusión a su madre de usted?

Los sociólogos que habían confeccionado el pastel abolicionista se habían armado un verdadero lío.

—No se puede consentir—decían—que el enfermo de venéreo o sífilis goce de libertad para contagiar impunemente su mal.

Evidente.

—Cuando un enfermo de esos, sin estar completamente curado, contrae matrimonio, además de ser un canalla, comete un verdadero delito contra la raza. ¡Hay que exigir el certificado sanitario para poderse casar!

Perogrullesco.

Pero... ¿qué tienen que ver con eso las mujeres de la calle? ¿Que son ellas las principales transmisoras del mal? Desde luego: no van a serlo los canónigos o los críticos literarios... aunque de esto habría mucho que hablar; pero ¿es que creen todos esos sociólogos, que sólo beben agua mineral en las comidas, que con su proyecto van a terminar con las mujeres que han hecho del amor una profesión? Pues si creen eso son más inocentes que un guardia urbano.

Seguirán existiendo las llamadas mujeres públicas y seguirán obsequiando a la clientela con bubones, sífilis, extractos blenorrágicos, epididimitis y demás objetos de joyería. Sólo que ahora, faltas del control sanitario que supone la visita médica y la cartilla, harán la siembra del mal de un modo clandestino.

—¡No se puede tolerar la esclavitud de la mujer, en esas casas con rejas gruesas como pies de faro-

las, sin libertad para salir a la calle, porque la dueña del prostíbulo no las deja!

Se ve bien que los sociólogos, o aprendices de sociólogos, que en los mítines sanitarios han gritado todo eso, no han visitado nunca un prostíbulo, ni siquiera para acompañar a un amigo, menos casto que ellos. Debían saber que en las ciudades de importancia, que son las que dan el tono al resto del país, esas casas de mujeres, de cancela de hierro y muros cerrados, ya no existen: las mujeres salen a diario a la calle... si no se lo impide la policía, y además, en Madrid y en Barcelona la clásica casa de mujeres va desapareciendo, no porque lo haya mandado ninguna ley, si no porque así lo han mandado las circunstancias.

Y a las circunstancias se las obedece siempre de mejor grado que a las imposiciones legislativas, porque hay la sospecha, fundada, de que en la confección de tales engendros legales ha entrado una buena parte de jugo de calabaza.

Donde los tales sociólogos se lucían de verdad era en la ideación de una serie de disposiciones encaminadas a impedir que anduviera suelto por las calles el demonio de la gonococia. Se daban cuenta—los sociólogos no suelen ser tontos más que a medias—de que eran ellos mismos los que dejaban suelto al tal demonio, al suprimir la inspección sanitaria y la periódica visita médica de la mujer, y para que no se les pudiera acusar de cómplices, por vanidad, de un asesinato, habían imaginado cosas tan divertidas como las siguientes:

Todo individuo que se sintiera adornado con unos

bubones, por ejemplo, debía ir a inscribirse en un registro especial que se llevaría, no se decía si en las tenencias de alcaldía o en las casas de préstamos.

Todo farmacéutico que recibiera una receta en la que figurase una droga o ingrediente *que pudiera servir*—¡qué sentido legislativo, Licurgo!—para curar una enfermedad de las llamadas secretas, debía tocar a rebato, avisar a la autoridaod, como si en la farmacia se hubiera declarado un incendio, o hubiese entrado un cobrador de la Telefónica.

La mujer que transmitiese a un hombre, o el hombre que transmitiese a una mujer—adivina quién te dió—una de esas enfermedades iría a la cárcel... sin duda a seguir propagando allí el mal. Más lógico hubiera sido llevar a la tal persona a un sanatorio o a un hospital, pero es que eso era lo que se llamaba en la nueva legislación, el delito sanitario.

Una nueva figura de delito que habíamos estructurado, por si ya había pocos, y como si las cárceles fueran tan grandes.

Total: que se había hecho clandestina una cosa más: ya lo era el juego, y el tomar morfina y cocaína, y el comprar comestibles en domingo, y el mandar dinero más allá de Irún. Claro que se seguía jugando, se seguía *drogueando,* se continuaban vendiendo patatas y judías en las jornadas dominicales y no se había dejado de mandar dinero a la Cochinchina.

Ahora, también continuaría ejerciéndose la prostitución: solo que, así como el gramo de cocaína se vendía a cinco mil pesetas porque el venderlo podía

llevar a la cárcel, así ahora las mujeres de cinco duros puede que pensasen en subir la tarifa.

¡Pobres cabritos! La feria del amor se convertía en un comercio clandestino por culpa de los sociólogos.

Pero es que si los sociólogos—hay que ponerse en todo—, no hicieran una cosa de esas de cuando en cuando ¿cómo iban a justificar los sueldos que cobran?

Don Remigio oía todo aquello aterrado.

Pero ¿es que él se podía aterrar ya de nada?

—¿Estás segura?

—Claro que lo estoy: ya es el segundo mes que me falta.

—Con eso solo no basta. Habrá que ir a un médico.

—Por mí, vamos, pero verás como no me equivoco.

—Es posible.

—Lo que veo es que la cosa no te alegra mucho.

—Mujer ¡por Dios! no digas eso. ¡No ha de alegrarme! Lo que pasa es que...

—¿Qué?

—Que en estas cosas conviene marchar con paso firme; se hace uno ilusiones, y luego...

—Tú, me parece que no te ilusionas mucho. Yo creí que estarías orgulloso de ser padre: a tu edad no es cosa fácil.

—No es eso, no es eso.

—Pues entonces ¿qué es?

—Es que... lo que antes te he dicho; puede ser una suposición tuya. Después de todo, tú, en estas cosas, no tienes experiencia.

—¡Ay qué rico! Di otra como esa. ¿Y tú? ¡Tie-

nes mucha experiencia? ¿Has sido padre muchas veces? Según me has dicho tú mismo, ninguna.

—No es eso, mujer: veo que no quieres entenderme.

Esta conversación tenía lugar entre don Remigio y Paloma en el comedorcito del piso de la calle de Juan Bravo, donde vivía ahora el matrimonio; ya se había planteado el problema de mudarse a una casa más amplia: el pisito mezquino, y como de paso, en que cobijaban sus entrevistas dos amantes no era mansión digna de acoger a un matrimonio burgués, con amplitudes en la cuenta corriente.

—Yo, hasta que no encuentre un piso a mi gusto, prefiero no mudarme—había dicho ella.

Y los días iban pasando, y la mudanza no se hacía.

Don Remigio la dejaba hacer: mejor dicho, no hacer. Comprendía que a él no le quedaba ya en el mundo otra actitud que la puramente pasiva, y a ella se atenía.

¿Para qué luchar? Después de todo, él lo había querido.

¿El?

Nos hacemos la ilusión algunas veces, de que es producto de nuestra voluntad ésta o la otra determinación. ¡Ilusión vana! Es una fuerza superior que manda en nosotros, que nos domina, y a la cual obedecemos, porque allá, en el fondo de nuestro ser, está de acuerdo con nuestros gustos.

A don Remigio, esta esclavitud en que vivía halagaba su pasión por la pequeña: ser esclavo de ella no le parecía mal, aunque le pareciera un poco triste.

Era el tipo clásico del masoquista: ya lo habrá visto el lector.

¡Sufrir por el ser amado! ¡Verse humillado por él! Para muchos—más de los que nos creemos—eso es una especie de juerga.

Pero el masoquismo, como todo en el mundo, tiene su límite, y don Remigio creía haber llegado ya a ese límite.

¡Este hijo que le venia ahora, y que no podía decir que era caido del cielo, no era hijo de él!

No podía serlo.

Desde que era su mujer—antes ya sabemos que no hubo caso—sólo una vez había yacido el hombre con Paloma: fué la noche del día mismo de la boda y, por muchas razones, don Remigio no olvidaría nunca aquel momento... que duró tres horas.

La chica se metió en la cama casi borracha. Habían comido con el matrimonio los padres de ella y se había bebido con amplitud: la pequeña, que estaba muy alegre, como todo el que se ha salido con la suya en cualquier asunto, no se creyó en el caso de negarse también ahora, cuando él le propuso, a las dos de la madrugada, que se fueran a dormir.

Por la euforia de la borrachera, o porque en trance tan señalado, se creyera en el caso de hacer algo por quien tanto había hecho por ella, la cosa fué que Paloma estuvo hasta cariñosa con el que desde hacía unas horas, era su marido.

Y éste ¡cómo exultaba ante aquellas caricias, las primeras!

—¿Qué te pasa, pequeña?—le preguntaba, mientras, con todo mimo, le ayudaba a desnudarse.

—¡Qué me va a pasar! ¡Que me voy a acostar con mi maridito!

—Pero... ¿será verdad que, por fin, vas a quererme?

—¡Tonto! Si no te quisiera no me hubiera casado contigo.

Como él no estaba borracho, apreció toda la incongruencia que encerraba aquella frase.

—Yo te he querido siempre—agregó ella.

—¡Si eso fuera verdad!

—No te consiento que lo dudes, viejito mío.

Y le dió un beso en la frente, en el sitio de los cuernos. Estaba mimosa, pegadiza, lo que el vulgo llama cachonda.

—¿No tendrás mucho sueño?—preguntó él.

—No. ¿Por qué?

—Porque... antes de que te duermas quiero contarte un cuento.

—¡Con lo que me gustan a mí los cuentos!

Estaba ya desnuda del todo: aún no se había puesto el pijama de dormir, y, como la alcoba estaba muy caldeada, se entretenía, de pie, en la alfombra que había ante la cama, en exhibir su cuerpo, que aún no había dejado del todo de ser el de un efebo.

Uno de los tirabuzones, más largo que los otros, le bajaba por el hombro y le rozaba con el caracol de la punta el botón de uno de los pechitos.

Don Remigio estaba como loco: todo aquel tesoro ¿iba a ser, al fin, para él?

Se sentía muy hombre, en una de aquellas resurrecciones pasajeras que cuando la mostaza del excitante era muy fuerte, le hacía volver a los años va-

roniles. Sería aquella noche, tal vez, su canto del cisne, pero aquel canto iba a ser el de un gallo prepotente.

Y no se equivocó.

Sin esperar a más, plenamente desnuda como estaba, la tomó en sus brazos y la depositó en el lecho: en seguida cayó encima de ella, como un guerrero al que no se le ha quedado ningún arma en la armería.

Fué un rato de locura. Todo lo sufrido hasta entonces ¡y lo que él sabía que le quedaba por sufrir! lo daba por bien empleado si era el camino y la condición para llegar a *aquello*. Muchas mujeres había tenido en sus brazos en el curso de su vida, pero con el ardor y la pegajosidad de aquella pequeña no recordaba ninguna.

Bien sabía que no eran para él—don Remigio no era tonto—aquellas caricias y aquellos extremos: Paloma, mientras prodigaba unas y otros, estaría pensando en su pollo, en su Emilio, con toda la intensidad que se lo permitiera la nebulosidad alcohólica de su mente.

Pero él se aprovechaba, y aquel pensamiento del fraude no le molestaba. Mas bien se diría que le agradaba...

Fué aquella su única y última noche. Desde la siguiente, Paloma, libre ya del hechizo de la bebida, decidió que durmiesen en cama aparte.

—Es lo cómodo, lo sano... y lo elegante.

El accedió. ¡Cómo no iba a acceder! Y desde entonces, cuantas tentativas hizo para repetir lo de la noche de bodas fueron rechazadas por la nena.

Su negativa no era ahora cruel y despectiva como las de antes: al fin y al cabo quien le pedía el débito era su marido. Ahora pretextaba estar enferma, se ponía mimosa para negar, ¡pero se negaba!

Lo dejaba siempre para el día siguiente, y ese día no llegaba nunca.

Y aquella criatura—pensaba don Remigio—¿pretendía que lo que llevaba en sus entrañas era suyo?

No. El sería padre, pero padre de un hijo de otro.

No es el primer caso que se ha dado en la Historia.

Don Remigio no se había atrevido a volver a casa de doña Gloria.

Sentía vehementes deseos de ello, pero le tenía un miedo horrible a su mujer: si siendo nada más que amigos, había hecho lo que había hecho al enterarse de su última visita a la calle de Castelló ¿qué no haría ahora Paloma, que ya tenía sobre él los derechos que la ley le otorgaba?

Que se enteraba, si hacía la visita, era seguro. ¿Cómo?

Ese era uno de los motivos que tenía el hombre para desear entrevistarse con su amiga—¿ ?—. Averiguar por qué Paloma se había enterado; si es que había existido traición por parte de la alcahueta él sabría adivinarlo a través de sus palabras.

Pero para ello era preciso ponerse frente a frente.

Otro de los motivos de su deseo de tal entrevista era que indudablemente resultaría curioso oír lo que dijera la gran celestina como comentario a la genial idea de los sociólogos gubernamentales suprimiendo la prostitución.

Ella, doña Gloria, la gran celestina, era una de las más perjudicadas; si la ley se cumplía, ella perdía unos cuantos miles de duros al año.

¡Si la ley se cumplía! ¡Qué risa, Victoriano! Como

se cumple la célebre ley de las casas de préstamos del señor Lacierva, una de las pocas cosas buenas, *sobre el papel,* que hizo el Cavour murciano: hoy día hay casas de esas que cobra al año el cincuenta por ciento de intereses, y de ello puedo dar fe dolorosa. Ah, pero no se llaman casas de préstamos, y eso es lo importante.

Era preciso hablar con doña Gloria. ¡Qué de cosasa diría! Pero ¿cómo lograrlo?

Decididamente, don Remigio no se atrevía a ir a su casa.

La Providencia, con solo pasar unos días, vino en su ayuda: un atardecer, al pasar por delante de las escuelas Aguirre, don Remigio se cruzó con Gloria, que se disponía a tomar un taxis.

—Hola, perdido. ¿Qué es de tu vida?

—¡Caramba, Gloria! Cómo me alegro de verte. ¿Dónde vas? ¿Llevas prisa?

—Iba a ver a una amiga, pero sin prisa: ¿qué quieres?

—Pues, ya que te he visto, quería que chárlasemos un rato. Te llevo donde quieras. ¿Quieres que vayamos a merendar por ahí?

—Sí, hombre, vamos donde quieras; con mucho gusto.

Eligieron un café-confitería que estaba instalado al principio de la calle de Lagasca: era un sitio discreto, donde—con gran desesperación del dueño—no solía haber mucha gente de ordinario.

Ahora solamente había dos señoras viejas que se estaban atracando de merengues, con esa intrepidez

que muestran las ancianas para el chantilly y la crema.

Don Remigio y doña Gloria ¡vaya dos! escogieron una mesa de rincón. Podían hablar con entera libertad.

—Tengo una curiosidad, Gloria.

—Tú dirás.

—¿Recuerdas la última vez que estuve en tu casa?

—Claro que sí.

—¿Sabes que me costó un disgusto muy serio con Paloma?

—¿Por qué?

—Simplemente, porque se enteró de que estuve allí con una mujer.

—¿Y cómo se enteró?

—Eso es lo que yo me pregunto y lo que quisiera que tú me ayudaras a averiguar.

—¿Yo?

—¿Tú no sospechas de alguna criada de tu casa que haya podido...?

—¡Por Dios, Remigio! Tú sabes con qué gente trabajo yo. Si alguien de mi casa fuese con cuentos a nadie respecto a la gente que yo recibo, no duraba a mi lado ni un minuto. No, no. Por ese lado puedes estar tranquilo.

Parecía sincera al hablar. Habría que aceptar la versión que dió Rosalía, tan absurda en apariencia: el pollo Emilio viéndole entrar en la casa de la calle de Castelló y yendo en seguida con el soplo. ¿Para qué averiguar? Más valía dejarlo así...

—Bueno y ¿qué vas a hacer ahora, Gloria? ¿Qué va a ser de ti?

—¿Cómo que qué va a ser de mí? No te entiendo.

—Claro. Con las nuevas disposiciones. Ya sabes que cierran todas las casas.

Tuvo la dama un gesto de supremo, de infinito desdén, que si lo ven los sociólogos autores de la novedad, se ruborizan.

—No me preocupa eso lo más mínimo.

—Pero...

—Nada. ¡Eso es una idiotez!

—Sí, pero una idiotez que os va a hacer mucho daño.

—Yo pienso que voy a ganar más dinero.

—Explícamelo.

—Claro que te lo explico. Verás: yo mi casa no pienso moverla para nada. Me daré de baja, o, mejor dicho, me darán, como a todas, y al día siguiente pediré licencia para la apertura de un bar.

—¿De un bar?

—Sí: el bar Gloria. Eso no pueden negármelo; a menos que dicten otra ley especial que diga: "prohibidos los bares".

—Son capaces de dictarla. Si la sociología se pone en ello...

—Pues que la dicten: ya inventaremos otra cosa. Pero, en fin, mientras no llegue eso yo a mi bar me atengo: Bar Gloria. Servido por señoritas.

—Y ¿esas señoritas...?

—¡Naturalmente! Esas señoritas se perderán con los parroquianos que gusten... de bajar al redondel, en un reservado de ese mismo bar.

—Sí, pero si esos reservados los visita la policía...

—Ya me las arreglaré, no te preocupes. Mira, esta gente, para taparte la boca, te dicen: "Ya ve usted, en Londres, la ciudad más civilizada del mundo, no existe la prostitución."

—Bueno, eso...

—¡Ay qué tíos más graciosos! Pero ¿quién les ha contado ese cuento? Yo, que he estado en Londres, donde no han estado la mayoría de ellos, sé un rato de eso. ¡Hay cada bar con reservados, en Londres! ¡Y cada cabaret! Así haremos aquí, no te quepa duda.

Estaba francamente optimista. Don Remigio no halló en ella la indignación, la protesta que había esperado hallar; su estado de espíritu era el de una persona que ve a otra hacer una tontería que perjudica al parecer, pero que a la larga no es más que eso: una tontería.

—Yo no me preocupo. Pero ¿es que han creído, en serio, que iban a acabar con eso?

—Por lo visto, sí lo han creído.

—¡Inocentes! Mientras, en el mundo haya mujeres apetitosas que necesiten dinero y sean un poco decididas, y hombres que tengan ese dinero y ese apetito, habrá prostitución. ¿Que varía la forma de ejercerla? Muy bien; pues que varíe. Pero lo otro ¡lo otro qué ha de variar, señor!

—Me encanta oirte hablar así, Gloria.

—Pero ¿es que se puede hablar de otra manera? A menos que se pierda el sentido común. Mira, te voy a decir una cosa que tú ya sabes: las que ganan dinero de verdad, en Madrid, y en todas partes, son las que se dedican a lo clandestino: las mujeres de

cartilla, o de cabaret ya se sabe lo que dan de sí: lo comido por lo servido. Es la casada, la comprometida, la menor, es decir, la que puede presentarse como plato difícil, y por tanto, más caro, la que puede dejarte algo.

—Evidente.

—Tú ya sabes que en mi casa hago de todo: no rechazo a la profesional, ¡pobrecitas! ¡qué he de rechazarlas!, pero yo de lo que vivo realmente, es de lo otro. Bueno, pues ahora, y gracias a estos sabios que nos gobiernan ¡Dios les bendiga, aunque ellos no creen en Dios! todo va a ser lo *otro*, es decir, todo va a ser clandestino. ¡Figúrate tú qué mina!

—Hablas como un libro bien encuadernado.

—¡Que conozco a la gente, y a mi gente, querido Remigio! Nada más que eso.

—Y ¿dónde vas a instalar el bar?

—Pues en lo que ahora es comedor. Si acaso, tiraré algún tabique, para que resulte más grande. Y pondré un gran letrero a la calle, para que no quepa duda: "Bar Gloria. Servido por señoritas. Se hacen toda clase de cock-tails".

—Prometo asistir a la inauguración.

—Y yo pienso invitar a ella al ministro de la Gobernación.

—Harás bien.

—Y para ese día, y para todos, pondré anuncios en los periódicos. ¡Cosa que no puedo hacer ahora! Ya ves tú si son ventajas.

—Lo son.

—Nada, nada. ¡Viva la supresión y la abolición de la prostitución!

—¡Viva!

—Pero nuestro grito de guerra siempre el mismo.

—¿Cuál?

—¡Niñas: al salón!

—Eres grande, Gloria.

—Se hace lo que se puede.

—Pero, estas gentes del gobierno, ¿cómo no han visto todo esto?

—Porque están muy preocupados con todo eso de la estructuración, y del hecho diferencial, y de la federación de izquierdas. Todas esas cosas, que tan buen caldo hacen en el puchero.

El matrimonio se había por fin mudado a una casa más grande: un piso principal de la calle de Lagasca, que tenía cinco balcones.

Había aumentado la servidumbre de la casa: Rosalía, sin perder del todo su categoría de criada, había quedado más bien como señora de compañía y confidente—eso ya lo era antes—de Paloma: se le habían agregado una cocinera, que sabía hacer hasta natillas, y una doncella para eso que se llama el cuerpo de casa, que a veces es un cuerpo—el de la tal doncella—como para ingresar en él, aunque sea por la azotea.

Don Remigio, porque se lo había pedido *ella,* había comprado un automóvil de los de cinco plazas en el interior.

Como se ve, la tabernerita prosperaba: el matrimonio había sido para ella la verdadera redención a metálico, y ahora era ya una verdadera señora de su casa, digna de todos los respetos, a la edad en que otras andan poco menos que jugando por el Retiro, o perdiéndose en juegos manuales con los novios, en las sombras discretas de los cines.

Pero su transformación principal no había sido ésta, que estaba a la vista: había sido que... ella que, desde su más tierna infancia había demostrado que

no iba precisamente para Santa Teresa de Jesús, ahora, al verse ya con un editor responsable en forma de marido, se había soltado el pelo de tal modo que llevaba camino de conseguir que a su lado Mesalina fuese una solterona catequista.

Porque ya no era solamente Emilio, con el cual, como es lógico, seguía viéndose casi a diario: ahora el pollo era uno de tantos, y don Remigio tenía la frente tan poblada que si de cada cuerno le hubiesen colgado un sombrero, habría parecido su cabeza el escaparate de una sombrerería.

El buen hombre unas veces se enteraba y otras no, ya que enterarse de todas hubiera sido muy difícil, tal era su abundancia; cuando se enteraba limitábase a dar un suspiro muy hondo y a decirse:

—Ya, uno más ¿qué importa? No es cuestión de cantidad.

Ella, por la calle, en los cines, en los teatros, ya fuera acompañada de su marido, ya de Rosalía, hacía cara a todo el que, con la mirada, o con algo más, le decía algo: y eran muchos los que se lo decían, porque Paloma estaba cada vez más guapa; los ojos, se diría que se le habían agrandado y le brillaban más, la nariz se le había afilado, y había en su rostro un aire de decisión y de imperio que agradaba mucho a los hombres, masoquistas en su mayoría

Solo una condición ponía para decir, quiero, cuando un hombre le decía, envido: que quien la envidaba le gustase y fuese de su agrado.

Sus gustos eran amplios. No era de las que tienen un tipo de hombre definido: unas veces era un muchacho, un jovencito, que parecía más bien una ni-

ña, otras un hombre ya hecho, macizo y moreno como un árbol al que le ha dado mucho el sol, y hasta, en alguna ocasión un sujeto de edad aproximada a la de su marido, pero que tenía unos ojos hermosos, o un pelo gris muy de película

Era caprichosa, pero sabía escoger sus caprichos: una vez escogido, atropellaba por todo para satisfacerlo.

Cierta tarde, en un cine de la Gran Vía, donde estaba con su marido, se dió cuenta de que un buen tipo, de unos treinta años, la miraba con cierta insistencia, sobre todo cuando don Remigio miraba para otro lado; al cabo de un rato, y cuando ya iba a finalizar el entreacto, ella, correspondió a una de las miradas de él con una sonrisa.

El hombre, un poco extrañado, se dijo lo que se habría dicho cualquiera:

Esto es pan comido.

Y, en efecto, al acabar el espectáculo ella, a espaldas de su acompañante, le hizo señas de que la siguiese.

En un taxis fué él siguiendo el coche de ellos, y al llegar a la calle de Legasca, Paloma, que para eso disfrutaba de un gran desparpajo, dijo a su marido:

—Mira, sube y espérame arriba: voy aquí un momento a la farmacia a comprar una cosa.

Don Remigio obedeció, porque ella hablaba siempre en tono de orden y no admitía la menor contrariedad, ni aun en las cosas pequeñas. Despidió su coche y al quedar sola en la calle se fué derecha al

taxis donde el otro, a una respetable distancia, aguardaba.

Se citaron para la tarde siguiente en una casa discretísima que Rosalía tenía para estos casos... y a la tarde siguiente la frente de don Remigio tenía una protuberancia más, y no de las menos agudas.

Pero el episodio del chófer de taxis fué más bonito aún.

Había estado, sola, de compras, y, para volver a casa, paró un coche en la calle del Clavel: ya el vehículo en marcha se dió cuenta de que el hombre que lo conducía *valía la pena.* Al punto concibió su plan.

—Oiga—le dijo—, en vez de ir a Lagasca, vamos a dar un paseo por la Moncloa.

Como es natural, el hombre obedeció.

Eran las doce y media de la mañana y en la Moncloa había muy poca gente: al pasar por un sitio que le pareció propicio mandó parar el coche, descendió, y se sentó en un banco inmediato.

Se puso a mirar descaradamente al chófer y éste que no tenía nada de tonto se dió cuenta del castigo.

Le habló ella y él, que no la oía bien, abandonó el vehículo y se acercó.

—Le preguntaba que si es usted casado.

—Ah, no señorita.

—Pero, tendrá usted novia.

—No la tengo, no.

—Eso no puede ser.

—¡Ay qué gracia tiene la señorita! ¿Por qué no puede ser?

—Un hombre como usted, sin novia. ¡Vamos!

—¿Un hombre como yo? Pues ¿qué tengo yo?

—¿Usted se ha mirado al espejo alguna vez?

Claro es que la cara que puso Paloma para decir esto no se describe fácilmente: el lector, si se ha visto en trance parecido, se la figurará. Y me alegraré, por él, de que sí pueda figurársela.

—Sí, pero nada más que para afeitarme todos los días.

—¿Dónde vive usted?

—En la calle de Blasco de Garay.

—¿Tiene usted algo que hacer esta tarde?

—Tengo que trabajar. Yo vivo de mi trabajo, señorita.

—Pero ese trabajo podrá usted dejarlo, durante una hora, por ejemplo.

—No crea usted que es fácil.

—Verá como yo lo arreglo: a las seis, baja usted el alquiler del contador y se dirige usted aquí...

Y le dió las señas de la casa que Rosalía le tenía buscada.

—Deja usted el coche a la puerta, sube, yo le estaré esperando, hablamos durante una hora o el tiempo que haga falta, y al bajar, me lleva usted a casa, y yo le pago lo que marque el aparato. ¡Ya ve si es fácil!

—Siendo así...

—Claro, hombre: así no deja de trabajar.

Y se echó a reír, ya con franca carcajada.

—Desde el momento en que se trata de un servicio—dijo él, riendo también.

—Eso es, un servicio. ¿De qué otra cosa va a tratarse?

—Pues muy bien.

—Y ahora vamos a volver a Madrid, que a mí se me hace tarde.

Al dejar el coche a la puerta de su casa de la calle de Lagasca y pagar el servicio, apretó la mano del mecánico y le dijo con gachonería:

—No dejes de ir esta tarde: tenemos mucho que hablar los dos.

—Claro que iré, ¡guapa! ¡No faltaba más!

No fué una hora, fueron dos las que el chófer y Paloma pasaron encerrados en el nido clandestino: pasaron un buen rato: aquel hombre, como tal, valía mucho; sus manos, endurecidas por el manejo del volante, tenían una manera de acariciar que convertía las caricias en zarpazos.

El temperamento ardiente de Paloma—ya se ha dicho que era una de las pocas mujeres que desconocían la frialdad sexual—se derretía materialmente bajo el cuerpo de aquel buen mozo, al cual, además, una larga abstinencia mantenía muy en forma.

Cuando volvió a casa aquella noche, la señora de don Remigio estaba—cosa rara en ella—deliciosamente fatigada. El marido, que ya la esperaba desde hacía un rato, quiso acercarse a darle un beso: ella le rechazó como se rechaza una injuria.

—¡Déjame en paz, hombre! ¡Qué oportuno eres! ¿No ves que vengo rendida?

¡Y tanto que lo veía!

¡Pobre don Remigio! No era ya más que un tra-

po, que ella manejaba a su antojo, y con el cual acabaría limpiándose el calzado.

En los tres meses que llevaba casado había envejecido lo que en tres años normales: se encorbaba poco a poco, como si el peso de la frente le llamase hacia la tierra. Dispuesto a pasar por todo ¡qué remedio le quedaba! había una cosa que le crispaba, que le deshacía, física y moralmente: el embarazo de Paloma.

El cual seguía su curso. Aún no se le notaba *al exterior,* pero ya, en esa región apetitosa que en el cuerpo femenino va del ombligo al pubis había esa misteriosa raya obscura que parece como el principio de la caracterización de la hembra que se dispone a ser madre en unos meses.

¡Y aquel feto inmundo al que no tendría más remedio que llamar hijo, era la pesadilla trágica del marido de Paloma!

Esto de *marido* ya no lo era más que de nombre. Pretextando ella que con la preñez no le convenían los retozos sexuales—¡bien sabía y demostraba en la calle que ello era mentira!—se negaba a entregarse al esposo, al cual, además, en su declive acentuado, no siempre le hubiera sido fácil cumplir como los buenos.

Y, a pesar de todas esas vergüenzas, de todas esas humillaciones, de todos esos desdenes, don Remigio se planteaba en hipótesis ¡nada más que en hipótesis! la tremenda cuestión: ¿podía él vivir separado de aquella criatura que tan cruelmente le martirizaba?

La contestación era un *no* rotundo.

La sola idea de dejar de verla un único día le ponía de peor humor que todas las bajezas porque estaba pasando a diario.

Las cuales, a veces, llegaban al colmo.

Como verbigracia, el día que en un cine de la calle de Alcalá, y sentada ella entre don Remigio y un pollo muy ondulado, se pasó una buena parte de la noche dejándose sobajear por el tal pollo, hasta que acabó, como buena pagadora que era, por regalarle ella a su vez con la caricia de su mano izquierda, que, aunque izquierda, era diestra en ciertos manejos muy gratos a Onan.

El marido se enteró de todo pero ¡qué iba a hacer!

Y es que la tal Paloma era un caso.

A Paloma se le ocurrían a veces ideas diabólicas.

Los porteros de la casa de la calle de Lagasca tenían una hija muy guapa: morena, alta, con muy buen pelo y piel muy blanca: una de esas muchachas que en la calle hacen volver la cabeza a quien pasa por su lado, si es persona de buen gusto.

Esta apetitosa criatura, que se llamaba Adela, tenía un novio, con el consentimiento, o por lo menos con la vista gorda de sus padres, y ese novio, un muchacho bastante bien, acudía todas las noches a las siete al portal de su novia y se estaba hablando con ella hasta el filo de las nueve.

Paloma los había visto juntos muchas veces: le parecía una pareja muy interesante, e ideó una diablura que inmediatamente de pensada empezó a poner en práctica.

Una noche al bajar a la calle, estaban ya los novios de palique en la entrada: la novia estaba mirando hacia la calle, y el novio, frente a ella, daba el rostro al sitio por donde Paloma venía para salir.

Y ella, aprovechando alevosamente aquella situación y sonrió al galán, guiñándole además un ojo.

La seña era harto expresiva para no ser recogida por el muchacho, el cual, como era lógico, hacía tiempo que se había fijado en aquella inquilina gua-

pa de la casa que, como es lógico también, le gustaba un rato.

El hombre tuvo que hacer un gran esfuerzo para que su novia, con quien estaba hablando, no se diera cuenta de la emoción que acababa de experimentar. Y no se dió cuenta la muy infeliz. Al pasar por su lado Paloma la saludó muy cariñosamente, como siempre.

—Adiós, señorita, muy buenas noches.

No esperó la señorita más que dos realizar su plan; a las cuarenta y ocho horas de aquel guiño y de aquella sonrisa, sabedora de que los novios daban por terminado su palique poco después de las nueve, se hizo la encontradiza con el galán, dos esquinas más abajo de la casa, cuando aquél iba ya de retirada.

Se paró en seco.

—Buenas noches. ¿Qué? ¿Ya se le sacabó a ustedes la conversación?

—Buenas noches, señora: sí, ya es hora de retirarse.

—¡Qué guapa es su novia de usted!

—Muchas gracias. ¡Sí que lo es!... Mejorando lo presente, como dice la gente de los pueblos.

—¡Bah! Lo presente tiene poco que mejorar.

—No diga usted eso.

—¿Quiere usted mucho a su novia?

—Sí que la quiero.

—¿Cuándo es la boda?

—¡Uy! Lo que es eso, me parece que va para largo.

—Y... ¿va usted a esperar tanto tiempo?

—¿Esperar?

—Claro. Ya me entiende. Porque, por muy enamorado que esté usted de su novia, le gustarán también otras mujeres.

—¡Ya lo creo! Eso siempre.

Se insinuaba ella, acompañando las palabras de gestos provocadores, acercándose mucho a él, casi rozándole, allí, en medio de la calle.

El hombre es siempre vanidoso en estas cuestiones, y el novio de la portera, uniendo lo de ahora a la sonrisa de dos días antes, se dijo para sí:

—He hecho una conquista.

—¿Quiere usted que hablemos de todo esto mañana tarde antes de que venga usted a ver a su novia?

—Con mucho gusto!

Y le dió la hora de las cinco de la tarde y la dirección de la casa de Rosalía.

¡Pobre porterita !Cuando su novio acudió a verla a la noche siguiente ¡cuán ajena estaba ella de dónde venía y de con quien acababa de revolcarse de un modo amplio e insistente!

Paloma, por su parte, no quiso dejar de saborear su triunfo; procuró volver de la calle antes de que la pareja hubiese dado por terminada su charla diaria, y al pasar por junto a ellos dijo, con cierta sorna amable, y dirigiéndose especialmente a la novia:

—¡Que aproveche, tortolitos!

El no dijo nada: no tuvo fuerzas para disimular tanto. Ella sí: agradecida a lo que estimaba como una atención de la señorita, le replicó:

—Muchas gracias, pero ya estamos terminando.

Y rió con toda serenidad y de muy buena gana.

Pero lo realizado aquella tarde con el novio no era más que la primera parte del plan de Paloma; y no era ella mujer a la que gustase realizar las cosas a medias.

Dejó pasar dos o tres días, y una tarde, a primera hora, al volver a casa de una de sus correrías—había estado almorzando con un empleado de Correos, a quien había conocido en la calle una semana antes—y pasar por delante de la portería, vió que Adelita, que era bastante hacendosa, se entretenía en hacer unos bordados.

Se detuvo.

—¡Qué trabajadora! ¿Qué está usted haciendo?

—Pues mire, señorita: para un almohadón.

—¡Qué bonito bordado! ¿Usted no ha visto los que tengo yo arriba?

—No.

—¿Quiere usted verlos?

—Bueno. Sí que me gustaría.

—Pues mire, suba usted dentro de un cuarto de hora: yo se los enseñaré. Usted que es aficionada a esto verá cosas preciosas.

—Y, se va usted a molestar...

—No es molestia, tontina. Dentro de un rato la espero arriba.

—Bueno, pues ahora iré.

Paloma aprovechó aquellos minutos para vestirse un pijama obscuro que casi le dejaba al descubierto los pechos: se extendió el cabello, que ahora llevaba más corto, en melena que le acariciaba los hombros, y después de agrandarse los ojos y darse un poco de coba, que, en realidad, no le hacía mucha

falta, se tendió encima de la cama sin deshacer y dió orden a la doncella de que cuando viniese la chica de la portera la hiciese pasar directamente a la alcoba.

Adela no se hizo esperar. Detenida a la puerta del dormitorio, formuló un tímido:

—¿Se puede?

—Pasa guapa, pasa; estoy sola.

Don Remigio no estaba en la casa, pero aunque hubiese estado habría sido completamente igual.

—Vengo a molestarla: iba usted a dormir la siesta.

—No, hija, no: es que contigo tengo confianza y por eso te recibo así.

Ya la tuteaba.

—Yo, cuando estoy en casa, estoy casi siempre echada: me gusta mucho.

Podía añadir que una parte del tiempo que estaba en la calle también adotaba idéntica postura. Pero no lo hizo.

—Ven, siéntate aquí en la cama a mi lado.

Adela obedeció. Allí, en el recogimiento de la alcoba, estaban muy guapas las dos.

La señorita, al principio, no cogió más que una mano de la hija del pueblo, que, por el vestido y los ademanes, también parecía una señorita.

—¿Qué? ¿Y tu novio?

—Pues luego vendrá.

—¿Le quieres mucho?

—Sí que le quiero algo: y él también creo que me quiere a mí un poquito. Es muy buen chico.

—Es que tú eres muy guapa, Adelita.

—¡Por Dios! La señorita sí que es guapa.

—¿Vais mucho al cine tu novio y tú?

—¿Al cine? Poco. Algún domingo por la tarde.

—Y... os aprovecharéis bien.

—¿Aprovecharnos?... No. ¿Qué graciosa es la señorita?

—¿No te hace tu novio así, por ejemplo?

Y le pasaba por los pechos la mano que le quedaba libre.

—¡Qué cosas tiene la señorita!

Y se dejaba hacer, risueña.

—Besos sí os daréis muchos: abajo, en la misma puerta, cuando habláis y veis que no pasa nadie.

—Eso sí.. Algún besito de cuando en cuando...

—Pero ¿a que no te ha dado ninguno como éste?

Y Paloma, ya excitada, se incorporó en el lecho y hundiendo las dos manos en la cabellera negra, brillante y ondulada de Adelita, atrajo hacia sí su cabeza y le cogió materialmente la boca con sus dos labios carnosos, como pudiera hacerlo un pulpo con uno de sus tentáculos.

No fué un beso, fué una succión, fué la labor de una sanguijuela.

Media hora más tarde, después de un revuelco intensivo de los dos cuerpos jóvenes y hermosos, Paloma le decía a la otra, sin deshacer del todo el abrazo:

—Oye. nena, ¿es la primera vez que tú haces una cosa de éstas?

—Sí.

—¡Caramba! Pues en cuanto lo cultives un póco vas a resultar una maestra.

—¡Exagerada! ¡Tú sí que lo eres!

La escena se repitió mucho en días y en semanas sucesivas, como se repitió también la entrevista de Paloma con el novio de Adela.

La esposa de don Remigio se dió así el gustazo de estar liada a un tiempo con el novio y con la novia. Su mayor placer era pensar que, gracias a ella, había entre aquellos dos tórtolos, que parecían quererse tanto, un secreto.

Y cuando, de noche, pasaba por la entrada de la casa, ante los dos novios, triunfaba por partida doble.

Y podía hacerles indistintamente señales de inteligencia y de picardía al uno o al otro, según su capricho.

Siete meses habían pasado desde la boda de Paloma y don Remigio y, al cabo de ellos, la muchacha que en estas últimas semanas llevaba bastante mal el embarazo, lleno de impertinencias y de desequilibrios, dió a luz un mancebo que para ser sietemesino no venía mal de constitución y de... promesas físicas.

El padre oficial acogió la llegada de aquello con la melancolía resignada con que se acogen las catástrofes que se sabe han de producirse fatalmente, y no hacen más que adelantarse un poco.

Le molestaba aquel feto viviente, que aumentaba su vergüenza y su humillación, y lo habría matado de muy buena gana si no fuera porque existía un artículo en el Código Penal que castigaba con cierta severidad esta clase de jugueteos.

Desde que el nene nació los padres de ella se constituyeron en la casa en sesión permanente, como dos lapas atacadas de parálisis. No se movían de allí ni con explosivos.

Parecían los amos. A don Remigio lo trataban como si fuera un criado viejo jubilado, humillándolo de continuo, como adhiriéndose al trato desdeñoso que le daba siempre Paloma.

El hombre, que creía no era fácil caer más bajo al recibir una humillación, al recibir otra nueva se

convencía de que la cuesta abajo de la abyección no tiene término, y siempre es posible en ella descender un poquito más.

Pasaba casi todo el día en la calle: casi no iba a su domicilio más que a las horas de dormir y de comer, y aun de estas últimas suprimía muchas, haciendo las comidas fuera de casa. Todo lo que había en ella le repugnaba: el recién nacido, los suegros, hasta la propia Paloma.

Solo que esta última, a pesar de todo, continuaba siendo la única razón de ser del pobre hombre: él vivía aún porque tenía la certeza de que al volver a su casa, iba a encontrarle allí a ella, se iba a acercar a darle un beso, que ella recibiría como quien recibe una injuria.

Por eso solo pasaba por todo, y para eso solo vivía.

Una noche, al filo de las once, se le ocurrió ¡extraña ocurrencia! encaminarse a los jardines de la Tela, donde, en noche memorable, había visto por primera vez a Paloma acompañada de Emilio.

En realidad, no es que se le ocurrió: es que se encaminó a ellos sin darse cuenta.

Fué bajando por aquellos vericuetos rodeados de vegetación y llegó hasta el mismo banco en que estuvo sentado la noche famosa.

No había nadie por aquellos andurriales: es decir, no había nadie a la vista, que era lo único que cabía afirmar en aquellas semitinieblas; pero la prueba de que alguien andaba por allí fué que, a los pocos minutos de estar don Remigio en el banco se le acercó una mujer.

Es decir, los restos de una mujer.

Lo que le puede quedar a una mujer después de cuarenta y cinco años de ejercer la prostitución.

—¿Qué esperas aquí, guapo? ¿Me esperas a mí?

—¿A ti?... ¿Por qué no?

—A ver si me estrenas. Porque esta noche no me he estrenado todavía.

—¿A qué le llamas tú estrenarte?

—Hombre ¿a qué va a ser? A ganar para el cocido de mañana.

Don Remigio sacó un duro y se lo dió.

—Dios te lo pague y te lo aumente, rumboso.

Aquella mujer debía estar acostumbrada a ver en la obscuridad, porque fijándose en el hombre que tenía a su lado, le dijo:

—¡Cómo se ve que tú eres de los de antes! Que no eres de los de ahora.

—¿Los de antes?

—Sí, los espléndidos, los generosos, los que nos daban dinero a las mujeres... Los de ahora no hacen más que sacárselo, si pueden.

—¿Has conocido tú muchos de aquellos, de los de antes, como tú les llamas?

—¿Yo?

La mujer dió un suspiro capaz de tronchar la cintura de Pedro Rico.

—Si yo te contara mi historia no la creerías. ¿Me ves así vieja y mal vestida? Pues no creas que siempre he estado igual.

—Eso sí que lo creo.

—Lo que pasa es que las mujeres mienten tanto cuando hablan de estas cosas, de lo que han sido...

Una sola te diré, ya que la casualidad nos ha juntado esta noche en este sitio. ¿Ves este banco en que estamos sentados?

—Más que verlo lo palpo.

—Pues en él empecé yo.

—¿Que empezaste?... No te entiendo.

—Tenía yo entonces once años ¡fíjate! y mi madre me mandaba aquí por las noches para que sobase y me dejase sobar por los parroquianos, y llevase así a casa algunos cuartos. Y, precisamente la primera noche que actúe con estas manitas que se ha de comer la tierra, fué en este banco.

—¡Le tendrás cariño!

—Después, me han pasado muchas cosas: si no he sido rica, he gastado mucho dinero: he conocido muchos hombres ¡muchos!, he vivido en dos casas del barrio de Salamanca, hasta he tenido coche durante una temporada, uno de aquellos coches coquetones de un solo caballo, que teníamos entonces todas las cocotes de postín, como nos llamaban... Después, todo se lo llevó la trampa: empecé a bajar, es decir, a envejecer, estuve de encargada en una casa de la calle de Ayala hacia el final, me echaron, porque ya no servía, y aquí me tienes en el mismo sitio en que empecé. Todo lo demás ha sido un paréntesis. La historia de muchas.

—Ya, ya...

—Tú, si has andado mucho por Madrid, conocerás mi nombre: yo soy, es decir, yo fuí la "Cortijera". Nunca supe por qué me lo llamaban.

—¡"La Cortijera"! Claro que te conozco. Chica,

perdona la franqueza, pero creí que habías muerto.

—¿Y te parece que estoy poco muerta?

Don Remigio le dió un billete de cinco duros y se marchó: el relato de aquella mujer—que podía ser todo un infundio, pero que era muy verosímil—había aumentado sus tristezas.

También Paloma *casi* empezó por aquellos bancos.

Al volver al centro pasó por el teatro de Eslava, donde actuaba a la sazón ese mago del cante, heredero directo del gran Chacón, y bohemio simpático e incorregible, que se llama "El Niño de Marchena".

Don Remigio entró en el momento en que "El Niño", con su voz de oro, entonaba la guajira tan popular:

"Madre, yo compré un cariño
en la feria del amor.
¡Qué bonito era el juguete
y qué caro me costó!"

A don Remigio, sin saber por qué, le entró de pronto una gran piedad por su hijo, es decir, por aquel sietemesino adulterino que la ley decía que era su hijo.

Después de todo, ¡qué culpa tenía la pobre criatura de ser hijo de P...aloma!

FIN

Madrid, agosto-octubre 1932.